Tombuctú

Paul Auster

A Robert McCrum

Capítulo 1

Míster Bones sabía que Willy no iba a durar mucho. Tenía aquella tos desde hacía más de seis meses y ya no había ni puñetera posibilidad de que se le quitara. Lenta e inexorablemente, sin que se produjese la más mínima mejoría, los accesos habían ido cobrando intensidad, pasando del leve rebullir de flemas en los pulmones el tres de febrero a los aparatosos espasmos con esputos y convulsiones de mediados de verano. Y, por si fuera poco, en las dos últimas semanas se había introducido una nueva tonalidad en la música bronquial —un soniquete tenso, vigoroso, entrecortado—, y los ataques se sucedían ahora con mucha frecuencia, casi de continuo. Cada vez que sobrevenía alguno, Míster Bones temía que Willy reventase por la presión de los cohetes que estallaban en su caja torácica. Imaginaba que no tardaría en echar sangre, y cuando aquel momento fatal llegó finalmente el sábado por la tarde, fue como si todos los ángeles del cielo se hubiesen puesto a cantar. Míster Bones lo vio con sus propios ojos, parado al borde de la carretera entre Washington y Baltimore, cuando Willy escupió en el pañuelo unos espantosos coágulos de sustancia escarlata, y en ese mismo instante supo que había desaparecido hasta el último resquicio de esperanza.

Un olor a muerte envolvía a Willy G. Christmas, y tan cierto como que el sol era una lámpara que diariamente se apagaba y encendía entre las nubes, el fin estaba cada vez más cerca.

¿Qué podía hacer un pobre perro? Míster Bones había estado con Willy desde que era un cachorro pequeño, y ahora le resultaba casi imposible imaginarse un mundo en el que no estuviera su amo. Cada pensamiento, cada recuerdo, cada partícula de tierra y de aire estaba impregnado de la presencia de Willy. Las viejas costumbres no se pierden fácilmente, y en lo que se refiere a los perros hay sin duda algo de verdad en el dicho de que

llega un momento en que se es demasiado viejo para aprender, pero en el miedo que sentía Míster Bones por lo que se avecinaba había algo más que amor o devoción. Era puro terror ontológico. Si el mundo se quedaba sin Willy, lo más probable era que el mundo mismo dejara de existir.

Ése era el dilema al que se enfrentaba Míster Bones aquella mañana de agosto cuando caminaba penosamente por las calles de Baltimore con su amo enfermo. Un perro solo era tanto como decir un perro muerto, y en cuanto Willy exhalara su último aliento, no podría esperar nada salvo su propio e inminente final. Willy ya llevaba muchos días advirtiéndole sobre eso, y Míster Bones se sabía las instrucciones de memoria: cómo evitar la perrera y la policía, los coches patrulla y los camuflados, los hipócritas de las llamadas sociedades protectoras. Por muy amables que fuesen con uno, en cuanto pronunciasen la palabra *refugio* vendrían los problemas. Empezarían con redes y dardos tranquilizantes, se convertirían en una pesadilla de jaulas y luces fluorescentes y terminarían con una inyección letal o una dosis de gas venenoso. Si Míster Bones hubiese pertenecido a alguna raza reconocible, habría tenido alguna posibilidad en esos concursos de belleza que diariamente se celebran para encontrar posibles amos, pero el compañero de Willy era una mezcolanza de tensiones genéticas —en parte collie, en parte labrador, en parte spaniel, en parte rompecabezas canino— y, para acabar de arreglar las cosas, su deslustrado pelaje estaba lleno de nudos, de su boca emanaban malos olores, y una perpetua tristeza le acechaba en los ojos enrojecidos. Nadie querría salvarlo. Como al bardo sin hogar le gustaba decir, el desenlace estaba grabado en piedra. A menos que Míster Bones encontrara otro amo a toda prisa, era un chucho destinado al olvido.

—Y si te libras de los dardos tranquilizantes —prosiguió Willy aquella brumosa mañana en Baltimore, apoyándose en una farola para no caerse —, hay muchísimas otras cosas de las que no te librarás. Te lo advierto, kemo sabe. O encuentras otra colocación, o tus días están contados. Fíjate en esta ciudad tan deprimente. Hay un restaurante chino en cada esquina, y si crees que a los cocineros no se les va a hacer la boca agua cuando pases por delante, entonces es que no sabes lo que es la cocina oriental. Tienen en gran estima la carne de perro, amigo mío. Acorralan y matan a los chuchos en el callejón, justo detrás de la cocina; veinte o treinta a la semana. Aunque en el menú los hagan pasar por pato o cerdo, los iniciados saben distinguir, a los gourmets no se les engaña ni por un momento. A menos que quieras acabar en una bandeja de *moo goo gai,* te lo pensarás dos veces antes de menear el rabo delante de un tugurio de ésos. ¿Te enteras, Míster Bones? Conoce a tu enemigo... y no te acerques a él.

Míster Bones se enteraba. Siempre entendía las explicaciones de Willy. Así había sido desde que tenía memoria, y ahora su comprensión del inglés de la calle era tan bueno como el de cualquier emigrante que llevara siete años en suelo norteamericano. Era su segunda lengua, por supuesto, muy diferente de la que le había enseñado su madre, pero si su pronunciación dejaba algo que desear, dominaba a la perfección las interioridades de la sintaxis y la gramática. Nada de esto debe resultar extraño o insólito en un animal de la inteligencia de Míster Bones. La mayoría de los perros adquiere un buen conocimiento de trabajo del lenguaje bípedo, pero Míster Bones tenía además la suerte de que su amo no lo trataba como a un ser inferior. Habían sido amigos del alma desde el principio, y si a eso se añade el hecho de que Míster Bones no sólo era el mejor sino el único amigo de Willy, y se consideraba también que Willy era una persona que disfrutaba escuchándose, un auténtico y recalcitrante logomaníaco que apenas dejaba de hablar desde el momento que abría los ojos por la mañana hasta por la noche, cuando perdía el conocimiento por la borrachera, resultaba enteramente lógico que Míster Bones se sintiera tan a gusto con la jerigonza nativa. En resumidas cuentas, lo único sorprendente era que no hubiese aprendido a hablar mejor. No por falta de constancia, sino porque la biología estaba en su contra, y con la conformación de hocico, dientes y lengua que el destino le había impuesto, no llegaba a articular más que una serie de ladridos, gruñidos y aullidos, una especie de discurso vago y confuso. Tenía plena conciencia de lo lejos que aquellos sonidos estaban de hablar con soltura, pero Willy siempre le dejaba expresar su opinión, y en el fondo eso era lo único que contaba. Míster Bones era libre de meter baza en cualquier ocasión y su amo le escuchaba con todo interés, y quien mirase el rostro de Willy mientras observaba los esfuerzos de su amigo por comportarse como un miembro de la tribu humana, juraría que no se perdía una sola palabra.

Aquel lúgubre domingo en Baltimore, sin embargo, Míster Bones mantuvo la boca cerrada. Eran los últimos días que pasaban juntos, quizá incluso las últimas horas, y no era momento de permitirse largos discursos ni descabellados aspavientos, no había tiempo para los jugueteos de siempre. Algunas situaciones requerían tacto y disciplina, y en su desesperada situación sería mucho mejor contener la lengua y portarse como un perro obediente y leal. Dejó que Willy le rompiera la correa del collar sin protestar. No se quejó de no haber comido en treinta y seis horas; no olfateó el aire en busca de olor a hembra; no se paró a mear en cada farola y boca de riego. Se limitó a caminar al lado de Willy, siguiendo a su amo mientras buscaban entre las desiertas avenidas el 316 de la calle Calvert.

En principio, Míster Bones no tenía nada en contra de Baltimore. No olía peor que cualquier otra ciudad en la que hubieran acampado a lo largo de los años, pero aun cuando entendiera la finalidad del viaje, le apenaba pensar que un hombre decidiera pasar los últimos momentos de su vida en un sitio donde nunca había estado. Un perro no habría cometido ese error. Él haría las paces con el mundo y luego se ocuparía de pasar a mejor vida en terreno familiar. Pero Willy aún tenía que hacer dos cosas antes de morir, y con su testarudez característica se le había metido en la cabeza que sólo existía una persona capaz de ayudarle. Esa persona se llamaba Bea Swanson, y como su último paradero conocido era Baltimore, allí habían ido en su busca. Todo eso estaba muy bien, pero a menos que el plan de Willy surtiera efecto, Míster Bones se vería abandonado en aquella ciudad de empanadas de cangrejo y escalinatas de mármol, ¿y qué iba a ser de él, entonces? Con una llamada de teléfono habría solucionado la cuestión en un santiamén, pero Willy sentía una aversión filosófica a servirse del teléfono para asuntos importantes. Prefería caminar días enteros a coger uno de esos aparatos y hablar con alguien a quien no veía. Así que allí estaban, a trescientos cincuenta kilómetros, deambulando sin mapa por las calles de Baltimore, buscando una dirección que bien podría no existir.

De las dos cosas que Willy aún esperaba realizar antes de morir, ninguna tenía preferencia sobre la otra. Cada una de ellas era de suma importancia para él, y como ya quedaba muy poco tiempo para pensar en hacerlas por separado, se le había ocurrido algo que denominaba Gambito de Chesapeake: un ardid de última hora para matar dos pájaros de un tiro. La primera ya se ha descrito en párrafos anteriores: encontrar nuevo acomodo para su peludo compañero. La segunda era arreglar sus asuntos y asegurarse de que sus manuscritos quedaban en buenas manos. En aquellos momentos, la obra de toda su vida estaba metida en una consigna automática de la estación de autobuses Greyhound de la calle Fayette, a dos manzanas y media de donde se encontraban ahora. Tenía la llave en el bolsillo, y a menos que encontrara a alguien digno de confianza para entregársela, hasta el último de sus escritos sería destruido, tirado a la basura como cualquier equipaje sin reclamar.

En los veintitrés años desde que se había puesto el apellido de Christmas, Willy había rellenado setenta y cuatro cuadernos hasta la última página. Sus escritos incluían poemas, cuentos, ensayos, diarios, epigramas, reflexiones autobiográficas y los primeros mil ochocientos versos de una epopeya en elaboración, *Vida vagabunda.* Había compuesto la mayoría de aquellas obras en la mesa de la cocina del piso de su madre, en Brooklyn, pero desde su muerte, ocurrida cuatro años antes, no tuvo más remedio que escribir al aire libre, a menudo luchando contra los

elementos en parques públicos y callejones polvorientos mientras trataba de plasmar sus pensamientos en el papel. En lo más hondo de su corazón, Willy no se hacía vanas ilusiones sobre sí mismo. Sabía que era un espíritu atribulado que no encajaba en este mundo, pero también estaba seguro de que en aquellos cuadernos había cosas buenas, y al menos en ese sentido podía llevar la cabeza alta. Si hubiera sido más cuidadoso a la hora de tomar la medicación, si su organismo hubiese sido un poco más fuerte o si no le hubiera gustado tanto la cerveza, el alcohol y el jaleo de los bares, quizá habría escrito cosas aún mejores. Muy posiblemente, pero ya era demasiado tarde para pensar en errores y lamentaciones. Willy había escrito la última frase de su vida, y ya no le quedaba mucha cuerda al reloj. Las palabras encerradas en la consigna eran todo lo que tenía para responder de sí mismo. Si desaparecían, sería como si él nunca hubiese existido.

Y ahí era donde entraba Bea Swanson. Willy sabía que todo dependía del azar, pero si lograba encontrarla estaba seguro de que removería cielo y tierra para ayudarle. En otros tiempos, cuando el mundo aún era joven, la señora Swanson había sido su profesora de inglés en el instituto, y de no haber sido por ella probablemente no habría tenido nunca el valor de considerarse escritor. En aquel entonces era aún William Gurevitch, un escuálido muchacho de dieciséis años apasionado por la lectura y el *beebop jazz,* y ella lo tomó bajo su tutela y prodigó sus primeros escritos de alabanzas tan excesivas, tan desproporcionadas con respecto a sus méritos, que él empezó a considerarse la nueva gran promesa de la literatura norteamericana. No se trata de si ella tenía o no razón, pues en esa etapa los resultados son menos importantes que las expectativas, pero la señora Swanson había reconocido sus dotes, había visto la chispa en su inspiración novel, y nadie llega a nada en esta vida sin alguien que crea en él. Eso es un hecho comprobado, y mientras el resto de la clase de tercer curso del Instituto Midwood consideraba a la señora Swanson una cuarentona bajita y rechoncha, de brazos fofos que oscilaban y se estremecían cada vez que escribía en la pizarra, Willy pensaba que era una belleza, un ángel que había bajado del cielo adoptando forma humana.

Pero en otoño, cuando las clases empezaron de nuevo, la señora Swanson ya no estaba. A su marido le habían ofrecido otro trabajo en Baltimore, y como además de profesora era esposa, ¿qué podía hacer sino irse de Brooklyn y marcharse a donde fuese el señor Swanson? Para Willy fue un golpe difícil de encajar, pero pudo haber sido peor, porque aunque su mentora estaba lejos, no le olvidó. Durante los años siguientes, la señora Swanson mantuvo una animada correspondencia con su joven amigo, siguió leyendo y comentando los manuscritos que le enviaba, recordando su cumpleaños con regalos de viejos discos de Charlie Parker

y sugiriéndole pequeñas revistas donde podía empezar a presentar sus obras. La efusiva y entusiasmada carta de recomendación que le escribió en su último año le ayudó a conseguir una beca en Columbia. La señora Swanson era su musa, su protectora y su amuleto de la suerte, todo a la vez, y en aquel momento de la vida de Willy no cabía duda de que todo era posible. Pero entonces llegó el alucine esquizoide de 1968, el frenético vaivén de la verdad o sus consecuencias sobre un cable de alta tensión. Lo encerraron en un hospital, y después de seis meses de tratamiento de shock y terapia psicofarmacológica ya no volvió a ser el mismo. Willy había engrosado las filas de los tullidos ambulantes, y aunque siguió produciendo poemas y cuentos como rosquillas, escribiendo tanto en la salud como en la enfermedad, rara vez encontró tiempo para contestar las cartas de la señora Swanson. Los motivos carecían de importancia. Quizá le avergonzaba seguir en contacto con ella. Tal vez estaba distraído, preocupado por otros asuntos. Puede que hubiese perdido la confianza en el servicio de correos de Estados Unidos y ya no se fiara de que a algún cartero no le diese por fisgonear las cartas que entregaba. Fuera como fuese, su otrora voluminosa correspondencia con la señora Swanson se fue reduciendo hasta casi quedarse en nada. Durante un par de años consistió en alguna que otra postal esporádica, después en la felicitación navideña comprada en la papelería y luego, en 1976, cesó por completo. Desde entonces, no se habían comunicado ni una sola sílaba.

Míster Bones estaba al corriente de todo, y eso era precisamente lo que le preocupaba. Habían pasado diecisiete años. ¡Por favor, si por entonces era presidente Gerald Ford y a él tardarían otros diez años en parirlo! ¿A quién quería engañar Willy? A saber las cosas que podían haber ocurrido en ese tiempo. Con todos los cambios que se producían en diecisiete horas o diecisiete minutos, ¡como para pensar en diecisiete años! En el mejor de los casos, la señora Swanson probablemente se habría mudado a otro sitio. La vieja ya andaría por los setenta, y si no estaba senil ni viviendo en un parque de remolques en Florida, lo más probable era que hubiese muerto. Willy lo había reconocido mientras caminaban por las calles de Baltimore aquella mañana, pero qué coño, había dicho, no les quedaba otra baza, y como de todos modos la vida era un juego, ¿por qué no jugárselo todo a una carta?

Ah, Willy. Había contado tantas historias, había hablado con tantas voces diferentes, había dicho tantas cosas distintas al mismo tiempo, que Míster Bones ya no sabía a qué atenerse. ¿Qué era cierto, qué era falso? Difícil saberlo, tratándose de una personalidad tan compleja y extravagante como Willy G. Christmas. Míster Bones podía dar fe de lo que había visto con sus propios ojos, de los acontecimientos que había experimentado en su propia carne, pero Willy y él sólo llevaban juntos

siete años, y los hechos ocurridos en los treinta y siete anteriores podían interpretarse más o menos a gusto de cada cual. Si no hubiera vivido su época de cachorro bajo el mismo techo que la madre de Willy, toda la historia habría quedado envuelta en sombras, pero oyendo a la señora Gurevitch y comparando sus afirmaciones con las de su hijo, Míster Bones logró hacerse una idea bastante coherente de lo que había sido el mundo de Willy antes de su entrada en él. Faltaban mil detalles. Y otros muchos resultaban confusos, pero Míster Bones llegaba a captar su sentido, tenía cierta visión de ese mundo, tanto de lo que era como de lo que no era.

No era lujoso, por ejemplo, ni tampoco agradable, y las más de las veces el ambiente doméstico estaba teñido de amargura y desesperación. Considerando las penalidades que la familia había pasado antes de desembarcar en Estados Unidos, seguramente era un milagro que David Gurevitch e Ida Perlmutter lograran tener descendencia. De los siete hijos que los abuelos de Willy tuvieron en Varsovia y Lodz entre 1910 y 1921, ellos dos fueron los únicos que sobrevivieron a la guerra. Sólo ellos se libraron de números tatuados en el antebrazo, sólo a ellos les tocó la suerte de escapar. Pero eso no quería decir que les hubiera resultado fácil, y Míster Bones había oído suficientes historias como para que se le erizase el lomo. Estaban los diez días que pasaron encogidos en un pequeño desván de Varsovia. El mes que tardaron en ir a pie de París a la zona libre del sur, durmiendo en pajares y robando huevos para subsistir. El campo de internamiento de refugiados de Mende, el dinero de los sobornos para conseguir salvoconductos, los cuatro meses de infierno burocrático en Marsella mientras esperaban sus visados de tránsito españoles. Luego vino el prolongado coma de inmovilidad en Lisboa, el niño muerto que Ida dio a luz en 1944, los dos años de contemplar el Atlántico mientras la guerra se alargaba interminablemente y el dinero se les iba acabando poco a poco. Cuando los padres de Willy llegaron a Brooklyn en 1946, lo que les esperaba no era tanto una nueva vida como una vida póstuma, un intervalo entre dos muertes. El padre de Willy, que en su juventud en Polonia había sido un abogado de talento, suplicó un trabajo a un primo lejano y se pasó los trece años siguientes cogiendo el metro en la Séptima Avenida para ir a una fábrica de botones en la calle Veintiocho Oeste. El primer año, la madre de Willy completaba sus ingresos dando clases de piano en su piso a niños mimados judíos, pero eso se acabó una mañana de noviembre de 1947 cuando Willy asomó la carita entre sus piernas e inesperadamente se negó a dejar de respirar.

Tuvo la infancia de un norteamericano, de un chaval de Brooklyn que jugaba al béisbol en la calle, leía por la noche la revista *Mad* entre las sábanas y escuchaba a Buddy Holly y los Big Bopper. Ni su padre ni su madre podían sospechar tales cosas, pero tanto mejor para Willy, pues por

aquella época su gran objetivo en la vida era convencerse de que no eran sus verdaderos progenitores. Le parecían seres extraños, penosos, que desentonaban tremendamente con su acento polaco y sus rebuscados modales extranjeros, y sin pensarlo mucho comprendió que su única esperanza de supervivencia consistía en resistirse a ellos a cada paso. Cuando su padre murió de repente a los cuarenta y nueve años de un ataque cardíaco, el dolor de Willy se vio mitigado por una sensación de alivio. Ya con doce años, apenas en los albores de la adolescencia, había formulado la filosofía que siguió toda la vida de meterse en líos allí donde los encontrara. Cuanto más desdichada era la existencia, cuanto más cerca se estaba de la verdad, del descarnado meollo de la vida, ¿qué podía ser más terrible que perder al padre seis semanas después de cumplir los doce años? Eso le marcaba a uno como personaje trágico, le evitaba las zancadillas de las vanas esperanzas *y* las ilusiones sentimentales, le imponía un aura de sufrimiento legítimo. Pero la verdad era que Willy no sufrió mucho. Su padre siempre había sido un enigma para él, un hombre propenso a silencios de semanas enteras y a súbitos estallidos de cólera, y más de una vez había abofeteado a Willy por la más mínima e insignificante transgresión. No, no fue difícil acostumbrarse a vivir sin aquella carga explosiva. No le costó esfuerzo alguno.

O eso suponía el bueno de Herr Doktor Bones. Puede no hacerse caso de su opinión, si se quiere, pero ¿en quién más se podría a confiar? Tras escuchar esas historias durante los últimos siete años, ¿no se había ganado el derecho a que le considerasen primera autoridad mundial en la materia?

Y entonces Willy se quedó solo con su madre. No era lo que se dice una persona divertida, pero al menos no se metía donde no la llamaban y le daba considerables muestras de cariño, la ternura suficiente para compensar los períodos en que le fastidiaba y le sermoneaba y le ponía los nervios de punta. En general, Willy trataba de ser un buen hijo. En los raros momentos en que era capaz de dejar de pensar en sí mismo, incluso se esforzaba en ser amable con ella. Si tenían sus diferencias, era menos como resultado de cierta animosidad personal que de puntos de vista radicalmente opuestos con respecto al mundo. Por triste experiencia, la señora Gurevitch sabía que el mundo andaba tras ella y procuraba vivir en consecuencia, haciendo todo lo posible por mantenerse a salvo. Willy también sabía que el mundo iba por él, pero a diferencia de su madre no tenía reparos en contraatacar. La discordancia no se debía a que la madre era pesimista y el hijo optimista, sino a que el pesimismo de la una había conducido a una actitud atemorizada y el pesimismo del otro a un vehemente y quisquilloso desprecio a Todo lo Existente. La una se encogía, el otro se revolvía. La una acataba la disciplina, el otro se

rebelaba. Las más de las veces estaban en desacuerdo, y como a Willy le resultaba muy fácil escandalizar a su madre, rara vez desaprovechaba la oportunidad de provocar una discusión. Si al menos ella hubiese tenido el tino de ceder un poco, seguramente Willy no habría insistido tanto en tener razón. Su antagonismo le servía de inspiración, le empujaba a posiciones aún más extremas, y cuando estuvo en condiciones de marcharse de casa para ir a la universidad se asignó para siempre el papel que había elegido: el insatisfecho, el rebelde, el poeta marginal que merodeaba por las alcantarillas de un mundo corrompido.

Sabe Dios cuánta droga ingirió aquel muchacho en los dos años y medio que pasó en Morningside Heights. Willy fumó, esnifó o se pinchó en las venas todas las sustancias ilegales habidas y por haber. Bien está andar por ahí pretendiendo ser la reencarnación de François Villon, pero si un muchacho inestable se mete en el cuerpo mejunjes tóxicos en cantidad suficiente para llenar todo un vertedero de los prados de Jersey, seguro que la química de su organismo se altera para siempre. Tarde o temprano, Willy se habría derrumbado de todos modos, pero ¿quién discutiría que los excesos psicodélicos de sus días de estudiante no precipitaron los acontecimientos? Cuando su compañero de habitación se lo encontró completamente desnudo en el suelo ––entonando números de teléfono de la guía de Manhattan y comiéndose un tazón de sus propios excrementos —, la carrera académica del futuro amo de Míster Bones llegó a su brusca y definitiva conclusión.

Luego vino el manicomio, y después Willy volvió al piso de su madre en la Avenida Glenwood. No era un sitio ideal para vivir, quizá, pero ¿adonde podía ir, si no, un flipado como el pobre Willy? Durante los seis primeros meses, la situación no trajo nada bueno. Aparte de que Willy se pasó de la droga al alcohol, en lo esencial las cosas siguieron como antes. Las mismas tensiones, los mismos conflictos, idénticos malentendidos. Entonces, a fines de 1969, Willy tuvo de buenas a primeras la visión que lo cambió todo, el encuentro místico con la santidad que le transformó y encauzó su vida por unos derroteros completamente distintos.

Eran las dos y media de la mañana. Su madre se había acostado varias horas antes y Willy estaba instalado en el sofá del cuarto de estar con un paquete de Lucky y una botella de bourbon, viendo la televisión con el rabillo del ojo. La televisión era un hábito nuevo para él, una secuela de su reciente estancia en el hospital. No le interesaban especialmente las imágenes de la pantalla, pero le gustaba tener en segundo plano el zumbido y el resplandor del aparato y entretenerse con las sombras grisáceas que proyectaba en las paredes. En aquel momento daban «Cine

de Medianoche» (algo que ver con saltamontes gigantescos que devoraban a los ciudadanos de Sacramento, en California), pero habían dedicado la mayor parte del programa a emitir publicidad chabacana de productos milagrosos que representaban grandes avances: cuchillos que nunca se mellaban, bombillas que no se fundían, lociones de fórmula secreta que eliminaban la maldición de la calvicie.

Bla, bla, bla, murmuró Willy para sí, las mismas monsergas y chorradas de siempre. Pero justo cuando iba a levantarse para apagar la televisión, pusieron otro anuncio y allí estaba Santa Claus bajando por el hueco de la chimenea de lo que parecía el cuarto de estar de una casa de Maasapequa, en las afueras de Long Island. Como las navidades estaban a la vuelta de la esquina, Willy estaba acostumbrado a que salieran anuncios con actores caracterizados de Santa Claus. Pero aquél era mejor que la mayoría: un tipo gordinflón, de mejillas sonrosadas y una barba blanca como Dios manda. Willy se detuvo a ver de qué iba el rollo, esperando oír algo sobre detergentes para alfombras o alarmas antirrobo, cuando de pronto Santa pronunció las palabras que cambiarían su destino.

—William Gurevitch ––dijo Santa––. Sí, me dirijo a ti, a William Gurevitch de Brooklyn, Nueva York.

Aquella noche Willy sólo se había bebido media botella, y habían pasado ocho meses desde su última alucinación propiamente dicha. Por nada del mundo iba a tragarse aquella basura. Sabía distinguir entre la realidad y la fantasía, y si Santa Claus le hablaba desde el televisor de su madre, eso sólo podía significar que estaba más borracho de lo que creía.

––A tomar por culo, tío ––dijo Willy, apagando el aparato sin pensarlo dos veces.

Lamentablemente, no pudo dejar las cosas tal como estaban. Movido por la curiosidad, o porque quería asegurarse de que no estaba teniendo otra crisis nerviosa, Willy decidió que no perdería nada con poner otra vez la televisión, sólo para echar un vistazo, una última miradita. Eso no haría daño a nadie, ¿verdad? Mejor salir ahora de dudas que andar con aquella cagada navideña recomiéndole durante los siguientes cuarenta años.

Y hete ahí que apareció otra vez. Allí estaba el puñetero Santa Claus, haciendo un gesto admonitorio con el dedo y sacudiendo la cabeza con aire triste y decepcionado. Cuando abrió la boca y empezó a hablar (continuando exactamente donde se había quedado diez segundos antes),

Willy no sabía si soltar una carcajada o tirarse por la ventana. Era de verdad, tíos. Estaba ocurriendo algo imposible, y en aquel preciso momento Willy supo que ya nada volvería a ser como antes.

––Eso no ha estado bien, William ––declaró Santa––. Estoy aquí para ayudarte, pero si no me dejas hablar no iremos a ninguna parte. ¿Me entiendes, hijo?

La pregunta parecía requerir una respuesta, pero Willy dudó. Ya tenía bastante con escuchar a aquel payaso. ¿Quería empeorar las cosas contestándole?

––¡William! ––exclamó Santa. Su voz, severa y cargada de reproche, revelaba la fuerza de una personalidad con la que no se podía jugar. Si Willy quería librarse de aquella pesadilla, no tendría más remedio que seguirle la corriente. ––Sí, jefe ––masculló––, le he entendido perfectamente. El hombre gordo sonrió. Entonces, muy despacio, la cámara se movió para enfocarle en primer plano. Santa se quedó así unos segundos, mesándose la barba, aparentemente absorto en sus pensamientos.

––¿Sabes quién soy? ––preguntó al cabo.

––Sé a quién te pareces —contestó Willy––, pero eso no significa que sepa quién eres. Al principio creí que eras uno de esos gilipollas disfrazados. Luego pensé que eras el genio de la botella. Ahora no tengo ni idea.

––Soy lo que parezco.

—Claro, tío, y yo soy el cuñado de Haile Selassie.

––Santa Claus, William. Alias San Nicolás. La Navidad personificada. La única fuerza del bien que queda en este mundo.

––Con que Santa, ¿eh? Y se deletrea S—A—N—T—A, ¿verdad?

—Sí, eso es. Así se deletrea exactamente. —Lo que me figuraba. Pero si cambiamos las letras un poquito de sitio, ¿qué tenemos? S—A—T—Á—N, ni más ni menos. Eres el puto diablo, abuelo, y sólo existes en mi cabeza.

Observen cómo luchaba Willy contra la aparición, lo resuelto que estaba a burlar su hechizo. No era un estúpido psicópata para dejar que le mangonearan con fábulas y apariciones. No quería tener nada que ver con todo aquello, y la repugnancia que sintió, la total y absoluta hostilidad con que siempre describía los primeros momentos del encuentro, fue precisamente lo que convenció a Míster Bones de que era cierto, de que Willy había tenido una auténtica visión y no se estaba inventando la historia. Según lo contaba, la situación era un escándalo, un insulto a su inteligencia, y le hervía la sangre sólo con pensar en aquel obtuso montón de clichés. Que le hicieran tragarse a otro esos cuentos. Las navidades eran una farsa, una temporada de pasta fácil y gran actividad de cajas registradoras, y como símbolo de esas fechas, como la esencia misma de todo el tinglado consumista, Santa era el farsante supremo.

Pero aquel Santa no era un farsante, ni tampoco el demonio disfrazado. Era el verdadero Papá Noel, el único Señor de los Elfos y los Espíritus, y había ido a predicar un mensaje de bondad, generosidad y sacrificio. Aquella ficción de lo más inverosímil, aquella antítesis de todas las creencias de Willy, aquella absurda exhibición efectista con la chaqueta roja y las botas orladas de piel —sí, Santa Claus en todo su esplendor de la Avenida Madison––, había surgido de lo más profundo de Telelandia para demoler el sólido escepticismo de Willy y volver a encauzar su alma. Así de sencillo. Si había algún farsante, declaró Santa, ése era Willy, y se lo demostró con pelos y señales, sermoneando al perplejo y asustado muchacho durante casi una hora. Le llamó impostor, afectado y escritorzuelo sin talento. Luego subió de tono, tildándole de nulidad, de comemierda, de tonto de capirote, y poco a poco fue derribando la muralla de sus defensas *y* le hizo ver la luz. Para entonces Willy ya andaba tirado por el suelo, llorando a lágrima viva mientras pedía misericordia y prometía enmendarse. La Navidad era auténtica, comprendió, y para él no habría verdad ni felicidad hasta que empezara a abrazar su espíritu. En lo sucesivo aquélla sería su misión en la vida: encarnar el mensaje de Navidad todos los días del año, no pedir nada a nadie y sólo dar amor a cambio. En otras palabras, Willy decidió hacerse santo. Y así fue como William Gurevitch concluyó sus negocios en este mundo, y de su carne nació un hombre nuevo llamado Willy G. Christmas. Para celebrar el acontecimiento, a la mañana siguiente Willy se dirigió a Manhattan y se hizo tatuar una imagen de Santa Claus en el brazo derecho. Fue un verdadero suplicio, pero Willy aguantó las agujas con gusto, exultante al saber que ahora habría un signo visible de su transformación y que lo llevaría marcado para siempre.

Lamentablemente, cuando volvió a Brooklyn y mostró orgullosamente el nuevo adorno a su madre, la señora Gurevitch se puso como loca,

estallando en un berrinche de lágrimas y airada incredulidad. No fue simplemente la idea del tatuaje lo que la descompuso (aunque algo tenía que ver, habida cuenta de que estaba prohibido por la ley mosaica y del papel que el tatuaje sobre piel judía había desempeñado en su vida), sino lo que representaba *aquel tatuaje en concreto,* y dado que la señora Gurevitch vio el Santa Claus tricolor en el brazo de Willy como una muestra de traición y de locura incurable, su arrebato del momento quizá fuese comprensible. Hasta entonces había logrado engañarse pensando que su hijo se repondría por completo. Achacaba su estado a las drogas, y creía que en cuanto su organismo expulsara los residuos tóxicos y el recuento de glóbulos de su sangre fuese otra vez normal, no tardaría mucho en apagar el televisor y volver a la universidad. Pero ya no. Una sola mirada al tatuaje, y todas las vanas esperanzas y falsas ilusiones se hicieron añicos a sus pies como el cristal. Santa Claus pertenecía al otro bando. Era de los presbiterianos y los católicos romanos, de los adoradores de Jesús y los enemigos de los judíos, de Hitler y demás ralea. El *goyim* se había apoderado del cerebro de Willy, y una vez que se metía dentro de uno, no abandonaba jamás. Las navidades sólo eran el primer paso. La Semana Santa estaba a sólo unos meses, y entonces empezarían a arrastrar aquellas cruces suyas y a hablar de asesinato, y no tardando mucho las tropas de asalto le echarían la puerta abajo. Veía la imagen de Santa Claus estampada en el brazo de su hijo, pero en lo que a ella se refería no se diferenciaba de una esvástica.

Willy se quedó verdaderamente perplejo. No había pretendido molestar, y en su gozoso estado de remordimiento y conversión lo último que deseaba era ofender a su madre. Pero, por mucho que hablara y le explicara, ella se negaba a escucharle. Le chilló y le llamó nazi, y cuando él insistió en hacerle comprender que Santa Claus era una encarnación de Buda, un ser sagrado que predicaba el amor y la compasión misericordiosa, ella le amenazó con volver a llevarlo al hospital aquella misma tarde. Aquello recordó a Willy una frase que había oído decir a otro paciente del Saint Luke ––«Antes que una lobotomía frontal, prefiero una botella mortal»—, y de pronto comprendió lo que le esperaba si dejaba que su madre se saliera con la suya. De modo que, en lugar de dar en hueso, se puso el abrigo y se marchó del piso, lanzándose de cabeza a esos mundos de Dios.

Así se inició una costumbre que duró muchos años. Willy se quedaba con su madre varios meses, luego se marchaba otros tantos y después volvía. La primera salida fue probablemente la más espectacular, aunque sólo fuese porque Willy aún no sabía nada sobre la vida errante. Sólo estuvo fuera un breve período de tiempo, y aunque Míster Bones nunca estaba muy seguro de lo que Willy quería decir con *breve,* las cosas que le

pasaron en aquellas semanas o meses en que estuvo fuera le demostraron que había encontrado su verdadero camino.

––No me digas que dos y dos son cuatro ––dijo Willy a su madre cuando volvió a Brooklyn––. ¿Cómo sabemos que dos son dos? Ésa es la verdadera cuestión.

Al día siguiente, se sentó a escribir de nuevo. Era la primera vez que cogía la pluma desde antes de ir al hospital, y las palabras le salieron como el agua que fluye a borbotones de una tubería rota. Como poeta, Willy G. Christmas demostró ser mejor y estar más inspirado que William Gurevitch, y aunque sus primeros intentos carecían de originalidad, lo compensaba con empeño y entusiasmo. *Treinta y tres reglas para vivir era* buen ejemplo de ello. Los primeros versos decían así:

Arrójate en brazos del mundo
y el aire te sujetará. Duda
y el mundo te saltará por detrás.
Echa el resto por la autopista de huesos.
Sigue la música de tus pasos,
y cuando se apague la luz no silbes, canta.
Si mantienes los ojos abiertos, siempre estarás perdido.
Regala la camisa, regala el oro,
regala los zapatos al primer desconocido que veas.
Mucho brotará de nada
si bailas el frenético vals…

Una cosa eran las ocupaciones literarias, y otra muy distinta la manera de comportarse en el mundo. La poesía de Willy podría ser diferente, pero eso seguía sin resolver la cuestión de si el propio Willy había cambiado. ¿Se había convertido realmente en una persona nueva, o la zambullida en la santidad no era más que un impulso pasajero? ¿Se había colocado a sí mismo en una situación insostenible, o había otra cosa que justificase su renacimiento aparte del tatuaje del bíceps derecho y del ridículo apodo que tanto le gustaba usar? Una respuesta sincera quizá fuese sí y no, un poco de todo. Porque Willy era débil, agresivo a veces, propenso a olvidar cosas. Padecía bloqueos mentales, y cuando el *flipper* de su cabeza se aceleraba y cometía falta, todo se le descabalaba. ¿Cómo podía un hombre así revestirse con el manto de la pureza? No sólo era un borrachín incipiente y un embustero de nacimiento con una fuerte tendencia paranoica, sino que también era demasiado chistoso para su propio bien. Cuando Willy empezaba con las bromas, Santa Claus era presa de las

llamas y toda aquella farsa de flores y corazones quedaba reducida a cenizas.

Con todo, sería injusto decir que no lo intentó, y sobre ese intento gira gran parte de la historia. Aunque Willy no siempre estuviera a la altura de sus propias expectativas, al menos disponía de un modelo para el comportamiento que quería seguir. En los raros momentos en que estaba en condiciones de centrarse y frenar los excesos en el terreno de la bebida, Willy demostró que era capaz de cualquier acto de valor o generosidad. En 1972, por ejemplo, con no poco riesgo de su vida, salvó a una niña de cuatro años de morir ahogada. En 1976, acudió en defensa de un anciano de ochenta y un años a quien estaban atracando en la calle Cuarenta y tres Oeste de Nueva York; y le pagaron la molestia con una puñalada en el hombro y un balazo en la pierna. Más de una vez dio su último dólar a un amigo que pasaba una mala racha, dejó que el enamorado y el abatido lloraran en su hombro, y a lo largo de los años convenció a un hombre y a dos mujeres de que no se suicidaran. Había cosas buenas en el alma de Willy, y cuando salían a la luz se olvidaban todas las demás. Sí, era un vagabundo loco que iba dando el coñazo por ahí, pero cuando la cabeza le funcionaba bien, Willy era uno entre un millón, y todo el que se cruzaba en su camino lo sabía.

Siempre que hablaba con Míster Bones de aquellos primeros años, Willy tendía a recrearse en los buenos recuerdos y a olvidar los malos. Pero ¿quién podía culparle por tener una visión sentimental del pasado? Todos lo hacemos, perros y personas por igual, y en 1970 Willy se encontraba indudablemente en la flor de la juventud. Su salud era más buena que nunca, tenía la dentadura intacta y, además, dinero en el banco. Le habían asignado una pequeña suma del seguro de vida de su padre, y cuando entró en posesión de esa cantidad el día que cumplió veintiún años, no le faltó dinero en el bolsillo durante casi una década. Pero más allá de las ventajas del dinero y la juventud, estaba el momento histórico, la época misma, el espíritu que reinaba en la calle cuando Willy emprendió sus andanzas de vagabundo. El país estaba plagado de estudiantes que abandonaban la universidad y de niños fugitivos, neovisionarios melenudos, anarquistas disfuncionales y drogotas inadaptados. Pese a toda la extravagancia que había demostrado por derecho propio, Willy apenas destacaba entre todos ellos. No era más que otro bicho raro en la escena amerikana, y adondequiera que lo llevaran sus viajes ––ya fuese a Pittsburg o Plattsburg, Pocatello o Boca Ratón––, se las arreglaba para estar acompañado de gente de su misma onda. O eso afirmaba, y a la larga Míster Bones no vio motivos para dudarlo.

Y aunque lo hubiera hecho habría dado lo mismo. El perro había vivido lo suficiente para saber que las buenas historias no eran necesariamente historias verdaderas, y el que decidiera creerse o no las que su amo contaba sobre sí mismo era menos importante que el hecho de que Willy había vivido así durante años. Eso era lo esencial, ¿no? Los años, la cantidad de años que tardó en pasar de ser joven a no tan joven, sin dejar de ver cómo cambiaba el mundo a su alrededor. Cuando Míster Bones salió a gatas del vientre de su madre, los años mozos de Willy no eran sino un vago recuerdo, un montón de abono pudriéndose en un descampado. Los fugitivos habían vuelto arrastrándose a casa con mamá y papá; los drogotas habían cambiado sus románticos abalorios por corbatas estampadas; la guerra había terminado. Pero Willy seguía siendo Willy, el espléndido versificador y autoproclamado portador del mensaje de Santa, la sencilla justificación adornada con los sucios harapos de vagabundo. El paso del tiempo no había tratado amablemente al poeta, y ya no se enrollaba tan bien. Olía mal y se le caía la baba, la gente no le podía ni ver, y, con los balazos y cuchilladas y el deterioro general de su organismo, había perdido reflejos, su hasta entonces asombroso don para salir indemne de los líos. Le robaban y le daban palizas. Le pateaban mientras dormía, prendían fuego a sus libros, se aprovechaban de sus penas y dolores. Después de uno de esos encuentros con desconocidos, cuando lo llevaron al hospital con la vista nublada y un brazo roto, comprendió que no podía seguir sin alguna clase de protección. Pensó en una pistola, pero como aborrecía las armas se decidió por el mejor sustituto conocido por el hombre: un guardaespaldas de cuatro patas.

La señora Gurevitch no se puso muy contenta, pero Willy no cedió y se salió con la suya. Así que el joven Míster Bones fue apartado de su madre y cinco hermanos en el Refugio para Animales North Shore y trasladado a la Avenida Glenwood de Brooklyn. Para ser francos, no guardaba muchos recuerdos de aquellos primeros días. Entonces el idioma bípedo era aún territorio virgen para él, y con las locuciones extrañamente desfiguradas de la señora Gurevitch y la tendencia de Willy a hablar con voces diferentes (de pronto Gabby Hayes, al poco rato Louis Armstrong; Groucho Marx por la mañana, Maurice Chevalier por la noche), tardó varios meses en cogerle el tranquillo. Entretanto, vinieron los tormentos de la época de cachorro: la lucha por controlar la vejiga y el vientre, los periódicos en el suelo de la cocina, los guantazos en el hocico cada vez que se le escapaba el pis. Aquella vieja era una verdadera cascarrabias, y de no haber sido por las amables manos y las tranquilizadoras palabras de cariño de Willy, la vida en aquel piso habría sido un infierno. Luego vino el invierno, y con todo el hielo y las pegajosas bolitas de sal que había en la calle, se pasaba dentro el noventa y ocho por ciento del tiempo, sentado a los pies de Willy mientras el poeta ponía a punto su última obra maestra, o

explorando los rincones y recovecos de su nuevo hogar. El piso se componía de cuatro habitaciones y media, y cuando llegó la primavera Míster Bones conocía los muebles de arriba abajo, todas las manchas de las alfombras y hasta la última grieta del linóleo. Reconocía el olor de las zapatillas de la señora Gurevitch y el de los calzoncillos de Willy. Apreciaba la diferencia entre el timbre de la puerta y el del teléfono, distinguía el tintineo de las llaves del ruido de pastillas en un tubo de plástico, y no tardó mucho en tutearse con las cucarachas que vivían en el armario de debajo de la pila. Era una cantinela aburrida y limitada, pero ¿cómo iba a saber eso Míster Bones? No era más que un cachorro corto de entendederas, un pánfilo con patas de trapo que corría detrás de su propio rabo y mascaba su propia mierda, y como aquélla era la única vida que conocía, ¿quién era él para juzgar si tenía poco o mucho de esa gracia que hace que merezca la pena vivirla?

¡Qué sorpresa le esperaba al cachorrillo! Cuando por fin dejó de hacer frío y las flores desplegaron sus capullos, descubrió que Willy era algo más que un chupatintas casero y un artista profesional agilipollado. Su amo era un hombre de corazón perruno. Un caminante, un aventurero sin pulir, un bípedo único en su género que improvisaba las normas a medida que avanzaba. Sencillamente se levantaron una mañana de mediados de abril, se lanzaron a lo desconocido, y no volvieron a verle el pelo a Brooklyn hasta la víspera de Halloween. ¿Podía un perro pedir más? Míster Bones era la criatura más afortunada sobre la faz de la tierra.

Estaban las hibernaciones, por supuesto, los regresos al hogar familiar, y con ellos los inevitables inconvenientes de la vida bajo techo: los largos meses de radiadores de vapor sibilante, el infernal estruendo de aspiradoras y licuadoras, el tedio de la comida enlatada. Pero una vez que cogió el ritmo, Míster Bones tuvo pocos motivos de queja. Al fin y al cabo en la calle hacía frío, y en el apartamento estaba Willy, ¿cómo iba a ser mala la vida si su amo y él estaban juntos? Hasta la señora Gurevitch pareció finalmente aceptar las cosas. Una vez resuelto el asunto de su educación, observó una evidente suavización en su actitud hacia él, y aunque siguió gruñendo porque soltaba pelos por sus dominios, comprendió que no lo hacía con mala idea. A veces incluso le dejaba sentarse con ella en el sofá del cuarto de estar, acariciándole la cabeza con una mano mientras hojeaba una revista con la otra, y en más de una ocasión llegó a confiarse a él, desahogándose de las diversas preocupaciones que le daba su díscolo e inconsciente hijo. Cuánto dolor le causaba, y qué lástima que un muchacho tan excelente estuviese tan mal de la cabeza. Pero tener medio hijo era mejor que no tener ninguno, *farshtaist?, y* ¿qué podía hacer ella sino seguir queriéndolo con la esperanza de que al final todo fuese para bien? No permitirían enterrarlo

en un cementerio judío ––de ningún modo, con aquella tontería en el brazo––, y sólo saber que no descansaría en paz junto a su padre y su madre le causaba otra pena, otra preocupación que la atormentaba, pero la vida era para los vivos, ¿no?, ya Dios gracias los dos gozaban de buena salud ––toca madera–– o al menos no estaban enfermos, pensándolo bien, lo que ya era una bendición del cielo, algo por lo que estar agradecido, porque eso no se encontraba en las tiendas, ¿verdad?, no lo anunciaban por televisión. Ni en color ni en blanco y negro, daba igual el aparato que se tuviera. La vida no se compraba, y cuando uno se hallase a las puertas de la muerte, ni con todo el oro del mundo se libraría de cruzarlas.

Tal como descubrió Míster Bones, las diferencias entre la señora Gurevitch y su hijo eran mucho menores de lo que había supuesto al principio. Cierto era que discrepaban a menudo, y también que sus olores no tenían nada en común ––uno todo suciedad y sudor masculino, otro una mezcla de jabón de lilas, crema facial Ponds y pasta dentífrica de menta––, pero a la hora de hablar, aquella *Mamá-san* de sesenta y ocho años sabía defenderse contra quien fuese, y cuando se lanzaba a uno de sus interminables monólogos, uno comprendía enseguida por qué su vástago se había convertido en tal campeón de la cotorrería. Sus temas de conversación podrían ser diferentes, pero su estilo era esencialmente el mismo: titubeos, series de asociaciones libres a cada paso, numerosos apartes y observaciones entre paréntesis, y todo un repertorio de efectos extraverbales que iba desde chasquidos de la lengua, pasando por risitas de satisfacción hasta profundos jadeos glóticos. De Willy, Míster Bones aprendió sentido del humor, ironía y abundancia metafórica. De *Mamá-san,* recibió importantes enseñanzas sobre la significación de estar vivo. Le enseñó cosas de la ansiedad y la *tsuris,* de llevar el peso del mundo sobre los hombros y ––lo más importante–– de lo beneficioso que resultaba un buen llanto de vez en cuando.

Mientras caminaba penosamente junto a su amo aquel sombrío domingo por Baltimore, a Míster Bones le pareció raro pensar ahora en esas cosas. ¿Por qué acordarse de la señora Gurevitch?, se preguntó. ¿Por qué evocar el tedio de los inviernos de Brooklyn cuando existían tantos recuerdos más plenos y optimistas que considerar? Alburquerque, por ejemplo, y su feliz estancia de hacía dos años en aquella fábrica de camas abandonada. O Greta, la voluptuosa perrita con la que se revolcó diez noches consecutivas en un maizal de la Iowa City. O aquella tarde de chifladura en Berkeley de cuatro veranos antes, cuando Willy vendió ochenta y seis ejemplares fotocopiados de un solo poema en la Avenida Telegraph a un dólar cada uno. Le habría venido estupendamente revivir ahora alguno de aquellos acontecimientos, estar de vuelta en alguna parte con su amo antes de que apareciese la tos ––retroceder un año, sólo nueve o diez

meses––, sí, quizá hasta andar por ahí con aquella tía regordeta con la que Willy se había arrejuntado una temporada –– Wanda, Wendy, comoquiera que se llamase—, la chica de Denver que vivía en la parte de atrás de su ranchera y disfrutaba dándole huevos duros. Menuda cachonda, aquella tía, un indecente saco de grasa y alcohol, siempre tronchándose de risa, siempre haciéndole cosquillas en la parte más sensible del vientre y luego, cuando su rosada picha perruna surgía de la vaina (no es que a Míster Bones le molestara, claro está), se reía todavía más, con tales carcajadas que la cara se le ponía toda roja, y tantas veces se repitió aquella pequeña comedia durante la breve temporada que pasaron con ella que con sólo oír ahora la palabra *Denver* las carcajadas de Wanda resonaban de nuevo en sus oídos. Eso era *Denver* para él, igual que *Chicago* era un autobús que salpicaba al pasar por un charco en un día de lluvia. Como *Tampa* era una muralla de luz resplandeciendo en el asfalto una tarde de agosto. Como *Tucson* era un viento cálido que soplaba del desierto, llevando consigo el aroma de las hojas de enebro y artemisa, la súbita y extraña plenitud del aire libre.

Una y otra vez, intentó agarrarse a esos recuerdos, habitarlos unos momentos más mientras le pasaban fugazmente por la cabeza, pero fue inútil. No hacía más que volver al apartamento de Brooklyn, al letargo de las reclusiones invernales, a *Mama-san* andando sin hacer ruido por las habitaciones con sus mullidas zapatillas blancas. No había más remedio que quedarse allí, pensó, y cuando finalmente se rindió a la atracción de aquellos días y aquellas noches, comprendió que volvía a la Avenida Glenwood porque la señora Gurevitch estaba muerta. Había dejado este mundo, igual que su hijo estaba a punto de dejarlo, y al repasar aquella primera muerte Míster Bones se estaba sin duda preparando para la siguiente, para la muerte de muertes, la destinada a trastornar el mundo, a borrarlo quizá de un plumazo.

El invierno siempre había sido la temporada de la creación poética. Willy vivía de noche cuando estaba en casa, y la mayoría de las veces empezaba a trabajar justo después de que su madre se fuera a la cama. La vida viajera no permitía los rigores de la escritura. El ritmo era demasiado apresurado, el espíritu demasiado peripatético, las distracciones demasiado continuas para escribir otra cosa que unos esporádicos apuntes, alguna nota o frase garabateada a toda prisa en una servilleta de papel. En los meses que pasaba en Brooklyn, sin embargo, dedicaba tres o cuatro horas por la noche a pergeñar sus versos en la mesa de la cocina en cuadernos de espiral de 22 por 28 cm. Si es que no se marchaba de juerga a algún sitio, ni andaba depre o se sentía frustrado por la falta de inspiración. A veces murmuraba al escribir, articulando las palabras a medida que las ponía en el papel, y en ocasiones le daba por reír o gruñir

o aporrear la mesa con el puño. Al principio, Míster Bones creía que aquellos ruidos iban dirigidos a él, pero cuando comprendió que el extraño comportamiento formaba parte del proceso creador, se limitaba a hacerse un ovillo bajo la mesa y dormitar a los pies de su amo, esperando el momento en que se acabara el trabajo por aquella noche y le sacaran a la calle para vaciar la vejiga.

Pero no todo había sido aburrimiento y sopor, ¿verdad? Incluso en Brooklyn había habido momentos buenos, algunas distracciones del rollo literario. Retrocediendo treinta y ocho años en el calendario perruno, por ejemplo, se encontraba la Sinfonía de Olores, aquel brillante y extraordinario capítulo en los anales de la historia de Willy, cuando no escribió una sola palabra en todo el invierno. Sí, aquellos sí que fueron buenos tiempos, se dijo Míster Bones, una de las épocas más hermosas y enloquecidas, y al recordarla ahora sintió una cálida oleada de nostalgia por las venas. Si hubiese sido capaz de sonreír, habría sonreído en aquel momento. Si hubiese sido capaz de verter lágrimas, habría vertido lágrimas. En efecto, si algo así hubiese sido posible, habría reído y sollozado al mismo tiempo; para ensalzar y llorar a su querido amo, que pronto dejaría de existir.

La Sinfonía se remontaba a los comienzos de su vida en común. Dos veces se habían marchado de Brooklyn, dos veces habían vuelto, y en ese tiempo Willy había cobrado el cariño más ferviente y apasionado por su cuadrúpedo amigo. Ahora se sentía protegido, se alegraba de tener a alguien con quien hablar y le reconfortaba tener un cuerpo caliente contra el que acurrucarse en el frío de la noche, pero además, después de convivir tan estrechamente con el perro durante tantos meses, Willy había llegado a considerarlo íntegra e incorruptiblemente bueno. No sólo estaba convencido de que Míster Bones tenía alma. Sabía que aquella alma era mejor que muchas, y cuanto más la observaba, más refinamiento y nobleza de espíritu encontraba. ¿Era Míster Bones un ángel metido en el cuerpo de un perro? Willy así lo creía. Al cabo de dieciocho meses de las más íntimas y perspicaces observaciones, estaba plenamente convencido de ello. ¿Cómo interpretar, si no, el celestial juego de palabras que resonaba noche y día en su cabeza? Para descifrar el mensaje, lo único que había que hacer era ponerlo delante de un espejo. ¿Había algo más evidente? Si se ponían al revés las letras de la palabra perro, ¿con qué se encontraba uno? Con la verdad, ni más ni menos. El ser inferior contenía en su nombre la potestad del ser supremo, el todopoderoso artífice de todas las cosas. ¿Por eso era por lo que le habían traído el perro? ¿Sería Míster Bones, en realidad, una nueva personificación de la fuerza que le había conferido Santa Claus aquella noche de diciembre de 1969? Quizá fuese así. Y quizá no. Para cualquier otro, la cuestión habría estado abierta al

debate. Para Willy — precisamente porque era Willy—, no admitía discusión.

Así y todo, Míster Bones era un perro. Desde la punta del rabo al final del hocico era un puro ejemplar de *Canis familiaris, y* cualquiera que fuese la presencia divina que pudiese albergar en su piel, era en primer lugar y fundamentalmente aquello que parecía ser. Míster Bow Wow, Monsieur Woof Woof, Don Guau Guau, Señor Chucho.

Como dijo un cachondo ingeniosamente a Willy en un bar de Chicago cuatro o cinco veranos atrás:

—¿Quieres saber cuál es la filosofía de la vida que tienen los perros, amigo? Se reduce a una breve frase: «Si no vale para comer ni para joder, échale una meada. »

A Willy no le preocupaba eso. ¿Quién sabía los misterios teológicos que encerraba un caso así? Si Dios había enviado a su hijo al mundo en forma de hombre, ¿por qué no podía un ángel bajar a la tierra en forma de perro? Míster Bones era un perro, y a Willy le gustaba su condición perruna, disfrutaba contemplando el espectáculo de los hábitos caninos de su compadre. Willy nunca había tenido un animal de compañía. De niño, sus padres siempre habían rechazado sus peticiones de tener alguno en casa. Gatos, tortugas, periquitos, hamsters, peces de colores: no querían saber nada de eso. El piso era demasiado pequeño, decían, los animales olían mal, costaban dinero o Willy no era lo bastante responsable. En consecuencia, hasta que se encontró con Míster Bones nunca había tenido ocasión de observar de cerca el comportamiento de un perro, nunca se había molestado en pensar mucho sobre el tema. Los perros no eran para él más que presencias vagas, figuras imprecisas que se movían al borde de la conciencia. Se evitaban las que ladraban, se acariciaban las que daban lametones. Hasta ahí llegaban sus conocimientos. Dos meses después de su trigésimo octavo cumpleaños, todo aquello cambió de repente.

Había tanto que absorber, tantos datos que asimilar, descifrar y comprender que Willy no sabía por dónde empezar. El mover el rabo en contraposición con el rabo entre las patas. Las orejas tiesas en comparación con las orejas caídas. Los revolcones sobre el lomo, las carreras en círculos, los olfateos anales y los gruñidos, los saltos en dos patas y las cabriolas en el aire, la postura acechante, los dientes al descubierto, la cabeza erguida y toda una serie de pequeños detalles que expresaban, cada uno de ellos, una idea, un sentimiento, un designio, una

necesidad. Era como aprender a hablar otro idioma, pensaba Willy, como encontrar una tribu perdida de hombres primitivos y tener que interpretar sus costumbres y tradiciones. Una vez superadas las barreras iniciales, lo que más le intrigó fue el enigma que denominaba Paradoja de la Nariz y el Ojo o Censo Sensorial. Willy era una persona, y por tanto recurría principalmente a la vista para configurar su comprensión del mundo. Míster Bones era un perro, y en consecuencia estaba prácticamente ciego. Los ojos le servían únicamente para ayudarle a distinguir formas, para definir el contorno general de las cosas, para saber si el objeto o el ser que se erguía frente a él era un peligro que debía evitarse o un aliado que besuquear. Para el verdadero discernimiento, para la auténtica comprensión de la realidad en sus múltiples configuraciones, sólo la nariz tenía cierta utilidad. Todo lo que Míster Bones conocía del mundo, todo lo que había descubierto mediante intuiciones, pasiones o ideas, se derivaba de su sentido del olfato. Al principio, Willy apenas daba crédito a sus ojos. La avidez del perro por los olores parecía ilimitada, y cuando encontraba uno interesante, clavaba el hocico en él con tal determinación, con tan ansioso entusiasmo, que el resto del mundo dejaba de existir. Las aletas de su nariz se convertían en tubos de succión que sorbían los olores igual que una aspiradora inhala fragmentos de vidrio, y en ocasiones —muchas veces, en realidad— Willy se maravillaba de que la acera no se resquebrajara por la fuerza y ferocidad con que Míster Bones agitaba el morro. Si en circunstancias normales era la más atenta de las criaturas, con los olores se volvía terco, distraído, parecía olvidar completamente a su amo, y cuando a Willy se le ocurría tirar de la correa antes de que Míster Bones estuviera en condiciones de proseguir la marcha, antes de haber ingerido todo el sabor del zurullo o del charco de orines que estuviera examinando, el perro plantificaba las patas en el suelo para contrarrestar el tirón, y resultaba tan difícil moverlo, tan firmemente se anclaba en el sitio, que Willy a veces se preguntaba si no tenía entre las garras alguna glándula que segregara pegamento a voluntad.

¿Cómo no quedar fascinado por todo aquello? El perro contaba con unos doscientos veinte millones de receptores olfativos, mientras que el hombre apenas tenía cinco millones; y con una diferencia tan grande era lógico pensar que el mundo percibido por un perro era completamente distinto del captado por el hombre. Willy nunca había sido muy fuerte en lógica, pero en este caso le movía tanto el cariño como la curiosidad intelectual, y por eso siguió dando vueltas a la cuestión con más persistencia que de costumbre. ¿Qué sentía Míster Bones al oler algo? Y otra cosa igual de importante, ¿por qué olía lo que olía? Mediante la observación detallada, Willy llegó a la conclusión de que las preferencias de Míster Bones podían clasificarse en tres categorías: comida, sexualidad e información sobre otros perros. El hombre abre el periódico de la mañana para descubrir lo

que han hecho sus semejantes; el perro hace lo mismo con el morro, olfateando árboles, farolas y bocas de riego para averiguar las actividades de la población canina del barrio. Rex, el rottweiler de afilados dientes, ha dejado su marca en aquel matorral; Molly, la guapa cocker spaniel, está en celo; Roger, el chucho, ha comido algo que le ha sentado mal. Eso estaba claro para Willy, un aspecto que no hacía falta discutir. Pero las cosas se complicaban cuando pretendía entender lo que sentía el perro. ¿Se limitaba a protegerse, asimilando información para tener ventaja sobre los demás perros, o había en aquellos banquetes olfativos algo más que una simple táctica defensiva? ¿También andaba el placer de por medio? ¿Podía un perro con la cabeza metida en un cubo de basura experimentar algo parecido a, digamos, el embriagador desvanecimiento que se apodera de un hombre al hundir la nariz en el cuello de una mujer y aspirar una vaharada de perfume francés de noventa dólares el frasco?

Era imposible saberlo con seguridad, pero Willy se inclinaba a pensar que sí. ¿Por qué, si no, le costaba tanto arrancar a Míster Bones de los sitios donde había determinados olores? El perro disfrutaba, ésa era la razón. Se encontraba en un estado de embriaguez, perdido en un paraíso nasal del que le resultaba insoportable apartarse. Y si, como ya se ha dicho, Willy estaba convencido de que Míster Bones tenía alma, ¿no era lógico que un perro de inclinaciones tan profundas aspirase a cosas más elevadas, cosas que no estuvieran forzosamente relacionadas con las necesidades y urgencias de su cuerpo, sino espirituales, artísticas, las ansias inmateriales del espíritu? Y si, como todos los filósofos habían observado al respecto, el arte era una actividad humana que se apoyaba en los sentidos para llegar al alma, ¿no era también lógico que los perros —al menos los perros del calibre de Míster Bones— tuviesen la capacidad de sentir un impulso estético similar? ¿No serían capaces, en otras palabras, de apreciar el arte? Que Willy supiera, nadie había pensado antes en eso. ¿Acaso era el primer hombre de la historia conocida que creía posible una cosa así? Daba igual. Había llegado la hora de aquella idea. Si los perros no reaccionaban ante los cuadros o los cuartetos de cuerda, ¿quién se atrevería a decir que eran indiferentes a un arte basado en el sentido del olfato? ¿Por qué no un arte olfativo? ¿Por qué no un arte para perros que versara sobre el mundo que los perros conocían?

Así empezó el enloquecido invierno de 1988. Míster Bones nunca había visto a Willy tan entusiasmado, tan seguro, tan lleno de energía a toda prueba. Durante tres meses y medio trabajó en el proyecto con exclusión de todo lo demás, apenas preocupándose de fumar ni beber, durmiendo sólo cuando se veía absolutamente obligado a ello, casi olvidándose de escribir, leer y hurgarse la nariz. Trazaba planes, confeccionaba listas, experimentaba olores, construía estructuras de madera, lona, cartón y

plástico. Había tantos cálculos que hacer, tantas pruebas que realizar, tantas preguntas sobrecogedoras que responder. ¿Cuál era la secuencia ideal de olores? ¿Cuánto tiempo debía durar una sinfonía y cuántos olores debía contener? ¿Cuál era la estructura adecuada del recinto sinfónico? ¿Debía construirse en forma de laberinto, o como una serie de receptáculos intercalados más adecuada a la sensibilidad de un perro? ¿Debía el perro trabajar solo, o debía estar presente el amo para hacerle pasar de una fase a otra de la operación? ¿Debía girar cada sinfonía en torno a un tema único —comida, por ejemplo, u olores a hembra—, o había que mezclar diversos elementos? Uno por uno, Willy discutió a fondo esos problemas con Míster Bones, pidiéndole su opinión, solicitándole consejo y rogándole que consintiera en prestarse como conejillo de Indias a las pruebas de tanteo que se sucedieron. Rara vez se había sentido el perro tan honrado, tan envuelto en la agitación de los asuntos humanos. No sólo le necesitaba Willy, sino que esa necesidad había sido inspirada por el propio Míster Bones. Desde sus humildes orígenes de chucho sin especial valor ni distinción, se había convertido en el primero de los perros, en ejemplo de toda la raza canina. Claro que estaba contento de poner su granito de arena, de hacer todo lo que Willy le pidiera. ¿Qué más daba si no lo entendía del todo? Era un perro, ¿no? ¿Y por qué iba a negarse a olfatear un montón de trapos empapados de orines, colarse con esfuerzo por una trampilla estrecha o arrastrarse por un túnel con las paredes manchadas con restos de un plato de espaguetis y albóndigas? Quizá no sirviera para nada, pero lo cierto era que resultaba divertido.

Eso era lo que ahora recordaba: la gracia que tenía todo aquello, la continua oleada de entusiasmo que sacudía a Willy. Mejor olvidar a *Mamá-san y* sus sarcásticos comentarios. Olvidar el hecho de que su laboratorio estaba en el subsótano del edificio, junto a la caldera y las tuberías de los retretes, y de que trabajaban en el frío y sucio suelo. Estaban colaborando en algo importante, padeciendo juntos penalidades en aras del progreso científico. Si a veces había que lamentar algo, era la profunda entrega de Willy a lo que estaban haciendo. Le consumía tanto el proyecto, estaba tan completamente absorto en sus aspectos prácticos, que cada vez le resultaba más difícil ver las cosas con cierta perspectiva. Un día hablaba de su invento como si fuera un avance importantísimo, un hallazgo decisivo comparable a la bombilla, el aeroplano o el chip informático. Ganarían montones de dinero, aseguraba, se harían multimillonarios y nunca tendrían que volver a preocuparse de nada. Y otro día, en cambio, lleno súbitamente de dudas e incertidumbres, presentaba a Míster Bones argumentos tan bien construidos, tan minuciosos y sutiles, que el perro empezó a temer por la salud de su amo. ¿No sería llevar las cosas demasiado lejos, preguntó Willy una tarde, eso de incluir olores a hembra en la orquestación de las sinfonías? ¿Acaso no provocarían concupiscencia

en el perro que los inhalara, socavando así sus aspiraciones estéticas, convirtiendo el ejercicio en algo pornográfico, en una especie de indecencia para perros? Inmediatamente después de esa declaración, Willy empezó de nuevo a dar vueltas a las palabras, lo que ocurría siempre que su cerebro funcionaba a toda velocidad. «Cura el porno con el torno», murmuró para sí, paseando de un lado para otro por el sucio suelo, «puro torno cura el porno. » Una vez que Míster Bones desenredó los nudos del juego de palabras, comprendió que, según Willy, el sentimentalismo era preferible a la sexualidad, al menos en lo que se refería a las sinfonías, y que para permanecer fiel al empeño de facilitar placer estético a los perros, había que poner de relieve las ansias espirituales por encima de las físicas. Así que, después de dos semanas enteras de restregones en la nariz con toallas y esponjas impregnadas de olores de perras en celo, se le ofreció a Míster Bones toda una nueva serie de instrumentos: el propio Willy, en todos sus vaporíficos aspectos. Calcetines sucios, camisetas, zapatos, pañuelos, pantalones, bufandas, sombreros, todo lo que llevaba el olor de su amo. A Míster Bones le gustaron esas cosas, lo mismo que le habían gustado las otras. Porque era un perro, y a los perros les gustaba olfatear cualquier cosa que les dieran a oler. Era algo natural; para eso habían nacido; era, como Willy observó acertadamente, su vocación en la vida. Por una vez, Míster Bones se alegraba de no tener el don del habla humana. De lo contrario, no habría tenido más remedido que decirle a Willy la verdad, cosa que le habría causado mucha pena. Para un perro, tendría que haberle dicho, para un perro, querido amo, el mundo es una sinfonía de olores. Cada hora, cada minuto, cada segundo de su vida es a la vez una experiencia física y espiritual. No hay diferencia entre lo interno y lo externo, nada que separe lo superior de lo inferior. Es como si, como si...

Justo cuando Míster Bones empezaba a desplegar en su mente ese discurso, fue interrumpido por la voz de Willy. *Maldita sea,* le oyó decir. *Maldita, maldita sea, una y cien veces.* Míster Bones alzó la cabeza para ver lo que pasaba. Había empezado a llover un poco, era una llovizna tan tenue que Míster Bones ni siquiera la había sentido caer sobre su esponjoso pelaje. Pero había gotitas brillando en la barba de Willy, y la camiseta negra de su amo ya había absorbido la humedad suficiente para formar un fino dibujo de lunares. Eso no era nada bueno. Lo último que Willy necesitaba era empaparse de agua, pero si el cielo cumplía lo que parecía prometer, eso era exactamente lo que iba a pasar. Míster Bones examinó las nubes. Si no cambiaba de pronto el viento, en menos de una hora las ahora débiles gotas de lluvia se convertirían en un auténtico y verdadero chaparrón. Maldita sea, pensó. ¿Cuánto tardarían aún en encontrar la calle Calvert? Llevaban veinte o treinta minutos dando vueltas y la casa de Bea Swan—son seguía sin aparecer. Si no la

encontraban pronto, no llegarían nunca. No podrían llegar porque Willy no tendría fuerzas para seguir adelante.

En vista de lo apurado de la situación, lo último que Míster Bones esperaba en aquel momento era que su amo soltara una carcajada. Pero ahí estaba, retumbando desde las profundidades del estómago y estallando en el silencio dominical: aquel *ja* tan familiar. Por un momento pensó que Willy quizá tratara de aclararse la garganta, pero cuando al primer *ja* siguió *otro ja y* luego otro, y otro más después de ése, ya no le cupo duda alguna de lo que percibían sus oídos.

—Mira eso, colega —dijo Willy, con su mejor acento nasal de vaquero. Era una voz reservada para ocasiones especiales, un tono que Willy empleaba sólo cuando se encontraba en presencia de las ironías más espléndidas y vertiginosas de la vida. Por desconcertado que se sintiera al oírlo ahora, Míster Bones trató de animarse con aquel súbito cambio del clima emocional.

Willy se había detenido en la acera. El barrio donde se encontraban apestaba a miseria y basura sin recoger, y sin embargo estaban ante a la casita más encantadora que Míster Bones había visto en la vida, un edificio como de juguete, de ladrillo rojo, adornado con persianas de lamas verdes, tres escalones verdes y una puerta pintada de un blanco resplandeciente. En la pared había una placa que Willy leía con los ojos entornados y en voz alta, con un acento que cada vez se parecía más al de un peón de un rancho de Tejas.

—Dos cero tres calle Amity Norte —declamaba—. Residencia de Edgar Allan Poe, mil ochocientos treinta y dos a mil ochocientos treinta y cinco. Abierto al público de abril a diciembre, miércoles a sábado, de doce a tres cuarenta y cinco de la tarde.

A Míster Bones le pareció una leyenda sosísima, pero ¿quién era él para quejarse del entusiasmo de su amo? Willy parecía más inspirado que en ningún momento de las últimas dos semanas, y aun cuando su declamación fue seguida de otro severo acceso de tos (más esputos, más jadeos, más patadas en el suelo mientras se agarraba desesperadamente al canalón), se recobró enseguida una vez que cedió el espasmo.

—Hemos dado con un filón, compañero —aseguró Willy, escupiendo los últimos restos de mucosidad y tejido pulmonar—. No es la casa de Bea, desde luego, pero si me apuras no hay otro lugar en el mundo donde

preferiría estar. Ese tal Poe era mi abuelo, el gran antepasado, el padre de todos nosotros, los escribidores yanquis. Sin él, yo no habría existido, ni ellos ni nadie. Hemos acabado en Poelonia, país que si se pronuncia deprisa es el mismo donde nació mi madre, que en gloria esté. Un ángel nos ha traído aquí, y voy a sentarme un poco a presentar mis respetos. Teniendo en cuenta que no puedo dar un paso más, te estaría muy agradecido si hicieras lo mismo, Míster Bones. Eso es, siéntate a mi lado mientras descanso las patas. No hagas caso de la lluvia. No son más que unas gotas, *y* no trae malas intenciones.

Willy dejó escapar un largo y laborioso gemido y luego se sentó con cuidado. A Míster Bones le resultó penoso observar la operación —todo aquel esfuerzo para moverse unos cuantos centímetros—, y el corazón del perro se llenó de lástima al ver a su amo en un estado tan lamentable. Nunca sabría exactamente cómo lo había adivinado, pero mientras veía la forma en que Willy se agachaba sobre la acera apoyando la espalda en la pared, tuvo el convencimiento de que no volvería a levantarse más. Era el fin de su vida en común. Se acercaban los últimos momentos, y ya no había nada que hacer sino esperar a que la luz se apagara en los ojos de Willy.

Sin embargo, el viaje no había salido tan mal. Habían ido allí en busca de algo que no habían encontrado, y en cambio habían hallado otra cosa que, en el fondo, complacía más a Míster Bones. No estaban en Baltimore, sino en Polonia. Por algún milagro de la suerte, del destino o de la justicia divina, Willy había logrado volver a casa. Había regresado al lugar de sus antepasados, y ahora podía morir en paz.

Míster Bones levantó la pata trasera izquierda y empezó a rascarse detrás de la oreja. A lo lejos vio a un hombre y una niña pequeña que caminaban despacio por la otra dirección, pero no se preocupó por ellos. Se acercarían, pasarían y daría lo mismo quiénes fueran. La lluvia caía ahora con más fuerza, y una ligera brisa empezaba a agitar por la calle envoltorios de golosinas y bolsas de papel. Olfateó el aire una vez, dos veces, y luego bostezó sin motivo aparente. Al cabo de un momento, se hizo un ovillo en el suelo al lado de Willy, exhaló un hondo suspiro y se puso a esperar los acontecimientos.

Capítulo 2

No ocurrió nada. Durante mucho tiempo fue como si el barrio entero hubiese dejado de respirar. No pasó un transeúnte, no circularon coches, ni una sola persona entró ni salió de ninguna casa. La lluvia cayó con fuerza, tal como Míster Bones había anticipado, pero luego cedió, poco a poco se convirtió en llovizna otra vez y acabó desapareciendo tranquilamente de escena. Willy no movió un solo músculo durante aquellas agitaciones celestes. Seguía con las piernas abiertas y la espalda apoyada en la fachada de ladrillo, los ojos cerrados y la boca entreabierta, y de no haber sido por el herrumbroso y chirriante sonido que salía intermitentemente de sus pulmones, Míster Bones bien podría haber supuesto que su amo ya estaba en el otro mundo.

Allí era a donde iba la gente al morir. Una vez que el alma se separaba del cuerpo, lo enterraban a uno y su alma se largaba al otro mundo. Willy había insistido sobre eso durante las últimas semanas, y en la mente del perro ya no cabía duda de que el otro mundo era un sitio que existía de verdad. Se llamaba Tombuctú, y por lo que Míster Bones podía colegir, se encontraba en medio de algún desierto, lejos de Nueva York y de Baltimore, lejos de Polonia y de cualquier otra ciudad que hubiesen visitado a lo largo de sus viajes. En un momento dado, Willy lo describió como un «oasis de espíritus». En otro momento dijo:

—Donde termina el mapa del mundo, es donde empieza Tombuctú.

Por lo visto, para llegar allí había que atravesar a pie un inmenso reino de arena y calor, un territorio de eterna nada. Míster Bones tenía la impresión de que sería un viaje muy penoso y difícil, pero Willy le aseguró que no era así, que no se tardaba más que un abrir y cerrar de ojos en hacer todo el trayecto. Y cuando se llegaba, decía, una vez que se cruzaban las fronteras de aquel refugio, ya no había que preocuparse de comer, ni de dormir por la noche ni de vaciar la vejiga. Se estaba en armonía con el universo, se era una partícula de antimateria alojada en el cerebro de Dios. Míster Bones no llegaba a imaginarse lo que sería la vida en un sitio así, pero Willy hablaba de ello con tan vivo deseo, con tan dulce emoción resonando en su voz, que el perro acabó por abandonar sus

dudas. *Tom-buc-tú.* Y ahora hasta el sonido de aquella palabra era suficiente para hacerle feliz. La directa combinación de vocales y consonantes rara vez dejaba de conmoverle en lo más profundo del alma, y siempre que aquellas tres sílabas fluían musicalmente de labios de su amo, sentía en todo su ser una oleada de gozoso bienestar, como si la palabra sola fuese una promesa, la garantía de un futuro mejor.

Daba igual que hiciese mucho calor. No importaba que no hubiese nada que comer,

ni que beber ni que oler. Si allí era adonde iba Willy, allí era adonde él quería ir. Cuando le llegara el momento de despedirse de este mundo, lo justo sería que en el más allá le permitiesen vivir con la misma persona que en el más acá. Las fieras salvajes sin duda tendrían su propio Tombuctú, selvas gigantescas en las que podrían vagabundear libremente sin la amenaza de cazadores y tramperos bípedos, pero los leones y los tigres eran diferentes de los perros, y no tenía sentido juntar en la otra vida a los mansos y las fieras. El fuerte devoraría al débil, y en un momento no quedaría vivo ni un solo perro por allí, todos habrían pasado otra vez a mejor vida, a un más allá más allá del más allá, ¿y qué sentido tendría organizar así las cosas? Si había alguna justicia en el mundo, si el dios perro tenía alguna influencia sobre lo que ocurría a sus criaturas, entonces el mejor amigo del hombre se quedaría junto al hombre después de que ese hombre y ese mejor amigo hubieran estirado los dos la pata. Y más aún, en Tombuctú los perros serían capaces de hablar el lenguaje del hombre y conversar con él en pie de igualdad. Eso era lo que dictaba la lógica, pero ¿quién sabía si la justicia o la lógica harían más mella en el otro mundo que la que hacían en éste? En cierto modo, a Willy se le había olvidado mencionar la cuestión, y como el nombre de Míster Bones no había salido a relucir una sola vez, *ni una sola,* en todas sus conversaciones sobre Tombuctú, el perro seguía a oscuras sobre el destino que le esperaba después de su propio fallecimiento. ¿Y si Tombuctú resultaba ser uno de esos sitios con lujosas alfombras y elegantes antigüedades? ¿Y si no admitían animales? Parecía imposible, pero Míster Bones había vivido lo suficiente para saber que todo era posible, que continuamente ocurrían cosas imposibles. Quizá ésa fuese una, y en ese *quizá* planeaba una multitud de terrores y sufrimientos, un increíble horror que le atenazaba cada vez que pensaba en ello.

Entonces, contra toda previsión, justo cuando empezaba a cagarse de miedo otra vez, el cielo empezó a aclararse. No sólo había dejado de llover, sino que las masas de nubes se estaban disgregando poco a poco, y mientras una hora antes el cielo era sombrío y gris, ahora se teñía de

colores, con una mezcla variopinta de franjas rosadas y amarillas que venían del oeste y avanzaban sin parar a todo lo ancho de la ciudad.

Míster Bones alzó la cabeza. Un momento después, como si las dos acciones estuviesen íntimamente relacionadas, un rayo de sol rasgó las nubes. Dio en la acera, a unos centímetros de la pata izquierda del perro, y luego, casi inmediatamente, otro se posó un poco a su derecha. Un entramado de luces y sombras empezó a formarse delante de él en el pavimento, y era algo hermoso de contemplar, pensó, un pequeño e inesperado regalo después de tanta tristeza y dolor. Se volvió entonces a mirar a Willy, y justo en el momento en que torcía la cabeza, un gran chorro de luz cayó sobre el rostro del poeta, bañando los párpados del hombre dormido con tal intensidad que le hizo abrir involuntariamente los ojos; y allí estaba Willy, casi difunto hacía un momento, de vuelta en el mundo de los vivos, sacudiéndose las telarañas y tratando de despertarse.

Tosió una vez, luego otra y después una tercera antes de tener un ataque prolongado. Míster Bones se quedó mirando sin poder hacer nada mientras las flemas salían despedidas de la boca de su amo. Algunas aterrizaban en la camiseta de Willy, otras en la acera. Y otras, las más flojas y resbaladizas, le chorreaban despacio por la barbilla. Allí se quedaban, atrapadas como fideos en la barba, y mientras proseguía el acceso, marcado por violentas sacudidas, espasmos y contracciones, se balanceaban de un lado a otro en una danza frenética y sincopada. Míster Bones se quedó pasmado ante la ferocidad del ataque.

Seguro que era el último, se dijo para sus adentros, sin duda era más de lo que nadie podía soportar. Pero a Willy aún le quedaban fuerzas, y cuando se limpió la cara con la manga de la chaqueta y logró recobrar el aliento, sorprendió a Míster Bones con una amplia sonrisa, casi beatífica. Con mucha dificultad, cambió de postura para estar más cómodo, recostándose contra la fachada de la casa y estirando las piernas. Cuando su amo quedó inmóvil de nuevo, Míster Bones apoyó el morro en su muslo derecho. Willy alargó el brazo y le empezó a acariciar la cabeza, y entonces el corazón destrozado del perro recobró un poco la calma. Sólo era un alivio pasajero, desde luego, nada más que una ilusión, pero eso no significaba que no fuese buen remedio.

—Presta atención, Ciudadano Chucho —dijo Willy—. Esto ya ha empezado. Todo se desmorona. Las cosas se desvanecen una a una y sólo quedan extraños detalles, elementos sin importancia de hechos ocurridos hace bastante tiempo, ni mucho menos lo que yo esperaba. Pero no puedo decir que esté asustado. Un poco triste, quizá, algo molesto de tener que

hacer mutis tan pronto, pero sin cagarme en los pantalones como me imaginaba. Haz las maletas, *amigo.* Vamos camino de la Ciudad del Adiós, y no podemos volver atrás. ¿Me sigues, Míster Bones? ¿Estás conmigo?

Míster Bones le seguía, y Míster Bones estaba con él.

—Ojalá pudiera resumírtelo en unas pocas palabras escogidas —prosiguió el moribundo—, pero no puedo. Epigramas con garra, sucintas perlas de sabiduría, Polonio pronunciando sus palabras de despedida. No soy capaz de eso. Ni prestes ni pidas prestado; una puntada a tiempo ahorra ciento. Hay mucho barullo en el caletre, amigo Bones, y debes ser paciente con mis divagaciones y digresiones. Parece que la confusión es mi estado natural. Incluso ahora, cuando entro en el valle de las sombras de la muerte, mis pensamientos se empantanan en la porquería de antaño. Ésa es la cuestión, *signore.* Todo ese revoltijo en mi cabeza, el polvo y los cachivaches, los inútiles trastos que caen de los estantes abarrotados. En efecto, señor, la triste verdad es que soy un patoso con muy poco cerebro.

»Como prueba te ofrezco el retorno del acondicionador capilar O'Dell. Esa historia terminó hace cuarenta años, y ahora, en el último día de mi vida, me vuelve a la cabeza. Ansío ideas profundas y lo único que consigo es esa información de tres al cuarto, ese microparpadeo en la pantalla de la memoria. Mi madre me lo daba en el pelo cuando yo era pequeño, una simple criaturita. Lo vendían en las peluquerías del barrio en un frasco de cristal transparente así de grande. Tenía el pitorro negro, me parece, y en la etiqueta había una foto de un niño que sonreía como un idiota. La imagen idealizada de un verdadero cretino con el pelo perfectamente acicalado. Ni un remolino en aquel cabezón, ningún titubeo en la raya de aquel tío tan guapo. Yo tenía cinco o seis años, y mi madre me lo aplicaba todas las mañanas con la esperanza de que llegara a parecerme a su hermano gemelo. Aún puedo oír el gluglú del pringue al salir del frasco. Era un líquido blancuzco, translúcido, pegajoso al tacto. Una especie de esperma aguado, supongo, pero ¿quién sabía esas cosas entonces? Probablemente lo fabricaban con adolescentes contratados para que se hicieran pajas en unas cubas. Así se hacen las fortunas en nuestro gran país. A un centavo la producción, a un dólar la venta, calcula lo demás. Así que mi madre polaca me frotaba el cuero cabelludo con el acondicionador O'Dell, me peinaba los bucles rebeldes y luego me mandaba al colegio con la cara de memo del niño del frasco. Tenía que ser norteamericano, caramba, y aquel pelo quería decir que estaba en mi ambiente, que mis padres sabían de qué coño iba el rollo.

»Antes de que pierdas el control y te eches a llorar, amigo mío, déjame añadir que el acondicionador O'Dell era un potingue artificioso, un engaño. No acondicionaba el pelo, sino que lo sometía a base de fijador. Durante la primera hora parecía surtir efecto, pero luego, a medida que avanzaba la mañana, el fijador se endurecía y poco a poco mi pelo se iba convirtiendo en un rígido amasijo de alambres resinosos, como si me hubieran encasquetado un gorro de muelles en la cabeza. Resultaba tan extraño al tacto, que no podía dejarlo en paz. Incluso cuando cogía el lápiz con la mano derecha para hacer las sumas y las restas, levantaba una y otra vez la izquierda para hurgarme en la cabeza y tirarme de aquellas extrañas superficies. A media tarde el O'Dell estaba tan seco, tan absolutamente falto de humedad, que cada hebra de pelo se convertía en un filamento quebradizo. Ése era el momento que esperaba, la señal de que el último acto de la farsa estaba a punto de comenzar. Deslizaba los dedos hasta la raíz de los cabellos y, uno por uno, los cogía entre el dedo pulgar y el corazón y tiraba hacia arriba. Con suavidad. Muy despacio, pasando las uñas por toda la longitud del pelo. Ah. Qué satisfacción tan enorme, tan inmensa. ¡Todo aquel polvo cayendo a mi alrededor! ¡Tormentas, tempestades, remolinos de blancura! No era tarea fácil, te lo aseguro, pero poco a poco se esfumaba hasta la última huella de O'Dell. Desaparecía la incomodidad, y cuando sonaba el último timbrazo y el profesor nos mandaba a casa, el cuero cabelludo me hormigueaba de felicidad. Era tan bueno como follar, *mon vieux,* tan bueno como todas las drogas y el alcohol que me he metido en el cuerpo. Con cinco años, y a diario una orgía de reacondicionamiento. No me extraña que no prestara atención en clase. No hacía más que hurgarme, sólo me dedicaba a quitarme el O'Dell.

»Pero ya es suficiente. Ya está bien de este tedio. Basta de este Te Deum. El acondicionador capilar es sólo la punta del iceberg, y si continúo con esas chorradas de la infancia nos podemos pasar dieciséis horas aquí. Y no tenemos tiempo para eso, ¿eh? Ni para el aceite de ricino, ni para el requesón, ni para las gachas apelmazadas, ni para el chicle Blackjack. Todos hemos crecido con esas tonterías, pero es agua pasada, ¿no?, y de todas formas qué más da. Papel pintado, eso era. Música de fondo. Polvo del espíritu de la época sobre el mobiliario mental. Recuerdo cincuenta y un mil detalles, pero ¿y qué? Ni a ti ni a mí nos servirá de nada. Entender. Eso es lo que busco, colega. La clave del rompecabezas, la fórmula secreta al cabo de cuatro décadas largas de andar a tientas en la oscuridad. Y esas cosas todavía siguen atravesándose en mi camino. Se me atragantan hasta en el momento de exhalar mi último aliento. Retazos inútiles de información, recuerdos superfluos, pelusa de molinillos. Todo es viento y humo, muchacho, un vientre lleno de gases. La vida y época de R. Mutt. Eleanor Rigby. Rumpelstiltskin. ¿Quién coño quiere saber quiénes son

ésos? Los Pep Boys, los Ritz Brothers, Rory Calhoun. El Capitán Vídeo y los Four Tops. Las Andrews Sisters, *Life* y *Look,* los Bobbsey Twins. Una lista interminable, ¿no? Henry James y Jesse James, Frank James y William James. James Joyce. Joyce Gary. Gary Grant. Pon cucharillas de cóctel y seda dental, chicle Dentyne y donuts de miel. Quita Dana Andrews y Dixie Dugan, añade luego Damon Runyon y el demonio del ron por si fuera poco. Deja los Pall Mall y los centros comerciales, Milton Berle y Burl Ives, el jabón Ivory y el preparado de Tía Jemima para hacer tortitas. No me hacen falta, ¿verdad? A donde voy, no, y sin embargo ahí están, desfilando por mi cerebro como hermanos no vistos en mucho tiempo. Ahí tienes la técnica norteamericana. No para de salir a tu encuentro, y a cada momento aparecen nuevas cosas inútiles que ocupan el lugar de las viejas. Crees que ya no nos la dan, que nos hemos enterado de los trucos que emplean con nosotros, pero la gente no se cansa. Lanzan vítores, agitan banderas, contratan bandas de música. Sí, sí, cosas maravillosas, verdaderos milagros, máquinas que dejan pasmada la imaginación, pero no debemos olvidar, no, no olvidemos que no somos los únicos en el mundo. La técnica no conoce fronteras, y cuando piensas en cómo entra a raudales de allende los mares, se te bajan los humos y te vuelves más respetuoso. Y no me refiero sólo a cosas evidentes como el café turco de Turquía o los chiles de Chile. También me refiero a lencería de Francia. Y a pana de España y a piedad de Italia y a cheques de Checoslovaquia y a especias de Grecia. El patriotismo tiene su función, pero a la larga es un sentimiento que conviene disimular. Sí, nosotros, los yanquis, hemos dado al mundo el cierre de cremallera y el Zippo, por no mencionar el wamba buluba balam bambú y a Zeppo Marx, pero también somos responsables de la bomba H y del hula hoop. Al final una cosa compensa la otra, ¿no? Justo cuando crees que te va de miedo, te das el batacazo y acabas como un perro. Y no me refiero a ti, Míster Bones. Lo de perro es una metáfora, ya me entiendes, perro como emblema de los oprimidos, y tú no eres una figura retórica, muchacho, eres tan real como la vida misma. »Pero no me entiendas mal. Hay demasiadas cosas como para no sentirse tentado. La atracción de lo particular, quiero decir, la seducción de la cosa en sí. Tienes que estar ciego para no caer alguna que otra vez. Da igual lo que sea. Piensa en una cosa, cualquiera, y seguro que encuentras argumentos en su favor. El esplendor de las ruedas de bicicleta, por ejemplo. Su ligereza, su fina elegancia, las relucientes llantas y los delicados radios. O el ruido que hace la tapa de una alcantarilla cuando un camión le pasa por encima a las tres de la mañana. Por no hablar de esa fibra de poliuretano, que probablemente ha hecho más por engalanar el paisaje que ningún invento desde el cable subterráneo del teléfono. Me refiero a esos pantaloncitos de ciclista pegados al trasero de una titi cuando te adelanta por la acera. ¿Hace falta decir más? Tienes que estar muerto para no entusiasmarte al verlo. Se abalanza sobre ti, te asalta, te da vueltas en la cabeza hasta que se funde en una pasta densa *y* mantecosa. Vasco de

Gama con sus pantalones abombados. La boquilla de Franklin Delano Roosevelt. La empolvada peluca de Voltaire. ¡Cunegunda! ¡Cunegunda! Fíjate en lo que pasa al pronunciarlo. Fíjate en lo que dices cuando lo piensas. Cartografía. Pornografía. Taquigrafía. Estentóreos balbuceos, fulanas episcopales, chupachups y copos de avena escarchados. Reconozco que he sucumbido a los encantos de esas cosas tan fácilmente como cualquiera, no soy en modo alguno superior a la chusma con la que me he codeado durante tantos años. Soy humano, ¿no? Y si eso me convierte en un hipócrita, tanto mejor.

»A veces, te quedas tan pasmado que no tienes más remedio que agachar la cabeza. Aparece una persona con una idea que a nadie se le había ocurrido antes, una idea tan simple y perfecta que te sorprende que el mundo haya logrado sobrevivir sin ella. La maleta con ruedas, por ejemplo. ¿Cómo hemos tardado tanto? Durante treinta mil años hemos llevado a cuestas nuestra carga, esforzándonos y sudando mientras nos trasladábamos de un sitio a otro, y lo único que sacábamos era dolor de espalda, trastornos musculares y agotamiento. Y es que teniendo la rueda no era tan difícil, ¿verdad? Eso es lo que me asombra. ¿Por qué hemos tenido que esperar a fines del siglo veinte para que ese chisme apareciera? Aunque sólo fuera por eso, fijándose en los patines y sumando dos y dos alguien debería haber establecido la relación. Pero no. Pasan cincuenta, setenta y cinco años, y la gente sigue cargando con las maletas por aeropuertos y estaciones de tren cada vez que sale de casa para ir a Poughkeepsie a visitar a tía Rita. Te lo aseguro, amigo mío, las cosas no son tan simples como parecen. La inteligencia humana es un instrumento apático, y muchas veces no sabemos cuidar de nuestros asuntos mejor de lo que lo hace el más insignificante gusano bajo la tierra.

»Haya hecho lo que haya hecho, yo nunca me he conformado con ser un gusano. Me he lanzado, me he desmandado, me he remontado a las alturas, y por muchas veces que me haya estrellado contra el suelo, siempre me he puesto en pie para volverlo a intentar. Incluso ahora, cuando empieza a envolverme la oscuridad, mi mente aguanta y no tira la toalla. El tostador transparente, camarada. Se me apareció hace dos o tres noches en una visión, y desde entonces no se me quita la idea de la cabeza. ¿Por qué no poner el mecanismo al descubierto, me dije, para ver cómo el pan blanco se vuelve dorado, para observar la metamorfosis sin impedimentos? ¿De qué sirve meter ahí el pan y ocultarlo a la vista con ese feo acero inoxidable? Lo imagino de cristal transparente, con las resistencias anaranjadas brillando en su interior. Sería un objeto bonito, una obra de arte en la cocina, una escultura luminosa para contemplar incluso cuando nos dedicamos a la humilde tarea de preparar el desayuno y coger fuerzas para el día que nos espera. Cristal diáfano, resistente al

calor. Podemos teñirlo de azul, de verde, del color que queramos, y entonces, con el naranja irradiando desde el interior, imagínate la combinación, fíjate en las maravillas visuales que serían posibles. Hacer tostadas se convertiría en un acto religioso, en una emanación de lo inmaterial, una forma de oración. Santo Dios. Ojalá tuviera fuerzas para trabajar en ello, para sentarme a dibujar unos planos, para perfeccionar el invento y ver hasta dónde llegábamos con él. Eso es lo que siempre he soñado, Míster Bones. Mejorar el mundo. Llevar un poco de belleza a los grises y monótonos rincones del alma. Se puede hacer con un tostador, con un poema, y se puede hacer tendiendo la mano a un desconocido. Da igual cómo se haga. Dejar el mundo un poco mejor de como lo has encontrado. Eso es lo máximo a que puede aspirar un hombre.

»Vale, ríete si quieres. Si digo chorradas, pues las digo *y* ya está. No viene mal ponerse grandilocuente de vez en cuando. ¿Que parezco un idiota? Puede que sí. Pero mejor eso que la amargura, digo yo, mejor seguir el ejemplo de Santa Claus que pasarte la vida presa del engaño. Ya, sé lo que estás pensando. No tienes que decirlo. Oigo las palabras en tu cabeza, *mein herr, y* no te lo voy a discutir. ¿A qué viene todo ese desconcierto?, te preguntas. ¿Por qué esos bandazos de un lado a otro, esos revolcones en el polvo, ese arrastrarse durante toda la vida hacia la aniquilación? Haces bien en preguntarte todo eso. Yo también me he hecho muchas veces esas preguntas, y la única respuesta que he encontrado es justo la que no resuelve nada. Porque lo he querido así. Porque no he tenido elección. Porque no existen respuestas para preguntas como ésas.

»Nada de disculpas, entonces. Siempre he sido una criatura imperfecta, Míster

Bones, un hombre lleno de contradicciones e incoherencias, arrastrado por demasiados impulsos. Por un lado, pureza de corazón, bondad, leal ayudante de Santa. Por otro lado, un bocazas con manías, un nihilista, un payaso borracho. ¿Y el poeta? Pues aparecía en medio de todo eso, supongo, en el hueco entre lo mejor y lo peor de mí. Ni el santo ni el borracho gracioso. El hombre que oía voces en la cabeza, el que alguna vez lograba escuchar las conversaciones de piedras y árboles, el que de cuando en cuando era capaz de convertir en palabras la música de las nubes. Que se apiaden de mí por no haber sido él más tiempo. Pero nunca he estado en Italia, desgraciadamente, el país donde se produce la piedad, y si uno no puede pagar los billetes no tiene más remedio que quedarse en casa.

»Aunque tú nunca me has visto en mi mejor momento, Sir Osso, y lo siento. Lamento que sólo me hayas conocido en mi decadencia. Era muy distinto en los viejos tiempos, antes de que mi entusiasmo se fuese apagando y me ocurriera esta..., esta avería en el motor. Nunca quise ser un vagabundo. No era eso lo que tenía pensado hacer, no era eso lo que soñaba para el futuro. Afanar botellas vacías en contenedores de reciclado no entraba en mis planes. Echar un chorro de agua en los parabrisas no entraba en mis planes. Plantarme de rodillas delante de las iglesias y cerrar los ojos como si fuera un mártir de los primitivos cristianos para que algún transeúnte sintiera lástima de mí y me soltara unas monedas en la mano, no, signor Puccini, no, no, no, no me pusieron en este mundo para eso. Pero no sólo de palabras vive el hombre. Necesita pan, y no sólo una hogaza, sino dos. Una para el bolsillo y otra para la boca. Pasta para pan, ya me entiendes, y si te falta lo primero, ten por seguro que te quedarás sin lo otro.

»Fue un duro golpe cuando *Mamá—san* nos dejó. No voy a negarlo, perrito, y tampoco voy a negar que empeoré las cosas regalando todo aquel dinero. He dicho que nada de disculpas, pero ahora quiero disculparme contigo. En un arrebato cometí una estupidez y los dos pagamos las consecuencias. Al fin y al cabo, diez mil dólares no son cereales para el desayuno. Dejé que me resbalaran entre los dedos y contemplé cómo el fajo se desperdigaba en el viento, y lo curioso es que no me importó. Me gustó portarme como un pez gordo, alardeando de mi fortuna como un bobo derrochador. Don Altruismo. Soy el señor Al Truism, el único y verdadero Alberto Verissimo, el hombre que cogió el seguro de vida de su madre y se deshizo hasta del último céntimo. Cien dólares a Benny Shapiro. Ochocientos a Daisy Bracket. Cuatro mil a la Fundación Aire Puro. Dos mil al Patronato de Beneficencia de Henry Street. Mil quinientos dólares al Programa Poetas en las Aulas. Se fue rápido, ¿verdad? Una semana, diez días, y cuando volví a echar un vistazo, me había despojado de toda la herencia. Bueno, vaya. Como vino se fue, según suele decirse, ¿y quién soy yo para pensar que podría haber obrado de otra manera? Llevo la temeridad en la sangre, el impulso de hacer lo que nadie haría. Resistirme a la pasta irresistible, eso es lo que hice. Era mi única oportunidad de presentar batalla o cerrar el pico, de demostrarme a mí mismo que me creía lo que había estado diciendo durante todos aquellos años, así que cuando llegó la pasta no lo dudé. Me resistí al dinero. Quizá saliera jodido del asunto, pero eso no significa que fuese en vano. El orgullo cuenta para algo, al fin y al cabo, y si me apuras me alegro de no haberme echado atrás. Crucé la plancha. La recorrí hasta el final. Salté. No me importaron los monstruos marinos que esperaban abajo. Sé quién soy, como Popeye el marino nunca dijo, y por una vez en la vida supe exactamente lo que estaba haciendo.

»Lástima que tuvieras que sufrir tú, desde luego. Una pena que acabáramos tocando fondo. Lástima que perdiéramos nuestro refugio de invierno y tuviéramos que arreglárnoslas solos en situaciones a las que no estábamos acostumbrados. Sufrimos las consecuencias, ¿verdad? La mala comida, la ausencia de techo, la vida dura. Yo caí enfermo y tú estás a punto de quedarte huérfano. Lo siento, Míster Bones. He hecho lo que he podido, pero eso a veces no es suficiente. Si pudiera volver a ponerme en pie unos minutos más, a lo mejor se me ocurría algo. Colocarte en algún sitio, hacer algo práctico. Pero estoy en las últimas. Siento que me abandonan las fuerzas, y las cosas se desvanecen una por una. Aguanta conmigo, perro. Todavía puedo recuperarme. Cuando se me pase el acoquinamiento, intentaré otra vez lo de la profesora. Si es que se me pasa. Y si no, seré yo quien pase, *n' est-ce pas?* Sólo necesito un poco más de tiempo. Unos minutos para recobrar el aliento. Luego ya veremos. O no veremos. Y si no vemos, es que sólo habrá oscuridad. Oscuridad por todas partes, hasta donde alcanza la vista. Hasta el fondo del mar, hasta las salobres profundidades de la nada, donde no hay cosas ni nunca las habrá. Menos yo. Menos no yo. Menos la eternidad.

Willy dejó de hablar en aquel momento, y la mano que estuvo acariciando la cabeza de Míster Bones durante los últimos veinticinco minutos fue deteniéndose poco a poco hasta inmovilizarse del todo. Míster Bones dio por sentado que había llegado el fin. ¿Cómo no suponerlo después de las tajantes palabras que acababan de pronunciarse? ¿Cómo no pensar que su amo había muerto si la mano que le acariciaba el cráneo resbaló súbitamente y cayó sin vida al suelo? Míster Bones no se atrevió a levantar los ojos. Permaneció con la cabeza plantada sobre el muslo derecho de Willy y aguardó, aferrándose a la esperanza de que estuviese equivocado. Porque lo cierto era que el aire no estaba tan inerte como cabía suponer. Había ruidos que venían de alguna parte, y cuando logró superar el miasma de su creciente dolor y escuchar con más atención, comprendió que los hacía su amo. ¿Sería posible? Sin querer dar crédito a sus oídos, el perro volvió a comprobarlo, preparándose para la decepción aunque difícilmente cabía duda. Sí, Willy respiraba. Seguía entrando y saliendo aire de sus pulmones, abriéndose paso por su boca, llevando el viejo compás de inspiraciones y espiraciones, y aunque su respiración era menos profunda que unos días atrás, ya nada más que un leve jadeo, un hálito sibilante localizado en la garganta y la parte superior de los pulmones, no dejaba de ser respiración, y donde había respiración había vida. Su amo no estaba muerto. Se había dormido.

Unos segundos después, como confirmando la exactitud de la observación de Míster Bones, Willy empezó a roncar.

El perro estaba hecho un manojo de nervios. Entre el miedo y la desesperación las había pasado moradas, y al comprender que se había concedido un aplazamiento, que la hora de la verdad se había retrasado un poco, casi cayó fulminado de agotamiento. Todo aquello había sido demasiado para él. Cuando vio que su amo se sentaba en la acera con la espalda apoyada en los muros de Polonia, juró que permanecería despierto, que le vigilaría hasta el final. Era su deber, su responsabilidad fundamental como perro. Ahora, al escuchar la fúnebre melodía de los ronquidos de Willy, no pudo resistir la tentación de cerrar los ojos, tan poderosos efectos sedantes tuvo aquel sonido. Durante siete años, todas las noches Míster Bones se había dormido meciéndose en aquella música, convertida ya en señal de que todo iba bien en el mundo, de que por hambriento o desgraciado que uno se sintiera en aquel momento, había llegado la hora de dejar a un lado las preocupaciones y volar al reino de los sueños. Y, tras algunos pequeños reajustes de posición, eso es precisamente lo que hizo Míster Bones. Apoyó la cabeza en el vientre de su amo, Willy levantó involuntariamente el brazo para dejarlo caer sobre el lomo del perro y el animal se quedó dormido.

Fue entonces cuando tuvo el sueño en que veía morir a Willy. Empezó con que ambos se despertaban, abriendo los ojos y emergiendo del sueño en que acababan de sumirse, es decir, el sueño en el que estaban ahora, el mismo en el que Míster Bones estaba teniendo aquel sueño. Willy no se encontraba peor que antes de dormirse. Más bien al contrario, estaba algo mejor precisamente por haber dormido. Por primera vez en varias lunas, no tosió al desperezarse, no tuvo otro ataque, no se quedó agarrotado en un horripilante frenesí de jadeos, ahogos y expectoraciones teñidas de sangre. Se limitó a aclararse la garganta y empezó a hablar, tomando el hilo casi en el punto exacto donde lo había dejado antes.

Prosiguió durante otros treinta o cuarenta minutos, soltando un delirante discurso de frases a medio terminar y pensamientos inconexos. Salió del fondo del mar, respiró hondo y empezó a hablar de su madre. Hizo una lista de las virtudes de *Mama—san,* contrarrestada con una lista de sus defectos, y luego pidió perdón por todos los sufrimientos que pudiera haberle infligido. Antes de pasar a otro tema, recordó el talento de su madre para estropear los chistes, divirtiendo a Míster Bones con simpáticos ejemplos de su infalible don para olvidarse en el último momento de cómo acababan. Luego enumeró otra lista de un tirón — ésta de todas las mujeres con las que se había acostado (descripción física incluida)—, siguiendo con una larga diatriba contra los peligros del consumismo. Y entonces, de pronto, se lanzó a una disquisición sobre las virtudes morales de la vida sin hogar, que acabó con una sentida apología por haber arrastrado a Míster Bones hasta Baltimore en lo que había

resultado un viaje inútil. «Se me olvidó añadir la letra *g»,* dijo. «No he venido a buscar a Bea Swanson; he venido a dar mi canto del cisne», e inmediatamente después se puso a recitar un poema, una oración al invisible demiurgo que estaba a punto de reclamar su alma. Compuesto al parecer en aquel mismo momento, su primera estrofa decía más o menos así:

Oh, Señor de diez mil mazmorras y altos hornos, de martillo pulverizador y mirada de armadura, sombrío Señor de pirámides y minas de sal, maestro de dunas y peces voladores, escucha el balbuceo de tu humilde siervo, que agoniza en las orillas de Baltimore y va camino a lo Desconocido...

Cuando el poema acabó, fue sustituido por más lamentos y fugas, más divagaciones imprevisibles sobre una serie de temas: la Sinfonía de Olores y por qué fracasó el experimento, Happy Felton y la Banda del Agujero (¿quién coño era ése?), y el hecho de que los japoneses consumían más arroz cultivado en Norteamérica que en Japón. De ahí pasó a los altibajos de su carrera literaria, revolcándose durante varios minutos en una ciénaga de quejas reprimidas y enfermiza autocompasión, para animarse luego un poco hablando de su compañero de cuarto en la universidad (el mismo que lo había llevado al hospital en 1968) —un tío llamado Anster, Omster, o algo así—, que había escrito varios libros mediocres y una vez prometió a Willy que encontraría una editorial para sus poemas, sólo que Willy nunca le envió el manuscrito, claro está, y así quedaron las cosas, aunque al menos se demostró que *podría* haber publicado si hubiera querido, simplemente no quiso y ya está, y, de todos modos, ¿a quién coño le importaban aquellas chorradas jactanciosas? Lo importante era hacer cosas, no el destino que se les diera después, y en lo que a él se refería ni siquiera los cuadernos que estaban en la consigna del Greyhound tenían más valor que un pedo o una lata de judías vacía. Que los quemaran, lo mismo le daba, que los tiraran a la basura, que los pusieran en los retretes para que los cansados viajeros se limpiaran el culo. Para empezar, no tenía que haber cargado con ellos hasta Baltimore. Un momento de debilidad, eso era lo que había sido, un movimiento de última hora en el inmundo juego del Ego, que es el único al que todo el mundo pierde, el único al que no se gana nunca. Después de eso permaneció unos momentos en silencio, maravillado ante el alcance de su propia amargura, y luego soltó una espasmódica carcajada, burlándose valerosamente de sí mismo y del mundo que tanto amaba. De ahí volvió a Omster, poniéndose a contar una historia que su amigo le había narrado muchos años antes sobre un setter inglés que había visto en Italia y que escribía frases en una máquina de escribir para perros. Inexplicablemente, Willy estalló en sollozos después de eso, y luego empezó a reprocharse no haber enseñado a leer a Míster

Bones. ¿Cómo podía haber descuidado un asunto tan fundamental? Ahora que el perro estaba a punto de quedarse solo, abandonado, le harían falta todos los recursos de que pudiera disponer, y Willy le había fallado, no había hecho nada para facilitarle una nueva situación, no le dejaba ningún dinero, ni comida, ni medios para enfrentarse a los peligros que le esperaban. El bardo no paraba de darle a la lengua, pero a Míster Bones no se le escapaba palabra y oía el discurso de Willy con la misma claridad que si estuviera despierto. Eso era lo más extraño del sueño. No había distorsiones, ni interferencias ni súbito cambio de canales. Todo parecía real, y aunque estaba dormido, aunque soñaba que oía aquellas palabras, en el sueño estaba despierto y, por eso, cuanto más tiempo llevaba dormido más despierto se sentía.

A mitad de las cabalas de Willy sobre las aptitudes caninas para la lectura, se detuvo frente a la casa de Poe un coche patrulla del que bajaron dos hombres corpulentos vestidos de uniforme. Eran dos polis de caderas anchas, blanco uno y negro el otro, sudando en aquel calor de agosto, de servicio en domingo y con todos los instrumentos de la ley en torno a la cintura: revólveres y esposas, porras y pistoleras, linternas y balas. No hubo tiempo para hacer un inventario completo, pues en cuanto salieron del coche uno de los agentes empezó a hablar con Willy («No puedes estar ahí, tío. ¿Te vas a mover, o qué?»), y en ese momento Willy se volvió, miró a los ojos de su amigo y dijo:

—Pírate, Bonesy. No dejes que te cojan.

Y como Míster Bones comprendió que iba en serio, que de pronto había llegado el temido momento, dio un lametazo a la cara de Willy, se despidió con un breve gemido mientras su amo le daba una palmadita en la cabeza por última vez y se marchó, lanzándose a toda carrera por la calle Amity Norte tan rápidamente como sus patas le permitían.

Oyó la voz de alarma de uno de los polis, que gritaba detrás de él («¡Frank, coge al perro! ¡Coge al puto perro, Frank!»), pero no se paró hasta llegar a la esquina, a unos veinticinco o treinta metros de la casa. Para entonces, Frank había abandonado la idea de perseguirlo. Cuando se volvió a ver lo que pasaba con Willy, Míster Bones se encontró con que el poli blanco regresaba despacio hacia la casa. Un momento después, instado por el otro, que estaba arrodillado delante de Willy y hacía frenéticos gestos con la mano, se lanzó a un trote corto para reunirse con su compañero. Ninguno se preocupaba ya del perro. Había que atender a un hombre agonizante, y a Míster Bones no le pasaría nada mientras se mantuviese a prudente distancia.

De modo que se quedó vigilando en la esquina, jadeando profundamente después de la corta carrera, casi sin aliento. Muy tentado estuvo de abrir la boca y lanzar un aullido, de soltar uno de sus sombríos gemidos lunáticos que helaban la sangre, pero contuvo el impulso, sabiendo perfectamente que no era momento de desahogar su dolor. A lo lejos vio al poli negro que, de pie junto al coche, hablaba por radio. Una respuesta amortiguada, cargada de electricidad estática, llenó la calle vacía. El poli volvió a hablar y siguió otra ráfaga de palabras incomprensibles, otra descarga de ruidos e incoherencias. Se abrió una puerta al otro lado de la calle y alguien salió a ver lo que pasaba. Una mujer en bata, con la cabeza llena de rulos de color rosa. Dos niños salieron de otra casa. Un chico de unos nueve años y una niña de unos seis, ambos descalzos y en pantalón corto. Entretanto, no podía ver a Willy, que seguía echado en el mismo sitio donde Míster Bones lo había dejado, oculto por la ancha y descomunal silueta del poli blanco. Pasaron unos minutos, luego otros más y después, debilitado por la distancia, se oyó el sonido de una sirena que se aproximaba. Cuando la ambulancia blanca torció por la calle Amity Norte y se detuvo ante la casa, ya se había congregado un grupo de una docena de personas que miraban con las manos en los bolsillos o de brazos cruzados. De la parte de atrás de la ambulancia bajaron dos enfermeros, llevaron una camilla con ruedas hacia la casa, y un momento después volvieron con Willy en ella. No se veía mucho, era difícil saber si su amo estaba vivo o no. Míster Bones pensó en volver a toda prisa para echar una última mirada, pero dudó en correr un riesgo así, y cuando al fin se decidió los enfermeros ya habían metido a Willy en la ambulancia y cerraban las puertas de golpe.

Hasta ahí, el sueño no había sido muy distinto de la realidad. Palabra por palabra, gesto a gesto, todo había sido la versión precisa y fiel de unos hechos tal como podían suceder en el mundo. Ahora, mientras la ambulancia se alejaba y la gente iba volviendo despacio a sus casas, Míster Bones se sintió dividido en dos partes. Una de ellas siguió en la esquina, un perro que contemplaba su sombrío e incierto futuro, y la otra se convirtió en mosca. Dada la naturaleza de los sueños, quizá no hubiera nada raro en ello. Todos nos transformamos en otras cosas cuando dormimos, y Míster Bones no era una excepción. En uno u otro momento había entrado en la piel de un caballo, de una vaca y de un cerdo, por no hablar de perros varios, pero hasta el sueño de aquel día nunca había sido dos cosas a la vez.

Había asuntos urgentes que atender, y eso sólo podía hacerlo su parte mosca. De manera que, mientras la parte perro esperaba en la esquina, la mosca se elevó en el aire y se remontó por la manzana, persiguiendo a la ambulancia con toda la rapidez que le permitían sus alas. Como se trataba

de un sueño, y como aquella mosca era capaz de volar más deprisa que cualquier mosca viviente, no tardó mucho en alcanzar su objetivo. Cuando la ambulancia torció la esquina de la siguiente calle, ya se había agarrado a la manivela de la puerta trasera, y de esa forma viajó con Willy hasta el hospital, sus seis patas pegadas a la superficie ligeramente oxidada de la parte exterior de la manivela, rogando que no se la llevara el viento. Resultó una excursión accidentada, con las sacudidas de los baches, los virajes bruscos, los súbitos frenazos y aceleraciones y el aire que soplaba en todas direcciones, pero logró sujetarse, y cuando la ambulancia *se* detuvo frente a la entrada de urgencias del hospital ocho o nueve minutos después, no perdió la serenidad. Se despegó de la manivela justo cuando uno de los enfermeros iba a cogerla, y entonces, en el momento en que se abrieron las puertas y bajaron a Willy en la camilla, sobrevoló la escena a un metro de altura, observando el rostro de su amo desde su condición de manchita discreta. Al principio no supo si Willy estaba vivo o muerto, pero una vez que sacaron del todo la camilla y las ruedas tocaron el suelo, el hijo de la señora Gurevitch abrió los ojos. No mucho, quizá, sólo una rendija para dejar que entrara un poco de luz y ver lo que pasaba, pero aquel parpadeo fue suficiente para que a la mosca le diera un vuelco el corazón.

—Bea Swanson —balbuceó Willy—. Calvert trescientos dieciséis. Tengo que llamarla. Pronto. Tengo que darle la llave. Vida o muerte. Asunto de.

—No te preocupes —dijo uno de los enfermeros—. Nosotros nos encargaremos de eso. Pero no hables ahora. No gastes energías, Willy.

Willy. Eso significaba que les había dicho su nombre en la ambulancia, y si había hablado a lo mejor no estaba tan mal como parecía, lo que a su vez suponía que con las medicinas adecuadas y el tratamiento apropiado quizá acabara saliendo de aquélla. O eso pensaba la mosca en el sueño, es decir, el propio Míster Bones, y como era un testigo parcial de los acontecimientos no debe molestarnos que se consolara con ilusiones de última hora, aun cuando ya no hubiese la menor esperanza. Pero ¿qué saben las moscas? ¿Y qué saben los perros? Y ya que estamos, ¿qué saben las personas? Ahora todo estaba en manos de Dios, y lo cierto era que no había vuelta atrás.

Sin embargo, en las diecisiete horas que faltaban ocurrió toda una serie de hechos extraordinarios. La mosca los presenció uno a uno, observando desde el techo la cama 34 de la sala de indigentes del Hospital de la Virgen de los Dolores, y de no haber estado allí en aquel día de agosto de 1993 para verlo con sus propios ojos, quizá no hubiese creído que cosas

así fuesen posibles. En primer lugar, encontraron a la señora Swanson. A las tres horas del ingreso de Willy en el hospital, su vieja profesora recorrió a grandes zancadas el pasillo del pabellón, se instaló en la silla ofrecida por la hermana Mary Theresa, la supervisora del turno de cuatro a doce, y desde entonces hasta el momento en que Willy dejó este mundo, ni una sola vez se apartó de la cabecera de su alumno. En segundo lugar, al cabo de varias horas de alimentación intravenosa y dosis masivas de antibióticos y adrenalina, a Willy pareció aclarársele un poco la cabeza y llegó a la última mañana de su vida en un estado de lucidez y serenidad como pocas veces Míster Bones le había visto. En tercer lugar, murió sin dolores. Ni espasmos, ni convulsiones, ni fuego arrasador en el pecho. Se fue apagando poco a poco, retirándose de este mundo de manera gradual, imperceptiblemente, como una gota de agua que sé evaporase al sol, haciéndose cada vez más pequeña hasta desaparecer del todo.

La mosca no llegó a ver el momento en que la llave cambiaba de manos. Quizá ocurriese en un instante de breve distracción, pero también pudo ser que a Willy se le olvidara mencionarlo. Entonces no pareció importante. Una vez que Bea Swanson entró en la habitación, hubo tantas otras cosas en que pensar, tantas palabras que entender y sentimientos que asimilar, que apenas recordaba su propio nombre, y mucho menos el frustrado plan de Willy para salvaguardar su archivo literario.

Se le había puesto el pelo blanco y había engordado quince kilos, pero la mosca

supo quién era en cuanto la vio. Físicamente hablando, no había nada que la distinguiera entre un millón de mujeres de su edad. Vestida con unos pantalones cortos azules y amarillos, una holgada blusa blanca y sandalias de cuero, parecía haber dejado de pensar en su atuendo mucho tiempo atrás. Con los años, sus brazos y piernas se habían hecho aún más rollizos, y al ver los hoyuelos en sus rechonchas rodillas, las varicosas venas que le sobresalían en las pantorrillas y la carne flaccida de sus antebrazos, fácilmente se la podría haber confundido con una de esas jubiladas que juegan al golf, una persona con nada mejor que hacer que recorrer los hoyos en un cochecito eléctrico y preocuparse por si conseguía meter la pelota a tiempo para el desayuno especial. Pero aquella mujer no tenía la piel bronceada, sino pálida, y en vez de gafas de sol llevaba unos prácticos lentes de montura metálica. Además, al mirar a través de los vidrios de aquellas gafas de farmacia, se descubrían unos ojos del más sorprendente azul. Y, nada más verlos, uno se sentía atrapado en ellos. Atraían su calor y viveza, su inteligencia y atención, la hondura de sus silencios escandinavos. Aquellos eran los ojos de los que Willy se

había enamorado de muchacho, y ahora la mosca comprendía a qué había venido tanto alboroto. No había que fijarse en el pelo corto ni en las piernas gordas ni en la ropa ordinaria. La señora Swanson no era una de esas maestras chapadas a la antigua. Era la diosa de la sabiduría, y cuando uno se enamoraba de ella, la amaba hasta la muerte.

Tampoco era en absoluto la incauta que Míster Bones se había imaginado. Tras escuchar una y otra vez los comentarios de Willy sobre la amabilidad y la generosidad de la señora Swanson durante todo el camino a Baltimore, se la había imaginado como una sentimental de buen corazón, una de esas mujeres veleidosas propensas a grandes y súbitos entusiasmos, que perdían los nervios y rompían a llorar a la menor provocación y se dedicaban a arreglar a la gente en el momento en que se levantaban de la silla. La verdadera señora Swanson era todo menos eso. Es decir, la señora Swanson de su sueño era todo menos eso. Cuando se acercó a la cama de Willy y vio el rostro de su antiguo alumno por primera vez desde hacía casi treinta años, la mosca se asombró de la dureza y la claridad de su reacción.

—¡Por Dios Santo, William! —exclamó—. Pues sí que lo has estropeado todo, ¿no?

—Me temo que sí —repuso Willy—. Soy lo que podría llamarse un desastre de talla mundial, el rey de los capullos.

—Por lo menos has tenido el buen sentido de ponerte en contacto conmigo — observó la señora Swanson, sentándose en la silla que le ofrecía la hermana Mary Theresa y cogiendo la mano a Willy—. Quizá no sea el mejor momento, pero más vale tarde que nunca, ¿eh?

Los ojos de Willy se llenaron de lágrimas, y por una vez en la vida fue incapaz de hablar.

—Siempre has estado en situación crítica, William —prosiguió la señora Swanson—, así que no puedo decir que esté muy sorprendida. Estoy segura de que has hecho lo que has podido. Pero estamos hablando de sustancias altamente inflamables, ¿verdad? Si se anda por ahí con una carga de nitroglicerina en el cerebro, antes o después se acabará chocando con algo. En el fondo, es asombroso que no hayas saltado en pedazos hace mucho.

—He venido andando desde Nueva York —contestó Willy, sin que viniera a cuento—. Demasiados kilómetros con muy poca gasolina en el depósito. Eso casi acaba conmigo. Pero ahora que estoy aquí, me alegro de haber venido.

—Debes estar cansado.

—Me siento como un calcetín viejo. Pero al menos ya me puedo morir tranquilo.

—No hables así. Van a curarte, te van a dejar mejor que antes. Ya verás, William. En un par de semanas estarás como nuevo.

—Claro. Y el año que viene me presentaré a presidente.

—No puedes. Ya tienes trabajo.

—En realidad, no. Últimamente estoy sin empleo. La verdad es que soy inempleable.

—¿Y qué pasa con lo de Santa Claus?

—Ah, sí. Eso.

—No te habrás despedido, ¿verdad? Cuando me escribiste aquella carta, parecía un contrato para toda la vida.

—Sigo estando en nómina. Ya llevo más de veinte años en plantilla.

—Debe ser un trabajo duro.

—Sí que lo es. Pero no me quejo. Nadie me ha obligado a hacerlo. Firmé por mi propia voluntad, y nunca me he arrepentido. Aunque eran jornadas interminables, y en todo ese tiempo no he tenido un solo día libre, pero ¿qué quiere que haga? No es fácil hacer buenas obras. No da beneficios. Y cuando una cosa no da dinero, la gente no suele entenderlo. Piensa que te traes algo entre manos, aunque no sea cierto.

—¿Sigues teniendo el tatuaje? Lo mencionaste en una carta, pero no lo he visto nunca.

—Claro que sí, ahí sigue. Échele un vistazo, si quiere.

La señora Swanson se inclinó hacia adelante en la silla, alzó la manga derecha del camisón hospitalario de Willy y allí lo encontró.

—Muy bonito —comentó—. Eso es lo que yo llamo un verdadero Santa Claus.

—Cincuenta dólares —precisó Willy—. Y lo vale hasta el último centavo.

Así es como empezó la conversación. Prosiguió durante toda la noche hasta poco después de amanecer, interrumpida por alguna que otra visita de las enfermeras, que iban a cambiarle el suero, tomarle la temperatura y vaciar la cuña. A veces le flaqueaban las fuerzas y de pronto se quedaba dormido a mitad de una frase durante diez o doce minutos seguidos, pero siempre se despertaba, saliendo de la más profunda inconsciencia para reunirse de nuevo con la señora Swanson. Si ella no hubiera estado allí, comprendió la mosca, seguro que Willy no habría aguantado tanto, pero estaba tan contento de volver a verla que siguió haciendo esfuerzos, en la medida en que aún era capaz de hacerlos. Pero no luchaba contra lo que se avecinaba, e incluso cuando enumeró las cosas que no había hecho en la vida —no sabía conducir, nunca había ido en avión ni visitado un país extranjero, no había aprendido a silbar—, no era tanto para lamentarse como para manifestar una especie de indiferencia, para tratar de demostrar a la señora Swanson que todo aquello carecía de importancia.

—Morir no es nada del otro mundo —afirmó, y con eso quería decir que estaba dispuesto, que le daba las gracias por haberse ocupado de que no pasara sus últimas horas entre desconocidos.

Como cabía esperar, sus últimas palabras fueron para Míster Bones. Willy había vuelto al tema del futuro de su perro, que ya había mencionado en varias ocasiones, y recalcaba a la señora Swanson la importancia de que buscara por toda la ciudad hasta dar con él, de que hiciera todo lo posible para encontrarle un nuevo hogar.

—La he fastidiado —sentenció—. He defraudado a mi perrito.

Y la señora Swanson, alarmada al ver lo débil que se había puesto de pronto, trató de consolarle con unas palabras sin sentido.

—No te apures, Willy, no pasa nada, eso no tiene importancia.

Y Willy, incorporándose con un último esfuerzo, logró alzar la cabeza y decir:

—Sí que la tiene. Es muy importante.

Y entonces, de golpe, se le acabó la vida.

La hermana Margaret, la enfermera de servicio a aquella hora, se acercó a la cama y le tomó el pulso. Como no se lo encontró, sacó un espejito del bolsillo y lo puso frente a la boca de Willy. Unos momentos después, volvió el espejo del revés y lo miró, pero lo único que vio fue su propia cara. Luego volvió a guardarse el espejo en el bolsillo, alargó la mano derecha y cerró los ojos a Willy.

—Ha sido una muerte bonita —dijo.

Por toda respuesta, la señora Swanson se llevó las manos a la cara y rompió a llorar.

Míster Bones la miró con ojos de mosca, escuchando cómo sus sollozos llenaban la sala, y se preguntó si alguna vez habría existido un sueño más raro y desconcertante que aquél. Luego parpadeó y ya no estaba en el hospital, ya no era una mosca, sino el mismo perro de antes que se encontraba de nuevo en la esquina de la calle Amity Norte, viendo cómo la ambulancia se perdía en la distancia. El sueño había concluido, pero él seguía soñando, lo que significaba que había tenido un sueño dentro del sueño, una ensoñación parentética sobre moscas y hospitales y señoras Swanson, y ahora que su amo estaba muerto, él había retrocedido al primer sueño. Eso es lo que imaginaba, en cualquier caso, pero en cuanto le vino aquella idea parpadeó otra vez y se despertó, y allí estaba de nuevo, acampado frente a Polonia con el yacente Willy, que acaba de despertarse, y tan ofuscado se quedó Míster Bones durante unos instantes que no estaba seguro de si volvía a estar en el mundo real o acababa de despertarse en otro sueño.

Pero eso no fue todo. Incluso después de olfatear el aire, restregar el hocico contra la pierna de Willy y confirmar que se trataba de su auténtica vida real, aún hubo que descifrar otros misterios. Willy se aclaró la garganta, y cuando Míster Bones esperó el inevitable ataque de tos, recordó que su amo no había tosido en el sueño, que por una vez su amigo se había salvado de aquel martirio. Ahora, inexplicablemente, volvió a suceder. Su amo carraspeó y acto seguido empezó a hablar otra vez. Al principio, Míster Bones quitó importancia al asunto, considerándolo una afortunada coincidencia, pero cuando Willy siguió hablando, pasando impetuosamente de una a otra parcela de sus pensamientos, el perro no pudo dejar de observar la semejanza entre las palabras que estaba escuchando y las que acababa de oír en el sueño. No es que fuesen exactamente las mismas —al menos no creía que lo fuesen—, pero se parecían mucho, *eran muy parecidas*. Uno por uno, Willy mencionó todos y cada uno de los temas que habían surgido en el sueño, y cuando Míster Bones comprendió que seguían exactamente el mismo orden de antes, sintió que un escalofrío le recorría la espina dorsal. Primero, *Mamá—san* y los chistes frustrados. Luego, el catálogo de aventuras sexuales. Después, las diatribas y las disculpas, el poema, las batallas literarias, todo el rollo. Cuando llegó a la historia de su compañero de cuarto sobre el perro que sabía escribir a máquina, Míster Bones se preguntó si se estaba volviendo loco. ¿Había vuelto a soñar lo mismo, o es que el sueño era simplemente una versión previa de lo que estaba pasando ahora? Parpadeó, esperando despertarse. Volvió a pestañear, y tampoco ocurrió nada. No podía despertarse porque ya estaba despierto. Aquello era la auténtica vida real, y como la vida sólo se vive una vez, supo que ahora habían llegado verdaderamente al final. Comprendió que las palabras que salían de labios de su amo eran las últimas que pronunciaría Willy.

—Yo no estaba presente —decía el bardo—, pero tengo confianza en quien lo vio. En todos los años que fuimos amigos, nunca vi que se inventara historias. No tiene mucha imaginación y quizá sea ése uno de sus problemas, como escritor, quiero decir, pero como amigo te cuenta siempre la verdad porque es muy burro. Bonita expresión, aunque no sé por qué la empleo. Sólo sé de un burro que contaba historias, en el cine. Donald O'Connor, el ejército, tres o cuatro pelis tontas que me tragué de pequeño. Aunque ahora que me acuerdo, era una mula. Una mula en el cine y un caballo en la tele. ¿Cómo se llamaba aquel programa? *Míster Ed.* Joder, ya estoy otra vez. Que no me libro de esas paridas. Míster Ed, Míster Moto, Míster Ma-goo, aún siguen ahí, toditos y cada uno de ellos. Míster Alamierda. Pero estoy hablando de perros, ¿no? De perros, no de caballos. Y tampoco de perros que hablan. No me refiero a los de esas historias en las que un tío entra en un bar y se apuesta los ahorros de toda la vida a que su perro es capaz de hablar y nadie le cree, y entonces el

perro no llega ni a abrir la boca y cuando luego su amo le pregunta por qué, el perro dice que porque no se le había ocurrido nada que decir. No, no al perro parlante de esos chistes tontos, sino al perro que escribía a máquina y que mi amigo vio en Italia cuando tenía diecisiete años. Eso es, Italia. El meollo de la cuestión, Italia, tierra de la chispa y la gracia, otro país donde nunca he estado.

»Su tía se había ido a vivir allí unos años antes, no se sabe por qué, y él fue a pasar dos semanas con ella. Eso es un hecho, y lo que da verosimilitud al asunto es que el perro no era el tema central de la historia. Yo estaba leyendo un libro. *La montaña mágica* se titulaba, escrito por un tal Thomas Mann, al que no debe confundirse con Thom McAn, zapatero de renombre entre las masas. No llegué a terminar la puñetera novela, dicho sea de paso, era muy aburrida, pero como me habían dicho que Herr Mann era un fenómeno, un personaje destacado en la galería de escritores famosos, pensé que debía echarle una mirada. Así que estaba leyendo ese tomo descomunal en la cocina, tomando un tazón de cereales, cuando Paul, mi compañero, entra en el cuarto, lee el título y dice: "Ésa nunca la he acabado. La he empezado cuatro veces y nunca paso de la página doscientas setenta y cuatro. " "Bueno", le digo, "ya voy por la página doscientas setenta y dos. Así que casi la he terminado", y entonces me cuenta, parado en la puerta y fumando un cigarrillo, que una vez había visto a la viuda de Thomas Mann. Sin jactancia, sólo exponiendo un hecho. Así fue como me contó la historia de cuando fue a Italia a visitar a su tía, que resultó ser amiga de una de las hijas de Mann. Tuvo un montón de hijos, el viejo Tom, y aquella chica acabó casándose con un italiano de mucha pasta y viviendo en una bonita casa en la montaña, a las afueras de una ciudad pequeña, sabe Dios cuál. Un día invitaron a Paul y a su tía a comer en aquella casa, y allí estaba la madre de la anfitriona, la viuda de Thomas Mann, una anciana de pelo blanco sentada en una mecedora con la mirada perdida. Paul le estrechó la mano, dijeron cosas sin importancia y luego se sentaron todos a la mesa. Bla, bla, bla, páseme la sal, por favor. Y justo cuando estaba convencido de que no iba a ocurrir nada, de que ésa iba a ser toda la historia, Paul se entera de que la hija de Mann es algo así como psicóloga de animales. ¿Y qué es una psicóloga de animales?, te preguntarás. Pues sabes tanto como yo, Míster Bones. Después de comer, lleva a Paul al piso de arriba y le presenta a un setter inglés llamado Ollie, un perro sin ninguna inteligencia especial, por lo que alcanzó a ver, y le enseña una enorme máquina de escribir manual, que debía de ser la máquina más grande de la historia de la creación. Tiene una serie de teclas de forma cóncava, especialmente concebidas para que quepa el hocico del perro. Luego la psicóloga coge una lata de galletas, ordena a Ollie que se siente a la máquina y demuestra a Paul lo que un perro es capaz de hacer.

»Fue una operación lenta y difícil, no lo que cabría esperar. La frase que tenía que escribir era: "Ollie es un buen perro. " En vez de dictarle las palabras, o deletrearlas y esperar a que pulsara la tecla correspondiente, ella repetía el *sonido* de cada letra, separando las palabras en sus fonemas constitutivos y pronunciándolos tan despacio, con inflexiones tan extrañas y tonos tan guturales, que parecía una muda intentando hablar. "Ooooo", empezó, "Ooooo", y cuando el perro pulsó con el hocico la tecla *O*, le premió con una galleta, unas palabras cariñosas y muchas palmaditas en la cabeza, pasando luego al sonido siguiente, "1 -1-1-1", "1-1-1-1", diciéndolo tan despacio y tan meticulosamente como antes, y cuando el perro lo hizo bien, volvió a darle otra galleta y más palmaditas en la cabeza, y así siguieron letra por letra, insoportablemente, hasta que llegaron al final de la frase: "Ollie es un buen perro. "

»Mi amigo me contó esa historia hace veinticinco años, y sigo sin saber si demuestra algo. Pero de una cosa estoy seguro: he sido un necio. He desperdiciado demasiado el tiempo en disfrutar y retozar tontamente contigo, malgastando los años en bromas e insensateces, en fantasías, nimiedades y continuas grescas. Teníamos que haber sido más serios y haber estudiado, señor mío, aprendido el abecedario, aprovechado el corto tiempo que nos había caído en suerte. Todo por mi culpa. No sé lo que habría hecho el tal Ollie, pero tú habrías logrado cosas más grandes, Míster Bones. Tenías cabeza para ello, tenías voluntad y tenías agallas. Pero me pareció que tus ojos no estaban a la altura de la tarea, así que no me molesté. Pereza, eso es lo que ha sido. Vagancia mental. Tenía que haberlo intentado, no haberme arredrado ante las dificultades. Sólo de la constancia nacen las grandes cosas. ¿Qué hice en cambio? Te llevé a Coney Island, a la tienda de artículos de broma de tío Al, eso es lo que hice. Te metí en el metro fingiendo que era ciego, bajando los escalones a tientas con aquel bastón blanco, y tú ibas a mi lado, bien ceñido con el arnés, un lazarillo tan bueno como el mejor, en nada inferior a esos labradores y pastores que mandan a la escuela para enseñarles el trabajo. Eso te lo agradezco, amigo. Gracias por seguirme la corriente con tanta nobleza, por consentir todos mis caprichos e improvisaciones. Pero debí portarme mejor contigo. Tenía que haberte dado la oportunidad de alcanzar las estrellas. Es posible, créetelo. Sólo que no fui fiel a mis convicciones. Porque lo cierto es, amigo mío, que los perros pueden leer. ¿Por qué pondrían si no esos letreros a la puerta de las oficinas de correos? NO SE ADMITEN PERROS SALVO LAZARILLOS. ¿Entiendes lo que quiero decir? El hombre que va con el perro no ve, así que ¿cómo lee el letrero? Y si él no puede leerlo, ¿quién queda? Eso es lo que hacen en las escuelas de perros lazarillos. Sólo que no lo dicen. Lo ocultan, y ahora es uno de los tres o cuatro secretos mejor guardados de Norteamérica. Y con razón, además. Si se corriera la voz, imagínate lo que pasaría. ¿Perros

tan listos como los hombres? Una afirmación blasfema. Habría revueltas en las calles, quemarían la Casa Blanca, reinaría el caos. En tres meses, los perros reclamarían su independencia. Se convocarían delegaciones, se entablarían negociaciones y acabarían arreglando el asunto cediendo Nebraska, Dakota del Sur y la mitad de Kansas. Echarían a los habitantes del territorio y dejarían que lo poblaran los perros, y a partir de entonces el país estaría dividido en dos. Los Estados Unidos de la Gente y la República Independiente de los Perros. ¡Santo cielo, cómo me gustaría ver eso! Me mudaría allí y trabajaría para ti, Míster Bones. Te llevaría las zapatillas y te encendería la pipa. Haría que te eligieran primer ministro. Dime lo que quieres, jefe, que yo me encargo.

Con esa frase, la rapsodia de Willy se interrumpió bruscamente. Le había distraído un ruido, y cuando volvió la cabeza para ver a qué venía el alboroto, dejó escapar un leve gruñido. Un coche patrulla circulaba despacio por la calle, avanzando en dirección a la casa. Míster Bones no tenía que mirar para saber lo que era, pero miró de todas formas. El coche se había parado junto a la acera y los dos polis se estaban bajando, palmeándose la pistolera y ajustándose el cinturón, el negro y el blanco, los dos capullos de antes. Míster Bones se volvió entonces hacia Willy, justo cuando su amo giraba la cabeza hacia él, y con las palabras de los polis súbitamente flotando en la calle («No puedes estar ahí, tío. ¿Te vas a mover, o qué?»), Willy miró a su amigo a los ojos y dijo:

—Pírate, Bonesy. No les dejes cogerte.

Así que lamió la cara de su amo, se quedó inmóvil un momento mientras Willy le daba unas palmaditas en la cabeza y luego salió disparado, galopando por la calle como si le fuera la vida en ello.

Capítulo 3

Esta vez no se paró en la esquina, y tampoco se quedó a esperar que apareciese la ambulancia. ¿Qué sentido habría tenido? Estaba seguro de que vendría, y una vez que llegase, sabía adonde llevarían a su amo. Las enfermeras y los médicos harían lo que pudiesen, la señora Swanson le cogería la mano y se pasaría la noche charlando, y no mucho después de amanecer Willy estaría de camino a Tombuctú.

De modo que Míster Bones siguió corriendo, sin poner en duda que se cumplirían todos los vaticinios del sueño, y cuando dobló la esquina y se lanzó por la siguiente manzana, ya había caído en la cuenta de que no se iba a acabar el mundo. Y casi lo lamentó. Había dejado atrás a su amo y la tierra no se había abierto para tragárselo. La ciudad no había desaparecido. El cielo no se había incendiado. Todo seguía como antes, lo mismo que seguiría estando, y lo hecho, hecho estaba. Las casas continuaban en pie, el viento seguía soplando, y su amo iba a morir. El sueño le había dicho eso, y como el sueño no era tal sino una visión de lo que había de venir, no cabía el menor resquicio de duda. La suerte de Willy estaba echada. Mientras Míster Bones trotaba por la acera, escuchando cómo la sirena se acercaba cada vez más al sitio del que acababa de marcharse, comprendió que la última parte de la historia estaba a punto de empezar. Pero ya no era su historia, y lo que le sucediera a Willy desde aquel momento en adelante no tendría nada que ver con él. Estaba solo y, le gustara o no, debía seguir adelante, aunque no tuviera adonde ir.

Qué confusas habían sido las últimas horas, se dijo para sus adentros, qué batiburrillo de recuerdos y pensamientos embrollados..., pero Willy había dado en el clavo en una cosa, y aunque al final se había dejado llevar un poco, la idea principal no se podía discutir. Si Míster Bones hubiera sabido leer, no se habría encontrado en el lío en que ahora estaba. Incluso con el conocimiento más superficial y rudimentario del alfabeto habría podido encontrar el 316 de la calle Calvert y, una vez allí, habría esperado a la puerta hasta que apareciese la señora Swanson. Era la única persona que conocía en Baltimore, pero tras haber pasado todas aquellas horas junto a ella en el sueño, estaba convencido de que le habría abierto la puerta con mucho gusto..., y de que además habría cumplido

estupendamente con la tarea de ocuparse de él. Eso se sabía sólo con mirarla, sólo con escucharla hablar. Pero ¿cómo encontrar una dirección si no se sabía leer los nombres de las calles? Si Willy creía que leer era tan importante, ¿por qué no había hecho algo? En vez de lamentarse y gruñir por sus fracasos y su ineptitud, podría haberse ahorrado las lágrimas y haberle dado unas cuantas lecciones rápidas. Míster Bones habría estado más que dispuesto a intentarlo. Eso no significaba que lo hubiesen conseguido, pero ¿cómo saberlo si no se intentaba?

Torció por otra calle y se detuvo a beber en un charco formado por la reciente lluvia. Cuando daba lametazos en el agua tibia y grisácea, súbitamente se le ocurrió otra idea.

Tras considerarla unos momentos, casi se puso enfermo de tristeza. Olvídate de leer, se dijo. Olvida los argumentos sobre la inteligencia de los perros. Todo el problema podría haberse resuelto con un toque sencillo y elegante: colgándole un letrero al cuello. *Me llamo Míster Bones. Por favor, lléveme a casa de la señora Swanson, calle Calven 316.* En el reverso, Willy podría haber escrito una nota a la señora Swanson, para explicarle lo que le había pasado y por qué tenía que buscarle casa a su perro. Una vez que Míster Bones se hubiera encontrado en la calle, habría habido excelentes oportunidades de que algún desconocido de buen corazón hubiese leído el letrero y cumplido la petición, y al cabo de unas horas Míster Bones habría estado tranquilamente acurrucado en la alfombra del cuarto de estar de su nuevo amo. Al retirarse del charco y proseguir la marcha, Míster Bones se preguntó cómo se le habría ocurrido aquella idea a él, un simple perro, y nunca se le hubiera pasado por la cabeza a Willy, que impresionaba con sus deslumbrantes volteretas y piruetas mentales. Porque Willy no tenía sentido práctico, por eso, y porque tenía la cabeza hecha un lío, y porque estaba enfermo y muriéndose y no se encontraba en condiciones de saber cuál era el derecho y el revés. Pero había hablado del tema con la señora Swanson; o lo iba a hacer, al menos, cuando la señora Swanson llegara al hospital. «Búsquelo por toda la ciudad», le diría, y después de darle una descripción completa del aspecto de Míster Bones, la cogería de la mano y le pediría que arreglara las cosas. «Necesita un hogar. Si usted no lo recoge, está apañado. » Pero Willy no se iba a morir hasta el día siguiente, y cuando la señora Swanson saliera del hospital y volviera a su casa, Míster Bones llevaría vagando por la calle todo el día, toda la noche y buena parte del día siguiente. Quizá no le apeteciese buscarlo hasta más tarde, hasta el otro día, tal vez, y Baltimore era un sitio enorme, una ciudad con diez mil callejas y avenidas, ¿y quién sabía dónde estaría él entonces? Para que llegaran a encontrarse el uno al otro, necesitarían

suerte, suerte a paletadas, casi un milagro. Y Míster Bones, que ya no creía en milagros, se dijo que no debía contar con ello.

Había bastantes charcos para saciar la sed siempre que se le resecaba la garganta, pero la comida era otra cuestión, y después de no haber probado bocado en dos días, su estómago pedía a gritos que le echaran algo. Así fue como el cuerpo salió triunfante sobre el espíritu, y sus quejumbrosas cavilaciones sobre oportunidades perdidas dieron paso a una resuelta búsqueda de manduca. Ya era mediodía, quizá más tarde, y la gente estaba en pie, recobrada del torpor dominical, moviéndose por la cocina para preparar el desayuno o el almuerzo. Al pasar trotando ante las casas, muchas veces se veía asaltado por el olor a panceta que salía de la cocina, a huevos que se freían en la sartén, a rebanadas de pan caliente que saltaban del tostador. Era una mala pasada, pensó, una crueldad que cometían con él en su actual estado de angustia y casi inanición, pero resistió la tentación de mendigar unas migajas en las puertas y siguió adelante. Las lecciones de Willy habían calado bien. Un perro callejero no tiene amigos, y si empezaba a dar la lata a la persona menos indicada, acabarían llevándoselo a la perrera, el lugar de donde los perros no volvían jamás.

Si se hubiera acostumbrado a cazar y buscar comida por sí solo, ahora no se sentiría tan desamparado. Pero había pasado demasiados años con Willy, viajando por el mundo en su papel de confidente y *chien a toutfaire, y* los instintos de lobo que podía tener cuando nació se habían ido atrofiando con los años hasta desaparecer del todo. Se había convertido en un animal blando, civilizado, en un perro pensante en vez de en un perro atlético, y hasta donde podía recordar otros se habían ocupado de satisfacer sus necesidades físicas. Pero ése era el pacto, ¿no? El hombre ofrecía comida y sitio para dormir, y a cambio se le daba cariño y fidelidad eterna. Ahora que Willy no estaba, tendría que olvidar todo lo que sabía y empezar otra vez desde el principio. ¿Serían posibles cambios de tal magnitud? Míster Bones ya había conocido perros sin hogar, pero nunca había sentido nada por ellos salvo lástima..., compasión y un tanto de desdén. Observar su vida solitaria era algo muy crudo, y siempre había guardado una prudente distancia, receloso de las pulgas y garrapatas ocultas en su pelaje, reacio a acercarse a ellos por miedo a que le pegaran las enfermedades y la desesperación que llevaban encima. Tal vez se había convertido en un esnob, pero era capaz de reconocer a una de aquellas criaturas a cien metros de distancia. Se movían de manera distinta de los demás perros, deslizándose con aquel lúgubre paso largo de mendigo, el rabo a media asta, metido entre las patas, trotando por las avenidas como si llegaran tarde a alguna cita, cuando en realidad no iban a ninguna parte, sólo viajaban en círculos, perdidos en el limbo de la nada. Ahora, al

torcer otra esquina y cruzar la calle, Míster Bones descubrió que él también se movía así. Hacía menos de media hora que *le* había dado un beso de adiós a su amo y ya era como ellos.

Al poco rato llegó a una glorieta con una zona ajardinada en medio. Allí se erguía una estatua, y mientras la estudiaba desde lejos, Míster Bones concluyó que debía de ser un soldado a caballo con la espada desenvainada, como a punto de lanzarse a la batalla. Lo más interesante era que una bandada de palomas se había posado en diversas partes del cuerpo del soldado, por no mencionar el enorme caballo de piedra, y corno al pie se agrupaban otras especies de pájaros —carrizos, gorriones, como se llamasen—, Míster Bones se preguntó si no sería buena ocasión para poner a prueba sus dotes de cazador. Si ya no podía recurrir a la gente para comer, ¿qué podía hacer sino buscarse alimento por sí mismo?

El tráfico se había hecho más denso, y Míster Bones tuvo que ejercitar un ágil juego de pies para cruzar al otro lado: esquivando coches, parándose, precipitándose hacia delante, esperando otra vez, midiendo los movimientos para que no lo atropellaran. En un momento dado, pasó una moto haciendo un ruido infernal, un relámpago de brillante metal negro que pareció surgir de la nada, y Míster Bones tuvo que saltar a un lado para evitarla, lo que le situó justo delante de un coche que venía en su dirección, un enorme vehículo amarillo con un radiador parecido a una plancha de hacer gofres, y si no hubiera dado un salto hacia atrás poniéndose donde se encontraba un segundo antes (volviendo al sitio por donde acababa de pasar la moto), allí habrían acabado sus días. Dos o tres automovilistas tocaron el claxon, un hombre sacó la cabeza por la ventanilla y gritó algo parecido a «tochojones» o «chucho-jones», y Míster Bones sintió el aguijón del insulto. Estaba avergonzado de sí mismo, humillado por su propio comportamiento. Ni siquiera lograba cruzar la calle sin meterse en líos, y si algo tan sencillo como aquello le iba a resultar un problema, ¿qué pasaría cuando se encontrara ante cosas realmente difíciles? Al final llegó a donde quería, pero cuando estuvo fuera de peligro y subió a la acera de la zona ajardinada, estaba tan nervioso y disgustado consigo mismo que deseó no haber intentado cruzar siquiera.

Afortunadamente, el tráfico le había obligado a dar un rodeo y fue a parar al lado norte del jardín. Desde aquella posición, se encontró mirando a la espalda de la estatua, a la parte que mostraba la grupa del caballo y los pinchos de las espuelas del soldado, y como la mayoría de las palomas estaban congregadas en torno a la parte delantera, Míster Bones dispuso de algo de tiempo para recobrar el aliento y pensar en el paso siguiente.

Nunca había ido detrás de los pájaros, pero había visto cómo lo hacían otros perros, aprendiendo de ellos lo suficiente para hacerse una idea bastante acertada de lo que no debía hacer. No había que lanzarse por las buenas y confiar en la suerte, por ejemplo, y tampoco había que hacer mucho ruido, ni correr por fuerte que fuese la tentación. Al fin y al cabo, no se pretendía asustar a las palomas. El objetivo era llevarse una a la boca, y en cuanto echase a correr todas remontarían el vuelo y desaparecerían. Ése era otro dato que había que recordar, díjose para sus adentros. Las palomas podían volar, y los perros no. Las palomas quizá fuesen más tontas que los perros, pero eso era porque Dios les había dado alas en vez de cerebro, y para ser más rápido que las alas el perro tenía que buscar en su memoria y recurrir a todos los trucos que la vida le hubiese enseñado.

Lo más apropiado era el sigilo. Un ataque por sorpresa a la retaguardia de las líneas enemigas. Míster Bones se acercó al lado izquierdo del pedestal y lanzó una mirada furtiva por la esquina. Unas dieciocho o veinte palomas seguían allí, desfilando al sol de un lado para otro. Se agazapó, concentrándose en la paloma más cercana mientras pegaba el vientre al suelo y empezaba a arrastrarse, avanzando tan lenta y subrepticiamente como podía. En cuanto quedó a la vista, tres o cuatro gorriones se elevaron del pavimento y se colocaron en la cabeza del soldado, pero las palomas no se dieron cuenta de su presencia. Siguieron con sus cosas, arrullándose y pavoneándose con aquellos aires suyos tan ridículos, y al avanzar hacia la víctima elegida observó que era un espécimen rellenito y espléndido, una presa de primera categoría. Se lanzaría a su cuello, cayendo sobre ella por detrás con las mandíbulas abiertas, y si saltaba en el momento justo, la paloma no tendría la menor posibilidad. Todo era cuestión de paciencia, de saber cuándo atacar. Se detuvo, no queriendo despertar sospechas, tratando de fundirse en el ambiente, de parecer tan quieto e inanimado como el caballo de piedra. Sólo necesitaba acercarse un poco más, acortar la distancia en treinta o sesenta centímetros antes de pasar rápidamente a la acción para la acometida final. Apenas respiraba entonces, casi no movía un músculo, y sin embargo un poco a su derecha, en la parte exterior de la bandada, media docena de palomas aletearon de pronto y levantaron el vuelo, remontándose sobre la estatua como una escuadrilla de helicópteros. Casi parecía imposible. Lo había hecho todo según las normas, sin desviarse una sola vez del plan que había trazado, pero le habían descubierto y si no actuaba con rapidez la operación acabaría en fracaso. La pequeña presa que tenía delante se alejó de él con una serie de pasos rápidos y firmes, poniéndose enseguida fuera de su alcance. Otra paloma echó a volar, luego otra y después otra más. Se estaba armando la Dios es Cristo, y a Míster Bones, que hasta entonces había hecho gala del más estricto y

admirable dominio de sí mismo, no se le ocurrió nada mejor que incorporarse de un salto y abalanzarse sobre su víctima. Fue un movimiento desesperado e irreflexivo, pero casi dio resultado. Justo cuando abría las mandíbulas sintió que un ala se agitaba contra su hocico, pero eso fue todo lo que consiguió. Su almuerzo se esfumó en el aire, escapando junto con todos los demás pájaros del jardín, y hete ahí que Míster Bones se quedó solo de repente, galopando de acá para allá en un frenesí de frustración, dando brincos en el aire y ladrando, rugiendo contra todo, aullando de rabia, derrotado, y mucho después de que el último pájaro hubo desaparecido en torno a la aguja de la iglesia del otro lado de la avenida, siguió ladrando: contra sí mismo, contra el mundo, contra nada en particular.

Dos horas más tarde descubrió un cucurucho de helado que se derretía en la acera cerca del Museo Marítimo (vainilla *y* fresa, con la suave y dulce bola espolvoreada de chocolate), y luego, menos de quince minutos después, se encontró con los restos de un envoltorio de pollo frito Kentucky que habían dejado en un banco público: un envase rojo y blanco de comida para llevar, que contenía tres muslos parcialmente consumidos, dos alas sin tocar, una galleta y un mazacote de puré de patatas empapado de una salsa parda y salada. La comida le ayudó a recobrar cierta confianza, pero bastante menos de lo que hubiera cabido esperar. El descalabro del monumento le había afectado mucho, y durante horas el recuerdo del ataque frustrado siguió clavado en su conciencia como un cuchillo. Se había deshonrado, y aunque trataba de no pensar demasiado en lo ocurrido, no podía escapar a la sensación de que era un verdadero fracaso, un viejo acabado.

Pasó la noche en un solar, encogido de miedo bajo una profusión de matorrales y estrellas diminutas, apenas capaz de mantener los ojos cerrados durante cinco minutos seguidos. Si el día había sido malo, la noche fue aún peor, pues era la primera que pasaba solo, y la ausencia de Willy era tan fuerte, tan palpable en el aire que le rodeaba, que Míster Bones apenas hizo otra cosa que yacer inmóvil en su sitio y añorar la cercanía del cuerpo de su amo. Cuando al fin logró caer en algo parecido al verdadero sueño, casi había amanecido y tres cuartos de hora después los primeros rayos del sol naciente le obligaron a abrir los ojos de nuevo. Se puso en pie y se sacudió, y en ese momento una tremenda pesadez se apoderó de sus miembros. Era como si todo se hubiera vuelto oscuro, como si se produjera un eclipse en su alma, y aunque nunca llegó a descubrir exactamente cómo lo supo, estaba seguro de que había llegado la hora de que Willy abandonase este mundo. Era tal como había vaticinado el sueño. Su amo estaba a punto de morir, y dentro de un minuto la hermana Margaret entraría en la habitación y le pondría el

espejo delante de los labios, y luego la señora Swanson se llevaría las manos a la cara y rompería a llorar.

Cuando llegó el momento fatal, se le doblaron las patas y cayó al suelo. Fue como si el aire mismo lo aplanara, y durante unos minutos quedó tendido entre tapones de botellas y latas de cerveza vacías, incapaz de moverse. Tenía la impresión de que se iba a desintegrar, de que se le iban a escapar los fluidos vitales, y cuando se quedara seco del todo se convertiría en un montón de rígidos huesos, en un pedazo de algo que fue perro pudriéndose bajo el sol de Maryland. Luego, de forma tan inesperada como se había presentado, la pesadez empezó a desaparecer y sintió que la vida renacía en su interior. Pero ahora Míster Bones quería morirse, y en vez de levantarse y alejarse del lugar donde había sentido la muerte de Willy, se echó de espaldas y extendió las patas, poniendo al descubierto la garganta, el vientre y los genitales. En esa posición era sumamente vulnerable a cualquier ataque. Despatarrado con la inocencia de un cachorro, esperaba que Dios lo fulminara con la muerte, plenamente dispuesto a ofrecerse en sacrificio ahora que su amo había desaparecido. Pasaron unos minutos más. Míster Bones cerró los ojos, preparándose para el golpe deslumbrante y extático que vendría del cielo, pero Dios no le prestó atención —o no lo encontró—y poco a poco, a medida que el sol iba disolviendo las nubes, Míster Bones comprendió que no estaba destinado a morir aquella mañana. Se dio la vuelta y se puso en pie. Luego, alzando la cabeza hacia el cielo, se llenó de aire los pulmones y emitió un largo y potente aullido.

Hacia las diez se encontró con una pandilla de seis chicos de doce años. Al principio pareció un golpe de suerte, y durante un par de horas le trataron a cuerpo de rey. Le dieron de comer galletas saladas, bocadillos de salchichas y cortezas de pizza, y Míster Bones correspondió a su generosidad haciendo lo posible por tenerlos entretenidos. Nunca había tenido mucho que ver con niños, pero a lo largo de los años había visto lo suficiente para saber que eran imprevisibles. Tenía la sensación de que aquellos chicos formaban un grupo especialmente bullanguero y alborotador. No hacían más que insultarse, fanfarronear e intercambiar observaciones jactanciosas, y al cabo del rato de estar con ellos observó que encontraban un placer poco común en darse puñetazos unos a otros y en sacudirse golpes subrepticios en la cabeza. Acabaron en un parque y durante una hora o así jugaron al fútbol, dándose unos encontronazos tan vehementes que Míster Bones empezó a alarmarse pensando que alguno podría resultar herido. Era el final de las vacaciones de verano. Pronto volverían a empezar las clases y los chicos estaban irritables y aburridos, deseosos de armar jaleo. Cuando se acabó el partido, se acercaron al borde de un estanque y empezaron a tirar piedras para hacerlas saltar

sobre la superficie del agua. Eso degeneró rápidamente en una polémica sobre quién había arrancado más saltos a su piedra, lo que a su vez condujo a varias discusiones acaloradas. Míster Bones, que despreciaba toda forma de conflicto, decidió romper la creciente hostilidad del ambiente tirándose de cabeza al agua y trayendo una de las piedras. Nunca había tenido mucho interés en recobrar objetos. Willy siempre había rechazado ese juego por considerarlo indigno de la inteligencia de su amigo, pero Míster Bones conocía la impresión que se llevaba la gente cuando los perros corrían alegremente de vuelta hacia sus amos con palos y pelotas entre los dientes, así que actuó en contra de sus propios instintos y se arrojó al agua. La zambullida causó una gran conmoción en el estanque, e incluso cuando se sumergió bajo el agua y atrapó hábilmente entre las mandíbulas una piedra que se hundía, oyó a uno de los chicos que le insultaba por haber provocado aquella interferencia. Había estropeado el juego, aseguraba el chico, y el agua tardaría cinco minutos en quedarse lo bastante quieta para empezar de nuevo. Puede que sí, pensó Míster Bones mientras nadaba hacia la orilla, pero imagínate la sorpresa que se llevará cuando le suelte esta estúpida piedrecita a los pies. No todos los perros son capaces de hacer un numerito como éste. Sin embargo, cuando llegó frente al enfurecido muchacho y soltó la piedra, fue recibido con una patada en las costillas.

—Perro tonto —dijo el chico—. ¿Para qué nos has alborotado el agua?

Míster Bones soltó un aullido de dolor y sorpresa, e inmediatamente estalló otra discusión entre los chicos. Algunos condenaban la patada, otros la aplaudían, y poco después dos de ellos rodaban por el suelo enzarzados en una pelea, recreando la antiquísima pugna de la fuerza contra la razón. Míster Bones se apartó unos metros, poniéndose a cubierto, se sacudió el agua del pelaje y luego se quedó esperando a que le llamara alguno de los chicos más amables. Pese a toda su buena voluntad por enterrar el hacha de guerra, nadie se dignó mirarlo siquiera. La pelea continuó y cuando al fin acabó, uno de los chicos lo vio, cogió una piedra y se la tiró. No le acertó por un metro o así, pero Míster Bones ya había visto suficiente para comprender el mensaje. Se dio la vuelta y echó a correr, y aunque un par de chicos le gritaron que volviese, no dejó de correr hasta que llegó al otro extremo del parque.

Pasó una hora enfurruñado bajo un zarzal. No es que la patada le hubiera hecho mucho daño, pero le había bajado la moral, y estaba decepcionado consigo mismo por haber interpretado tan mal la situación. Tenía que aprender a ser más precavido, se dijo, a ser menos confiado, a creer lo peor de la gente hasta que demostrara sus buenas intenciones.

Era una lección muy triste que asimilar en etapa tan tardía de la vida, pensó, pero si quería afrontar las dificultades que le esperaban en lo sucesivo, tendría que endurecerse y seguir el plan de estudios. Lo que necesitaba era establecer ciertos principios generales, sólidas normas de conducta a las que pudiera recurrir en momentos críticos.

Basándose en su experiencia reciente, no fue difícil encontrar el primer punto de la lista. Nada de chavales. Nada de personas con menos de dieciséis años, especialmente chicos. Carecían de compasión, y, desprovisto de esa virtud, un ser de dos patas no era mejor que un perro rabioso.

Justo cuando se disponía a salir de debajo del matorral para proseguir su camino, se encontró con una blanca zapatilla de deporte a unos cincuenta centímetros del hocico. Se parecía tanto a la que había aterrizado poco tiempo atrás en su costado, que a Míster Bones casi se le atragantó la saliva en la garganta. ¿Había vuelto el sinvergüenza para continuar la faena? El perro retrocedió, adentrándose aún más en la maraña de arbustos, enganchándose el pelo entre las zarzas. En qué situación tan deprimente se encontraba, pensó, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Tenía que seguir oculto, con la tripa pegada al suelo y una docena de espinas clavadas en el lomo, esperando que aquel bravucón se cansara de estar allí plantado y se marchara.

Pero Míster Bones no iba a tener esa suerte aquel día. El rufián se mantuvo firme, negándose a abandonar, y en vez de irse a hacer diabluras a otro sitio del parque, se puso en cuclillas frente al matorral y separó unas ramas para echar una mirada al interior. Míster Bones gruñó, dispuesto a abalanzarse sobre aquel matón si era necesario.

—No tengas miedo —dijo el chico—. No voy a hacerte daño.

Y un cuerno que no, pensó Míster Bones, y como seguía teniendo demasiado miedo para bajar la guardia, no se dio cuenta de que la amable voz que se oía entre las ramas no era un truco, sino la voz de un chico distinto.

—He visto lo que te han hecho —prosiguió el chico nuevo—. Son unos capullos, esos tíos. Los conozco del colegio. Ralph Hernández y Pete Bondy. Al que anda con unos asquerosos como ésos siempre termina pasándole algo malo.

Quien hablaba había asomado la cabeza lo suficiente como para que Míster Bones viese claramente sus facciones, y por fin comprendió que no se encontraba ante su torturador. El rostro pertenecía a un chino de unos diez u once años, y en aquel primer instante indeleble Míster Bones consideró que era uno de los rostros humanos más encantadores que había tenido el placer de contemplar jamás. Bueno, ya estaba bien de principios generales y de normas de conducta. Aquel niño no pretendía hacerle daño, y si Míster Bones se equivocaba en eso, entonces devolvería su placa de perro y pasaría el resto de su vida convertido en puerco espín.

—Me llamo Henry —anunció el niño—. Henry Chow. ¿Cómo te llamas tú?

Ja, pensó Míster Bones. Un graciosillo. ¿Y cómo cree que voy a contestarle?

Sin embargo, como del resultado de la conversación dependían tantas cosas, decidió emplearse a fondo. Enterrado entre ramas secas y hojas muertas, alzó la cabeza y emitió una serie de tres rápidos ladridos: gua gua guau. Fue un perfecto anapesto, en el que cada sílaba de su nombre contenía el adecuado énfasis, equilibrio y duración. Durante unos breves segundos fue como si las palabras *Míster Bones* se hubiesen reducido a su esencia sonora, a la pureza de una frase musical.

—Buen perro —comentó el joven Henry, ofreciéndole la mano derecha en signo de paz—. Entiendes rápido, ¿verdad?

Míster Bones ladró una vez más para comunicar su asentimiento y luego se puso a lamer la mano tendida ante él. Poco a poco, Henry le convenció de que abandonara la seguridad de su escondite, y en cuanto Míster Bones hubo salido del todo, el chico se sentó en el suelo junto a él y entre numerosas palmaditas en la cabeza y besos en la cara, le quitó con cuidado las hojas y espinas que se le habían metido en el pelaje.

Así empezó una ejemplar amistad entre el perro y el niño. En cuanto a la edad, sólo los separaban tres años y medio, pero el muchacho era joven y el perro viejo, y debido a esa diferencia cada uno acabó dando al otro algo que nunca había conocido antes. Para Míster Bones, Henry fue la prueba de que el amor no era una sustancia cuantificable. Siempre había más en alguna parte, e incluso cuando se perdía uno, no era en absoluto imposible encontrar otro. Para Henry, hijo único cuyos padres tenían un horario de trabajo muy largo y se negaban rotundamente a dejar que

entrara un animal en su casa, Míster Bones era la respuesta a sus plegarias.

No obstante, aquella amistosa alianza no dejaba de tener sus escollos y sus peligros. Cuando Henry empezó a hablar de su padre, Míster Bones comprendió que la unión con aquel chico no era en modo alguno tan propicia como había parecido a primera vista. Se habían puesto despacio en camino hacia la calle donde vivía la familia Chow, y mientras Henry continuaba describiendo los diversos problemas que deberían afrontar conjuntamente, Míster Bones se encontró pasando de la ansiedad al miedo y al absoluto terror. Si ya era bastante preocupante que al padre de Henry no le gustaran los perros y que a Míster Bones se le negara la entrada en la casa, más aún lo era el hecho de que incluso después de que le hubieran encontrado acomodo, su presencia debiera permanecer en secreto para el señor Chow. Si el padre de Henry llegaba a tener el menor indicio de que había un perro en la vecindad, el chico recibiría un castigo tan severo que desearía no haber nacido. Habida cuenta de que el señor Chow vivía y trabajaba en el mismo edificio, casi era una ridiculez pensar que no iban a descubrirlos. El apartamento de la familia estaba en el primer piso, el negocio familiar se atendía en la planta baja, y el padre de Henry andaba siempre por allí, durmiendo o trabajando, mañana, tarde y noche.

—Sé que no hay buenas perspectivas —dijo Henry—. Pero yo estoy dispuesto a intentarlo si tú lo estás.

Bueno, por lo menos el chico tenía temple. Y lo acompañaba con una voz agradable, añadió para sí Míster Bones, haciendo todo lo posible por ver el lado positivo de la situación y dar gracias por lo que tenía. Lo que no sabía en aquel momento, sin embargo, era que lo peor aún estaba por venir. Había oído lo malo, había oído lo peor, pero hasta que Henry se puso a hablar de escondites no comprendió el absoluto horror en que se estaba metiendo.

Estaba el callejón, dijo Henry. Ésa era una posibilidad, y si Míster Bones estaba dispuesto a dormir en una caja de cartón y prometía no hacer ningún ruido, podrían salirse con la suya. Otra opción era el jardín, en la parte de atrás. No era muy grande —sólo un montón de hierbas, en realidad, con unos frigoríficos oxidados y estanterías metálicas corroídas alineadas a lo largo de la cerca, pero a veces los camareros salían a fumar, y muchas noches, sobre todo cuando hacía buen tiempo, a su padre le gustaba dar un paseo por allí después de cerrar el restaurante. Lo llamaba

«beber las estrellas», y según Henry siempre dormía mejor si se tomaba su dosis de cielo antes de subir al piso de arriba y meterse en la cama.

Henry siguió hablando durante un rato sobre las costumbres de su padre a la hora de dormir, pero Míster Bones ya no escuchaba. El chico había pronunciado la palabra fatal, y cuando Míster Bones se dio cuenta de que el *restaurante* en cuestión no era simplemente un puesto de salchichas de tres al cuarto sino un *restaurante chino,* a punto estuvo de darse la vuelta y salir corriendo. ¿Cuántas veces le había prevenido Willy contra aquellos sitios? El día anterior por la mañana, sin ir más lejos, le había soltado un sermón de quince minutos sobre el tema, ¿y ahora no iba a seguir sus consejos traicionando así la memoria de su querido amo? Aquel Henry era un tío bastante legal, pero si las palabras de Willy contenían siquiera una mínima partícula de verdad, quedarse con el chico equivaldría a firmar su propia sentencia de muerte.

Sin embargo, no se atrevía a marcharse. Sólo había estado cuarenta minutos con

Henry, y el apego que sentía hacia él ya era demasiado fuerte para largarse sin decir adiós. Dividido entre el miedo y el cariño, optó por una decisión intermedia, que era el único camino que podía tomar dadas las circunstancias. Simplemente se detuvo, se paró en seco en la acera, se echó al suelo y se puso a gimotear. Henry, que no sabía mucho de perros, no tenía idea de cómo interpretar aquella reacción súbita e inesperada. Se agachó junto a Míster Bones y empezó a pasarle la mano por la cabeza, y el perro, presa de la angustia de la indecisión, no dejó de percibir la ternura con que le acariciaba el muchacho.

—Estás hecho polvo —dijo Henry—. Yo no hago más que hablar mientras tú estás agotado y hambriento, y ni siquiera me he molestado en darte de comer.

A eso siguió una hamburguesa grande, rematada con una bolsa de patatas fritas, y cuando Míster Bones hubo devorado aquellas deliciosas ofrendas sintió que el chico podía hacer con él lo que quisiera. Si huyes de esto, morirás en la calle. Vete con él, y morirás en su casa. Pero al menos estarás con Henry, y si la muerte está en todas partes, ¿qué más da adonde vayas?

Y así fue como Míster Bones desoyó las enseñanzas de su amo y acabó viviendo a las puertas del infierno.

Su nuevo hogar era una caja de cartón que en sus tiempos contuvo un enorme aparato de aire acondicionado. Para mayor precaución, Henry la encajó entre la cerca y uno de los frigoríficos viejos del jardín. Allí era donde Míster Bones dormía por la noche, acurrucado en su oscura celda hasta que el muchacho llegaba a buscarlo por la mañana, y como Henry era un chico listo y había excavado un hoyo bajo la cerca, Míster Bones pasaba a rastras al jardín de al lado —evitando así tanto la puerta trasera del restaurante como la lateral— y se reunía con su joven amo en la otra esquina de la manzana para iniciar su excursión diaria.

No crean que el perro no tenía miedo, y tampoco piensen que no se daba cuenta de los peligros que le acechaban, pero al mismo tiempo sepan que jamás lamentaría ni por un momento la decisión de quedarse con Henry. El restaurante le proporcionaba un surtido inacabable de manjares exquisitos, y por primera vez desde la muerte de *Mamá—san* cuatro años atrás, Míster Bones tenía más que suficiente para comer. Costillas y albóndigas de pasta, fideos de sésamo y arroz frito, queso de soja en salsa marrón, pato estofado y albondiguillas de cerdo más ligeras que el aire: una variedad interminable, y cuando se inició en las maravillas de la cocina china apenas podía contenerse ante la idea de lo que Henry le traería la próxima vez. Su estómago nunca había sido tan feliz, y aunque en ocasiones su digestión se resentía a consecuencia de especias o condimentos demasiado

fuertes, aquellas intermitentes erupciones del vientre parecían un pequeño precio que pagar por el placer de las comidas mismas. Si aquel régimen embriagador tenía algún inconveniente, era la punzada de lo desconocido que se le clavaba en la conciencia siempre que su lengua se encontraba con un sabor imposible de identificar. Los prejuicios de Willy incrementaban sus miedos, y mientras hincaba el diente en la nueva y extraña pitanza, inevitablemente pensaba si se estaría comiendo a un congénere. Dejaba entonces de masticar, súbitamente paralizado de remordimiento, pero ya era demasiado tarde. Sus glándulas salivales ya estaban activadas, y con las papilas gustativas ansiosas por seguir saboreando el nuevo hallazgo, su apetito siempre ganaba la partida. Tras la breve pausa, su lengua acometía de nuevo la comida, y antes de darse cuenta de que estaba cometiendo un pecado, lamía la fuente hasta dejarla limpia. De manera inevitable, seguía un momento de tristeza. Luego, en un intento de aliviar su conciencia culpable, se decía que si a él también le aguardaba el mismo destino, sólo esperaba saber tan bien como lo que acababa de comer.

Henry compró unos paquetes de semillas de rábanos y las plantó alrededor de la caja de Míster Bones. La huerta le servía de tapadera, y cuando sus padres le preguntaban por qué pasaba tanto tiempo en el jardín, sólo tenía que mencionar los rábanos para que asintieran con la cabeza y le dejaran en paz. Era raro empezar a trabajar la huerta con la estación tan avanzada, comentó su padre, pero Henry ya tenía preparada la contestación. Los rábanos germinan en dieciocho días, argumentó, y brotarían mucho antes de que empezara a hacer frío. Si le dejaban hablar siempre sabía salir de las situaciones apuradas, y con su habilidad para mangar calderilla y algún que otro billete del bolso de su madre junto con sus incursiones nocturnas a la cocina en busca de restos, se lo montó bastante bien para que él y su nuevo amigo pudieran vivir tranquilos. No fue culpa suya que su padre diera algún que otro susto a Míster Bones cuando salía al jardín en plena noche para inspeccionar los progresos de los rábanos. Cada vez que el haz de la linterna pasaba frente a la caja de Míster Bones, el perro temblaba en la oscuridad de su cubículo, seguro de que el fin era inminente. Algunas veces, el olor a miedo que desprendía su cuerpo era tan fuerte que el señor Chow llegaba a detenerse para husmear el aire, como sospechando que pasaba algo. Pero como no sabía lo que buscaba, al cabo de unos momentos de perpleja reflexión soltaba una incomprensible retahila de frases en chino y volvía a casa.

Por horripilantes que fuesen aquellas noches, Míster Bones siempre las olvidaba en cuanto ponía los ojos en Henry por la mañana. Su jornada empezaba en la esquina secreta, justo enfrente del cubo de basura y del expendedor de periódicos, y durante las ocho o diez horas siguientes parecía que el restaurante y la caja de cartón no fuesen sino imágenes de una pesadilla. Deambulaban juntos por la ciudad, dando vueltas sin ton ni son, y aquellas jornadas de paseos sin rumbo se parecían tanto a la despreocupada época pasada junto a Willy, que Míster Bones no tenía dificultad para comprender lo que se esperaba de él. Henry era un niño solitario, un muchacho acostumbrado a estar solo y a vivir encerrado en sus cavilaciones, y ahora que tenía un compañero con el que pasar el día, hablaba sin parar, formulando hasta el más nimio y efímero pensamiento que a sus once años le pasaba por la cabeza. A Míster Bones le encantaba escucharle, le gustaba el flujo de palabras que acompañaba sus pasos, y como aquellos monólogos inconexos también le recordaban a su amo muerto, se preguntaba si Henry Chow no era su auténtico *y* legítimo heredero, el mismísimo espíritu reencarnado del incomparable Willy G. Christmas.

Eso no significaba, sin embargo, que Míster Bones entendiera siempre lo que su nuevo amo decía. Las preocupaciones de Henry eran completamente distintas de las de Willy, y muchas veces el perro no sabía

cómo reaccionar cuando el muchacho se ponía a hablar de sus temas preferidos. ¿Cómo podía esperarse que Míster Bones supiese lo que era un promedio de carreras o cuántos puestos habían perdido los Orioles en la liga? En todos los años que había pasado con Willy, el poeta no había tocado una sola vez el tema del béisbol. Ahora, de la noche a la mañana, parecía haberse convertido en un asunto de vida o muerte. Lo primero que Henry hacía por la mañana nada más encontrarse con Míster Bones en la esquina era introducir unas monedas en el expendedor de periódicos y sacar un ejemplar del *Baltimore Sun.* Luego, tras cruzar apresuradamente la calle, se sentaba en un banco, abría la sección de deportes y le leía a Míster Bones una crónica del partido de la víspera. Si los Orioles habían perdido, su voz era triste y melancólica, a veces hasta tenía un dejo de rabia. Míster Bones aprendió a desear la victoria y a temer la perspectiva de una derrota, pero nunca llegó a entender del todo lo que Henry quería decir cuando hablaba del «equipo». Un *oriol* era un pájaro, no un grupo de hombres, y si la figura de color naranja que Henry llevaba en su gorra negra era efectivamente una oropéndola, ¿cómo podía participar en algo tan extenuante y complejo como el béisbol? Tales eran los misterios del mundo nuevo en el que había entrado. Oropéndolas que se enfrentaban con tigres, urracas que peleaban con ángeles, oseznos que combatían con gigantes..., eso no tenía sentido alguno. Un jugador de béisbol era un hombre, pero en cuanto se unía a un equipo se convertía en un animal, en un mutante o en un espíritu que vivía en el cielo cerca de Dios.

Según Henry, había una oropéndola en la bandada de Baltimore que destacaba entre todos las demás. Se llamaba Cal, y aunque no era más que un pájaro que jugaba al béisbol, también parecía encarnar los atributos de otros animales diversos: la resistencia de una bestia de carga, el coraje de un león y la fuerza de un toro. Todo eso ya era bastante desconcertante, pero cuando Henry tomó la decisión de ponerle otro nombre y llamarle Cal —abreviatura de Cal Ripken Junior Segundo—, Míster Bones cayó en un estado de auténtica confusión. No es que se opusiera en principio, sino que, al fin y al cabo, no se encontraba en condiciones de decir a Henry su verdadero nombre, y como el muchacho tenía que llamarle de alguna manera, Cal parecía un nombre tan bueno como cualquier otro. El único problema era que rimaba con Al, y las primeras veces que Henry lo pronunció, pensó automáticamente en el viejo amigo de Willy, el atildado Al Saperstein, propietario de la tienda de artículos de broma que solían visitar en la Avenida Surf de Coney Island. En su imaginación volvía a ver a tío Al, vestido de punta en blanco con su pajarita amarilla y su chaqueta de pata de gallo, y entonces estaba otra vez en la tienda, viendo cómo Willy deambulaba por los pasillos y examinaba los timbres que sonaban cuando la gente se estrechaba la mano, los cojines pedorros y los puros explosivos. Le parecía penoso

encontrarse así con Willy, la forma en que su antiguo amo surgía de entre las sombras y se paseaba ufanamente por ahí como si aún estuviera vivo, y cuando tales recuerdos inesperados se juntaban con la incesante charla de Henry sobre la oropéndola Cal, y a eso se añadía el hecho de que la mitad de las veces que el muchacho pronunciaba ese nombre se refería en realidad a Míster Bones, no era de extrañar que el perro no siempre estuviese seguro de quién era ni de a qué tenía que responder.

Pero no importaba. Acababa de llegar al planeta Henry y era consciente de que aún tardaría un tiempo en sentirse completamente a gusto. Al cabo de una semana de estar con el chico, ya empezaba a cogerle la onda, y de no haber sido por una mala pasada del calendario podría haber hecho inimaginables progresos. Pero el verano no era la única estación del año, y como se acercaba el momento de que Henry volviera al colegio, se acabaron de pronto los días tranquilos de pasear y hablar y soltar cometas en el parque. La víspera de empezar sexto, Henry hizo esfuerzos por permanecer despierto y se quedó tumbado en la cama con los ojos abiertos hasta asegurarse de que sus padres se habían dormido. Poco después de medianoche, cuando finalmente no hubo moros en la costa, bajó sigilosamente por la escalera de atrás, salió al jardín y se metió en la caja de cartón con Míster Bones. Abrazándolo, le explicó al perro que a partir de entonces las cosas iban a cambiar.

—Cuando salga el sol por la mañana —dijo Henry—, los buenos ratos se habrán acabado definitivamente. Qué idiota soy, Cal. Iba a encontrarte otro sitio, algo mejor que esta horrible caja y este asqueroso jardín, pero no lo he conseguido. Lo he intentado, pero nadie ha querido ayudarme, y ahora ya no tenemos tiempo. No tendrías que haber confiado en mí, Cal. Soy un fracasado. Un retrasado mental, un verdadero mierda. Todo lo estropeo. Siempre ha sido y será así. Eso es lo que pasa cuando se es un cobarde. Me da mucho miedo hablarle de ti a mi padre, y si se lo digo a mi madre a sus espaldas, ella se lo contará de todos modos, y eso sólo empeoraría las cosas.

Eres el mejor amigo que he tenido en la vida, y lo único que he hecho ha sido decepcionarte.

Míster Bones no tenía la más remota idea de lo que Henry quería decir. El muchacho sollozaba demasiado fuerte como para que sus palabras se entendieran, pero a medida que continuaba el torrente de sílabas ahogadas y palabras entrecortadas, cada vez estaba más claro que aquel arrebato no era un estado de ánimo pasajero. Ocurría algo malo, y aunque Míster Bones no podía imaginarse de qué se trataba, la tristeza de Henry

empezó a afectarle y al cabo de unos minutos sintió la pena del muchacho como si fuese suya. Así son los perros. Quizá no siempre entiendan los matices de los pensamientos de sus amos, pero sienten lo que ellos sienten, y en este caso no cabía duda de que Henry Chow estaba bastante mal. Pasaron diez minutos, luego veinte, después treinta, y allí seguían el muchacho y el animal, apretujados en la caja de cartón, el chico con los brazos fuertemente enlazados en torno al perro, llorando a lágrima viva, y Míster Bones gimoteando solidariamente con él, alzando de cuando en cuando la cabeza para lamer las lágrimas del rostro del niño.

Finalmente, ambos se quedaron dormidos. Primero Henry, luego Míster Bones, y pese a lo sombrío de la ocasión, pese a lo angosto del alojamiento y a la escasez de aire que hacía difícil respirar dentro de la caja, el perro se animó con el calor del cuerpo que estaba junto a él, entusiasmado ante la perspectiva de no pasar otra noche solo y aterrorizado en la oscuridad. Por primera vez desde que se vio privado de Willy, durmió profundamente, sin que le inquietasen los peligros que le acechaban.

Empezó a amanecer. Una luz rosada se filtró por una juntura de la caja y Míster Bones se removió, tratando de soltarse de los brazos de Henry para estirarse un poco. Siguieron unos momentos de forcejeo, pero a pesar de los bruscos movimientos del perro, el niño siguió durmiendo, totalmente ajeno a la conmoción. Era notable la facilidad de los niños para dormir, pensó Míster Bones, colocándose finalmente en una posición en la que podía flexionar los agarrotados músculos, pero todavía era temprano —las seis un poco pasadas—, *y* teniendo en cuenta lo cansado que debió de dejarle su acceso de llanto de la noche anterior, seguramente era lógico que Henry siguiese dormido como un tronco. El perro observó en la oscilante penumbra la cara del niño —tan suave y redonda comparada con la prehistórica y barbuda jeta de Willy—, viendo cómo pequeñas burbujas de saliva se le desprendían de la lengua y se le juntaban en la comisura de los labios. El corazón de Míster Bones rebosó de ternura. Mientras Henry estuviera con él, pensó, no le importaría quedarse en aquella caja para siempre.

Diez segundos después, un fuerte ruido sacó a Míster Bones de su ensoñación. El estrépito le sacudió como un estallido, y antes de que pudiera atribuirlo a un pie humano que golpeaba la parte exterior de la caja, Henry abrió los ojos y se puso a gritar. Luego la caja empezó a elevarse del suelo. Un torrente de luz matinal inundó a Míster Bones, y por unos momentos pareció que se había quedado ciego. Oyó que un hombre gritaba en chino, y luego, un instante después, la caja volaba por el aire en dirección al sembrado de rábanos de Henry. Vestido con una

camiseta sin mangas y unos calzoncillos azules, el señor Chow se erguía sobre ellos, y las venas de su delgado cuello se hinchaban a medida que proseguía la retahila de palabras incomprensibles. Agitaba el dedo el aire, señalando una y otra vez a Míster Bones, y el perro le ladraba a su vez, confuso por la intensidad de la rabia de aquel hombre, por el sonido del llanto de Henry, por el súbito caos de toda la histérica escena. El hombre arremetió contra el perro, pero Míster Bones retrocedió ágilmente, manteniéndose a prudente distancia. Entonces el hombre se lanzó sobre el chico, que ya intentaba escapar metiéndose por el hoyo de debajo de la cerca, y como el niño no fue lo bastante rápido o había iniciado demasiado tarde la maniobra, su padre no tardó mucho en ponerle en pie de un tirón al tiempo que le daba un cachete en la nuca. Para entonces, la señora Chow también había aparecido en el jardín, saliendo como una tromba por la puerta de atrás vestida con un camisón de franela, y mientras el señor Chow seguía gritando a Henry y el muchacho continuaba emitiendo sus agudos chillidos de soprano, ella pronto incorporó sus propias quejas al barullo, desahogándose con su marido y su hijo. Míster Bones se retiró a la otra esquina del jardín. Entonces ya sabía que todo estaba perdido. Nada bueno podía salir de aquella refriega, al menos en lo que a él se refería, y por mucha lástima que sintiera por Henry, más pena sentía por sí mismo. La única solución era largarse de allí, levantar el campo y salir zumbando.

Esperó hasta que el hombre y la mujer empezaron a arrastrar al niño hacia la casa. Cuando se aproximaban a la puerta trasera, Míster Bones cruzó corriendo el jardín y pasó por el hoyo de debajo de la cerca. Se detuvo un momento, esperando que Henry

desapareciera por la puerta. Pero justo cuando iba a entrar, el niño se soltó de sus padres, se volvió hacia Míster Bones y, con aquella voz suya angustiada y desgarradora, gritó:

—¡Cal, no me dejes! ¡No me dejes, Cal!

Como en respuesta a la desesperación de su hijo, el señor Chow cogió una piedra del suelo y se la tiró a Míster Bones. Instintivamente, el perro retrocedió de un salto, pero nada más hacerlo se sintió avergonzado de sí mismo por no haberse mantenido firme. Miró cómo la piedra repiqueteaba en la cerca metálica sin hacer ningún daño.

Luego se despidió con tres ladridos, esperando que el muchacho comprendiera que estaba tratando de hablar con él. El señor Chow abrió

la puerta, la señora Chow metió dentro a Henry de un empujón y Míster Bones echó a correr.

No tenía idea de adonde se dirigía, pero era consciente de que no podía parar, de que tenía que seguir corriendo hasta que las patas le flaquearan o el corazón le estallara en el pecho. Si le quedaba alguna esperanza, una mínima posibilidad de sobrevivir unos días más, por no decir unas cuantas horas, entonces tendría que largarse de Baltimore. En aquella ciudad se juntaba todo lo malo. Era un lugar de muerte y desesperación, de gente que odiaba a los perros y de restaurantes chinos, y por un pelo no había acabado como un aperitivo fraudulento en un envase blanco de comida para llevar. Lo sentía por el chico, desde luego, pero teniendo en cuenta la rapidez con que Míster Bones había tomado cariño a su joven amo, era sorprendente lo poco que le había disgustado marcharse. La caja de cartón sin duda tenía algo que ver con ello. Las noches pasadas allí habían sido casi insoportables, ¿y de qué servía un hogar si uno no se sentía a salvo en él, si le trataban como a un paria precisamente en el sitio que debía servirle de refugio? No estaba bien encerrar a una criatura de Dios en una caja oscura. Eso es lo que hacían cuando la gente se moría, pero si uno estaba vivo, si aún le quedaba una pizca de energía, por respeto a sí mismo y a lo más sagrado no debía someterse a tales vejaciones. Estar vivo era lo mismo que respirar; respirar quería decir aire libre; y aire libre significaba cualquier sitio que no fuese Baltimore, Maryland.

Capítulo 4

Siguió corriendo durante tres días, y en todo ese tiempo apenas paró a dormir ni buscar comida. Cuando acabó por detenerse, Míster Bones se encontraba en alguna parte al norte de Virginia, tumbado en un prado a unos ciento cincuenta kilómetros al oeste del jardín de los Chow. A doscientos metros frente a él, el sol se ponía detrás de un robledo. Media docena de golondrinas revoloteaban de un lado para otro a media distancia, casi rozando el campo mientras surcaban el aire en busca de mosquitos, y a su espalda, en la penumbra de las ramas, los pájaros cantores gorjeaban los últimos estribillos antes de irse a dormir. Allí tumbado entre la alta hierba, con el pecho palpitante y la lengua colgando, Míster Bones se preguntó qué pasaría si cerraba los ojos, y en caso de que llegara a hacerlo, si podría abrirlos otra vez por la mañana. Así de cansado y hambriento, así de confuso estaba por los rigores de su maratoniana marcha. Si se quedaba dormido, le parecía perfectamente posible que no volviera a despertarse más.

Contempló el sol, que seguía hundiéndose detrás de los árboles, haciendo esfuerzos por mantener los ojos abiertos mientras la noche caía a su alrededor. No resistió más de unos minutos, pero incluso antes de que el cansancio ganara la partida, Míster Bones ya tenía la cabeza llena de recuerdos de Willy, breves imágenes de los lejanos días de Lucky Strike y aros de humo, de las gracias y payasadas de su vida en común en aquel mundo tan alejado en el tiempo. Era la primera vez desde la muerte de su amo que estaba en condiciones de pensar en tales cosas sin sentirse machacado de dolor, la primera vez que entendía que la memoria era un lugar, un sitio de verdad al que se podía ir, y que pasar unos momentos entre los muertos no era necesariamente malo, que podía ser en cambio una fuente de gran consuelo y felicidad. Entonces se durmió, y Willy siguió allí con él, vivo de nuevo en todo su grotesco esplendor, haciéndose pasar por ciego mientras bajaba las escaleras del metro guiado por Míster Bones. Fue aquel ventoso día de marzo de cuatro años y medio antes, recordó, aquella divertida tarde de grandes ilusiones y truncadas esperanzas, cuando se dirigieron a Coney Island para que tío Al conociese la Sinfonía de Olores. Willy se había puesto un gorro de Santa Claus para señalar la ocasión, y con los elementos de la Sinfonía metidos en una enorme bolsa de basura, que se había echado al hombro y le obligaba a

caminar encorvado, cualquiera le habría confundido con la versión ajumada del mismísimo Papá Noel. Era cierto que las cosas no marcharon muy bien una vez que llegaron allí, pero eso fue únicamente porque tío Al estaba de mal humor. No era su tío de verdad, claro está, sólo un amigo de la familia que había ayudado a los padres de Willy cuando llegaron de Polonia, y únicamente por una antigua lealtad a *Mamá—san y* su marido consentía que Willy y Míster Bones merodearan por su tienda. En realidad, Al no tenía mucho trabajo en la tienda de artículos de broma, y como cada vez iban menos clientes a comprar, había algunos objetos languideciendo en los estantes desde hacía diez, doce e incluso veinte años. Entonces no era más que una tapadera para sus otras actividades, la mayor parte ilegales, algunas no tanto, y si el turbio y embaucador Al no hubiese sacado buenas ganancias con fuegos artificiales, apuestas clandestinas y tabaco robado, habría cerrado para siempre aquel comercio polvoriento sin pensarlo dos veces. Sabe Dios qué chanchullo le habría salido mal aquel ventoso día de marzo, pero cuando Willy entró cargado con su Sinfonía de Olores y se puso a hablar atropelladamente de que tío Al y él se iban a hacer millonarios con su invento, el dueño de Yupilandia USA hizo oídos sordos a los argumentos de su falso sobrino.

—Estás mal de la cabeza, Willy —sentenció tío Al—. Como una puta cabra, ¿sabes?

E inmediatamente lo puso de patitas en la calle con su bolsa de basura llena de olores desagradables y laberintos plegables de cartón. Como no pensaba desistir ante un poco de escepticismo, Willy no perdió el entusiasmo y se dispuso a construir la Sinfonía en la acera, resuelto a demostrar a tío Al que efectivamente había encontrado una auténtica maravilla. Pero hacía viento aquel día, y en cuanto Willy metió la mano en la bolsa y empezó a sacar los diversos elementos de la *Sinfonía n.º 7* (toallas, esponjas, jerséis, chanclas, envases de Tupperware, guantes), el vendaval se apoderó de ellos y los lanzó a la calle, desperdigándolos en diversas direcciones. Willy echó a correr para recuperarlos, pero en cuanto la soltó, la bolsa también salió volando, y pese a toda su pretendida amabilidad hacia la familia Gurevitch, tío Al se quedó plantado en la puerta riéndose a carcajadas.

Eso fue lo que había pasado cuatro años y medio antes, pero en el sueño que Míster Bones tuvo aquella noche en el prado, Willy y él no llegaron a salir del metro. No cabía duda de que se dirigían a Coney Island (de ello daba fe el gorro rojo y blanco de Santa Claus, la repleta bolsa de basura, el arnés de lazarillo amarrado al pecho de Míster Bones), pero mientras que en la realidad el vagón de metro iba lleno hasta los topes, esta vez

Willy y él viajaban solos, eran los dos únicos pasajeros que iban hasta el final de la línea. En cuanto se dio cuenta de la diferencia, Willy se volvió hacia él y dijo:

—No te apures, Míster Bones. No es entonces, es ahora.

—¿Y qué significa eso? —respondió el perro, y con tanta naturalidad le salieron las palabras, con tal claridad fluyeron de una capacidad antigua y enteramente demostrada de hablar cuando tenía algo que decir, que Míster Bones no se asombró lo más mínimo del milagro que acababa de ocurrir.

—Significa que lo estás haciendo todo mal —dijo Willy—. Salir corriendo de Baltimore, andar deprimido por estúpidos prados, muñéndote de hambre sin razón alguna. No es eso, amigo mío. Como no encuentres otro amo, estás perdido.

—Encontré a Henry, ¿no? —objetó Míster Bones.

—Un chollo, ese muchacho, y leal hasta los tuétanos. Pero no valía. Eso es lo que pasa con los jóvenes. Podrán tener buenas intenciones, pero son unos incompetentes. Tienes que apuntar a lo más alto, Míster Bones. Descubrir quién es el jefe. Averiguar quién es la persona que manda y luego arrimarte a ella. Es la única manera. Necesitas otra colocación, y no la encontrarás hasta que empieces a utilizar la cabeza.

—Estaba desesperado. ¿Cómo iba a saber que su padre era un canalla semejante?

—Porque yo te había advertido sobre esos sitios, ¿no? En cuanto viste dónde te estabas metiendo, tenías que haber liado los bártulos y echado a correr.

—Lo hice. Y cuando me despierte mañana por la mañana voy a seguir corriendo. Ésa es mi vida ahora, Willy. Corro, y voy a seguir corriendo hasta que me caiga redondo al suelo.

—No renuncies a los hombres, Bonesy. Has recibido algunos golpes duros, pero tienes que sobreponerte e intentarlo otra vez.

—No se puede confiar en los hombres. Ahora ya lo sé.

—Pero confías en mí, ¿verdad?

—Sólo en ti, Willy. Pero eres diferente de los demás, y ahora que has muerto no hay sitio en el mundo donde no esté en peligro. Ayer, sin ir más lejos, estuvieron a punto de matarme de un tiro. Cruzaba un campo por un atajo cuando un tío se puso a perseguirme en una camioneta roja. Iba riéndose, encima, y entonces sacó una escopeta y disparó. Tuve suerte de que no me diera. Pero quién sabe lo que pasará la próxima vez.

—Sólo era un individuo. Por cada persona como ésa hay otra como Henry.

—No te salen las cuentas, amo. Puede que haya algunos locos aislados que tengan debilidad por los perros, pero la mayor parte cargaría la escopeta sin pensarlo dos veces en cuanto un ser de cuatro patas pusiera los pies en su terreno. Estoy asustado, Willy. Me da miedo ir al Este, me aterra ir al Oeste. Tal como están las cosas, creo que preferiría morirme de hambre aquí, en el campo, antes de que me den un balazo. Te matan por el solo hecho de respirar, y cuando te enfrentas a esa clase de odio, ¿de qué sirve intentarlo?

—Vale, ríndete si quieres. A mí me trae sin cuidado. Puedo decirte tranquilamente que todo va a salir bien, pero ¿qué sentido tendría mentirte? Puede que salga bien y puede que no. No soy adivino, y lo cierto es que no todas las historias tienen un final feliz.

—Eso es lo que trataba de decirte.

—Lo sé. Y no digo que no tengas razón.

Hasta aquel momento, el tren circulaba por el túnel a toda pastilla, sin detenerse en las estaciones vacías. De pronto, Míster Bones oyó un chirrido de frenos y el metro aminoró la velocidad.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Por qué hemos frenado?

—Tengo que bajarme —contestó Willy.

—¿Tan pronto?

Willy asintió con la cabeza y anunció:

—Me voy. Pero, antes de marcharme, quiero recordarte algo que quizá hayas olvidado. —Entonces ya estaba de pie, esperando a que se abrieran las puertas—. ¿Te acuerdas de *Mamá—san,* Míster Bones?

—Claro que me acuerdo de ella. ¿Por quién me tomas?

—Bueno, pues a ella también querían matarla. La persiguieron como a un perro, y tuvo que correr como alma que lleva el diablo. A las personas también las tratan así, amigo mío, y a veces tienen que dormir en graneros y campos porque no tienen otro sitio adonde ir. Antes de que empieces a compadecerte de ti mismo, recuerda que no eres el primer perro que se encuentra abandonado en el mundo.

Dieciséis horas más tarde, Míster Bones estaba a quince kilómetros al sur del prado donde había tenido aquel sueño, saliendo de una pequeña arboleda al borde de una nueva urbanización de casas de dos plantas. Ya no tenía miedo. Estaba hambriento, quizá, y bastante cansado, pero ya no sentía el terror acumulado de los últimos días. No tenía idea de cómo había ocurrido, pero el caso era que al despertarse se encontró mejor que nunca desde la muerte de su amo. Era consciente de que Willy no había ido con él en el metro, y de que tampoco sabía hablar, pero en el rescoldo de aquel sueño de cosas imposibles y

hermosas, tenía la sensación de que su amo seguía a su lado, y aunque de hecho no estaba con él, era como si Willy no dejara de observarle, y aunque los ojos que le miraban estuviesen realmente en su interior, en el fondo daba lo mismo porque aquellos ojos marcaban precisamente la diferencia entre estar solo en el mundo y no encontrarse solo. Míster Bones no estaba preparado para analizar las sutilezas de sueños, visiones y otros fenómenos mentales, pero sabía con certeza que su amo estaba en Tombuctú, y como acababa de estar con Willy, a lo mejor era que en el sueño él también se había trasladado a Tombuctú. Eso explicaría, quizá, por qué se había puesto a hablar de pronto, después de tantos años de intentarlo inútilmente. Y como ya había estado una vez en Tombuctú, ¿sería un disparate imaginar que pudiera volver otra vez, cerrando simplemente los ojos y teniendo por casualidad un sueño parecido? Imposible saberlo. Pero era un consuelo pensarlo, igual que había sido un

consuelo pasar un rato con su viejo amigo, aunque no hubiese ocurrido de verdad, aunque no volviese a suceder jamás.

Eran las tres de la tarde, y en el aire resonaba un estrépito de cortacéspedes, aspersores y pájaros. A lo lejos, en una invisible autopista hacia el Norte, el zumbido del tráfico era como un enjambre de abejas en el paisaje campestre. Había una radio encendida, y una voz de mujer se puso a cantar. Más cerca, oyó que alguien reía. Parecía la risa de un niño pequeño, y cuando Míster Bones llegó por fin al extremo del bosque por el que había merodeado durante la última media hora y asomó el hocico entre las ramas, vio que efectivamente así era. Un niño rubio de dos o tres años estaba sentado en el suelo a unos cuatro metros delante de él, arrancando manojos de césped y lanzándolos al aire. Cada vez que una lluvia de hierba le caía en la cabeza, estallaba en otra serie de risitas, aplaudiendo y dando saltos como si hubiera descubierto el truco más deslumbrante del mundo. A unos diez o doce metros detrás del niño, una niña con gafas paseaba de un lado para otro con una muñeca en los brazos, cantando bajito como si quisiera dormir a la criatura imaginaria. Era difícil calcularle la edad. Entre siete y nueve años, pensó Míster Bones. Pero podría ser una niña de seis años muy desarrollada o de diez poco desarrollada, aunque también de cinco aún más desarrollada o de once todavía menos. A la izquierda de la niña, una mujer con pantalones cortos blancos y una camiseta también blanca estaba en cuclillas delante de un macizo de flores rojas y amarillas, arrancando hierbas cuidadosamente con una azadilla. Se encontraba de espaldas, y como llevaba un sombrero de paja de alas sumamente anchas no se le veía la cara. Míster Bones sólo podía observar la curva de su espina dorsal, las pecas de los esbeltos brazos y un poco de la pálida rodilla, pero esos escasos elementos de juicio le bastaron para saber que no era mayor, apenas veintisiete o veintiocho años, lo que probablemente significaba que era la madre de los dos niños. Receloso de acercarse más, Míster Bones se quedó donde estaba, observando la escena desde su pequeño escondite en la linde del bosque. No había modo de averiguar si aquella familia estaba a favor o en contra de los perros, era imposible adivinar si iban a tratarle con amabilidad o a echarle de sus dominios. Una cosa era segura, sin embargo. Había ido a parar a un césped precioso. Mientras estaba allí, mirando la aterciopelada franja verde que se extendía ante sus ojos, pensó que no hacía falta mucha imaginación para adivinar el placer que sería revolcarse en aquella hierba y aspirar sus aromas.

Antes de resolver cuál sería su siguiente paso, los acontecimientos decidieron por él. El niño arrojó al aire otros dos puñados de césped, pero en aquel preciso momento se levantó una pequeña brisa y esta vez, en lugar de caer sobre su cabeza como antes, la hierba voló en dirección al

bosque. El niño volvió la cabeza para seguir la trayectoria de las partículas verdes, y Míster Bones, que recorría con la mirada el espacio que los separaba, vio que su expresión pasaba de una impasibilidad neutra, científica, a la sorpresa más absoluta. El perro había sido descubierto. El niño se puso en pie de un salto y se precipitó hacia él, chillando de felicidad mientras avanzaba como un pato con sus hinchados pañales de plástico, e inmediatamente, con todo su futuro de pronto pendiente de un hilo, Míster Bones decidió que era el momento que había estado esperando. No sólo no volvió al bosque, ni tampoco puso pies en polvorosa, sino que en una actitud absolutamente tranquila y confiada, pisó delicadamente el césped y dejó que el niño le echara los brazos al cuello.

—¡Perrito! —gritó el niño, apretándole con todas sus fuerzas—. Perrito bueno. Perrito grande y bonito.

Entonces vino la niña, corriendo por la hierba con la muñeca en los brazos y volviendo la cabeza para llamar a su madre.

—Mira, mamá —dijo—. Mira lo que ha encontrado Tigre.

En ese mismo momento, mientras el niño seguía abrazándolo, Míster Bones sintió una oleada de alarma en todo el cuerpo. ¿Dónde estaba ese tigre..., y cómo podía merodear un tigre por donde vivía la gente? Willy le había llevado una vez al zoológico, y conocía aquellos grandes gatos rayados de la selva. Eran aún mayores que los leones, y si alguna vez te encontrabas con una de aquellas fieras de colmillos afilados, ya podías despedirte del mundo. Un tigre despedazaría a cualquiera en unos doce segundos, y los trocitos que no quisiera comerse servirían de golosina para buitres y gusanos.

Sin embargo, Míster Bones no salió corriendo. Permitió que su nuevo amigo siguiera aferrado a él, soportando pacientemente el castigo de la fenomenal fuerza del pilluelo, con la esperanza de que le estuvieran engañando los oídos, de que simplemente hubiera entendido mal las palabras de la niña. Los caídos pañales estaban empapados de orines, y junto con el acre olor a amoniaco detectó indicios de zanahorias, plátanos y leche. La niña se había agachado junto a ellos y escrutaba la cara de Míster Bones con sus dilatados ojos azules. El misterio se aclaró súbitamente.

—Suéltalo, Tigre —ordenó la niña a su hermano—. Le vas a asfixiar.

—Amiguito —dijo Tigre, apretando aún más su abrazo, y aunque a Míster Bones le alegró descubrir que no iba a ser devorado por una fiera salvaje, la fuerte presión sobre su garganta le obligó a sacudirse. El niño no sería un tigre de verdad, pero eso no significaba que no fuese peligroso. A su modo, era más animal que Míster Bones.

Afortunadamente, la mujer llegó justo entonces y agarró al niño por el brazo, apartándolo de Míster Bones antes de que alguien se hiciera daño.

—Cuidado, Tigre —dijo—. No sabemos si es manso o no.

—Oh, sí que es manso —respondió la niña, palmeando suavemente a Míster Bones en la coronilla—. No hay más que mirarle a los ojos. Es muy manso, mamá. Yo diría que es el perro más manso que he visto en mi vida.

Míster Bones se asombró de la extraordinaria afirmación de la niña, y para demostrar lo comprensivo que era, que realmente era un perro que no guardaba rencor por nada, se puso a lamer la cara de Tigre en un arrebato de cariño pegajoso. El pequeñín aulló de placer, y aun cuando la embestida de la lengua de Míster Bones acabó haciéndole perder el equilibrio, el Tigre juguetón consideró que era lo más divertido que le había pasado nunca y siguió riéndose bajo el aluvión de besos del perro incluso cuando aterrizó en el suelo con su húmedo trasero.

—Bueno, por lo menos es simpático —dijo la mujer, como dando la razón a su hija en una cuestión importante—. Pero está hecho un verdadero asco. Creo que nunca he visto un animal más sucio, mugriento y descuidado que éste.

—Eso se arregla con un poco de agua y jabón —respondió la niña—. Míralo, mamá. No sólo es manso, sino que también es listo.

La mujer se echó a reír.

—¿Cómo lo sabes, Alice? No ha hecho otra cosa que lamerle la cara a tu hermano.

Alice se puso en cuclillas delante de Míster Bones y le puso las manos en los carrillos.

—Enséñanos lo listo que eres, amigo —dijo—. Haz una gracia o algo así, ¿vale? Ya sabes, como revolearte o ponerte de pie sobre las patas traseras. Demuéstrale a mamá que tengo razón.

Aquéllas no eran tareas difíciles para un perro de su temple, y acto seguido Míster Bones se puso a hacer una demostración de sus capacidades. Primero se revolcó en el césped —no una, sino tres veces—, y luego arqueó la espalda, levantó las patas delanteras a la altura del morro y poco a poco se incorporó sobre las de atrás. Hacía años que no intentaba aquella proeza, pero aunque le dolían las articulaciones y se tambaleaba más de lo que hubiese deseado, logró mantener la postura durante tres o cuatro segundos.

—¿Ves, mamá? ¿Qué te había dicho? —dijo Alice—. Es el perro más listo del mundo.

La mujer se puso en cuclillas hasta ponerse por primera vez a su nivel y le miró a los ojos, y aunque llevaba gafas de sol y aún tenía el sombrero de paja, Míster Bones vio que era muy guapa, con bucles rubios en la nuca y labios llenos y expresivos. Algo se estremeció en su interior cuando le habló arrastrando las palabras con su acento sureño, y cuando se puso a darle palmaditas en la cabeza con la mano derecha, Míster Bones tuvo la sensación de que el corazón se le iba a romper en mil pedazos.

—Entiendes lo que te decimos, ¿verdad, perrito? —dijo—. No eres un perro corriente, ¿eh? Y estás cansado y rendido y te hace falta meter algo en la barriga. ¿No es así, amiguito? Estás solo y perdido, y hecho verdaderamente polvo.

¿Hubo alguna vez chucho más afortunado que Míster Bones aquella tarde? Sin más deliberaciones, y sin más necesidad de utilizar sus encantos ni de demostrarles lo buen perro que era, el cansado Míster Bones fue conducido desde el jardín a la intimidad del hogar familiar. Allí, en una luminosa cocina blanca, rodeado de armarios recién pintados, relucientes utensilios metálicos y un aire de opulencia que habría sido incapaz de imaginar, Míster Bones comió hasta saciarse, dándose un atracón de sobras: tajadas de rosbif, una fuente de macarrones con queso, dos latas de atún y tres salchichas crudas, por no mencionar dos tazones y medio de agua que bebió a lametazos entre plato y plato. Habría querido contenerse, demostrarles que era un perro de apetitos moderados, que cuidar de él no sería ningún problema, pero cuando le pusieron delante la

comida, sencillamente le dominó el hambre y olvidó sus buenos propósitos.

Pero eso no pareció preocupar a sus anfitriones. Eran muy buenas personas y nada más ver a un perro sabían si estaba hambriento, y si Míster Bones tenía tanta hambre, ellas estaban encantadas de darle de comer hasta que se hartara. Comió sumido en un trance de satisfacción, ajeno a todo menos a los alimentos que le venían a la boca y se le deslizaban por la garganta. Cuando finalmente se acabó la comida y levantó la cabeza para ver lo que hacían los demás, observó que la mujer se había quitado el sombrero y las gafas de sol. Al agacharse para coger los platos del suelo, alcanzó a verle los ojos azules y se dio cuenta de que realmente era muy guapa, una de esas mujeres ante cuya presencia los hombres contenían la respiración.

—Bueno, perrito —dijo, pasándole la mano por la cabeza—, ¿te sientes mejor?

Míster Bones dejó escapar un pequeño eructo de agradecimiento y luego se puso a lamerle la mano. Tigre, a quien todos casi habían olvidado, se precipitó súbitamente hacia él. Atraído por el ruido del eructo, que le había hecho mucha gracia, el niño se inclinó sobre el hocico de Míster Bones y soltó un eructo fingido, lo que le divirtió aún más. Aquello estaba degenerando en una típica escena de taberna, y antes de que la situación se descontrolara, su madre lo cogió en brazos y se puso en pie. Miró a Alice, que estaba apoyada en la encimera observando a Míster Bones con sus ojos graves y atentos.

—¿Qué vamos a hacer con él, cariño? —preguntó la mujer.

—Creo que deberíamos quedárnoslo —contestó Alice.

—No podemos hacer eso. A lo mejor es de alguien. Si nos lo quedamos, sería como si lo hubiéramos robado.

—No creo que tenga un solo amigo en el mundo. Fíjate en él. Igual ha caminado mil kilómetros. Si no nos lo quedamos, se morirá. ¿Quieres tener ese cargo de conciencia, mamá?

Desde luego, la niña tenía un don. Sabía precisamente qué decir y cuándo decirlo, y en aquel momento, mientras la escuchaba hablar con su

madre, Míster Bones se preguntó si Willy no habría menospreciado la competencia de algunos niños. Alice quizá no fuese el jefe ni sería la que mandase, pero sus palabras iban justo al meollo del asunto y seguro que daban resultado, cambiando de signo la situación.

—Mira su collar, cariño —dijo la mujer—. Quizá tenga un nombre, una dirección o algo.

Míster Bones sabía perfectamente que no había nada, porque Willy nunca se había preocupado de esas cosas, ni permisos ni registros ni lujosas chapas de identidad. Alice se arrodilló junto a él y empezó a dar vueltas al collar en busca de alguna señal de nombre o dueño, y como él ya conocía el resultado aprovechó la ocasión para disfrutar del calor de su aliento, que sentía contra la parte de atrás de su oreja derecha.

—No, mamá —dijo la niña al cabo—. No es más que un collar viejo y raído.

Por primera vez en el breve tiempo que la conocía, el perro vio que la mujer vacilaba al tiempo que en sus ojos aparecía cierta confusión y tristeza.

—Por mí de acuerdo, Alice —dijo—. Pero no puedo dar el visto bueno hasta que haya hablado con tu padre. Ya sabes cómo odia las sorpresas. Esperaremos a que venga esta noche a casa y luego lo decidiremos todos juntos. ¿Vale?

—Vale —contestó Alice, un tanto desanimada por aquella respuesta tan vaga—. Pero si él dice que no, somos tres contra uno. Y lo justo es lo justo, ¿no? Tenemos que quedarnos con él, mamá. Me pondré de rodillas todo el día y rezaré a Jesús para que papá diga que sí.

—No tienes que hacer eso —replicó la mujer—. Si de verdad quieres ayudar, abre la puerta y deja salir al perro para que pueda hacer sus cosas. Y luego veremos si podemos asearlo un poco. Es la única manera de que nuestro plan salga bien. Tiene que dar buena impresión.

En buena hora se abrió la puerta para que saliera Míster Bones. Al cabo de tres días de privaciones, de no comer más que una pizca de sobras y basura, de hurgar en busca de cualquier comestible nocivo que pudiera encontrar, la pesada comida que acababa de engullir le cayó como un

puñetazo en el estómago, y con los jugos gástricos de nuevo en plena actividad, trabajando al doble o al triple de lo normal para contener la reciente avalancha, apenas pudo aguantarse para no ensuciar el suelo de la cocina y ser desterrado al exilio permanente. Se alejó trotando y trató de esconderse detrás de unos arbustos, pero Alice lo siguió hasta el final y, para su eterna vergüenza y confusión, estuvo presente cuando se abrió la espita y surgió un tremendo estallido de líquido salobre que regó la maleza bajo sus patas. Dejó escapar un breve gemido de asco, y él se sintió tan mortificado por haberla molestado con aquel acto tan desagradable que por unos momentos deseó hacerse todo pequeñito y desaparecer. Pero Alice no era una persona corriente, y aunque eso ya lo había comprendido él perfectamente, nunca habría creído posible que ella dijera lo que dijo a continuación.

—Pobre perro —murmuró, en un tono compungido y lleno de lástima—. Estás muy enfermo, ¿verdad?

Ése fue todo el discurso —sólo dos frases breves—, pero cuando Míster Bones oyó decir a Alice esas palabras, comprendió que Willy G. Christmas no era el único bípedo del mundo en el que se podía confiar. Resultaba que había otros, y algunos eran muy pequeños.

El resto de la tarde discurrió entre una bruma de placeres. Lo lavaron con la manguera del jardín, enjabonándole el pelo hasta hacerle montañas de espuma blanca, y mientras las seis manos de sus nuevos compañeros le restregaban el lomo, el pecho y la cabeza, no pudo dejar de acordarse de cómo había empezado el día..., y qué extraño y misterioso era que fuese a acabar así. Luego lo enjuagaron, y después de que se sacudiera para secarse y de que corriera unos minutos por el jardín, haciendo pis en diversos arbustos y árboles al límite de la parcela, la mujer se sentó a su lado durante lo que pareció muchísimo tiempo, buscándole garrapatas entre el pelaje. Explicó a Alice que su padre se lo había enseñado de niña en Carolina del Norte, y que el único método infalible era aplastar la cabeza de los bichos con las uñas. Y, una vez muertas, no había que tirarlas al suelo, ni tampoco despachurrarlas con el pie. Había que quemarlas, y aunque de ningún modo permitía a Alice que jugara con cerillas, ¿le hacía el favor de ir corriendo a la cocina y traerle la caja de Ohio Blue Tips que había en el primer cajón a la derecha del fogón? Alice hizo lo que le habían pedido, y durante un rato su madre y ella hurgaron en el pelo de Míster Bones, arrancándole una serie de garrapatas henchidas de sangre e incinerando a las malhechoras en pequeñas hogueras de llamas brillantes y fosforescentes. ¿Cómo no agradecerlo? ¿Cómo no regocijarse de que acabaran con aquel azote de llagas y

desesperantes picores? Míster Bones sentía tanto alivio por lo que le estaban haciendo que incluso dejó pasar sin rechistar la siguiente ocurrencia de Alice. Sabía que no tenía intención de insultarle, pero eso no significaba que no le doliese.

—No quiero que te hagas demasiadas ilusiones —dijo la mujer a la niña —, pero no sería mala idea dar un nombre a este perro antes de que tu padre llegue a casa. Así parecerá parte de la familia, y eso nos daría cierta ventaja psicológica. ¿Entiendes lo que quiero decir, cariño?

—Ya sé cómo se llama —declaró Alice—. Lo supe en cuanto lo vi. —La niña hizo una pausa para ordenar sus ideas—. ¿Recuerdas el libro que me leías cuando era pequeña? ¿Uno rojo con dibujos y todas aquellas historias de animales? Una era de un perro que se parecía a éste. Rescataba a un niño de un edificio en llamas y sabía contar hasta diez. ¿Te acuerdas, mamá? Me encantaba aquel perro.

Cuando hace un rato he visto que Tigre abrazaba a éste junto a los arbustos, era como un sueño hecho realidad.

—¿Cómo se llamaba aquel perro?

—Sparky. Se llamaba el Perro Sparky.

—Pues muy bien. A éste también le llamaremos Sparky.

Cuando Míster Bones oyó que la mujer estaba de acuerdo con aquel nombre ridículo, se sintió profundamente herido. Acostumbrarse a Cal le había costado bastante trabajo, pero aquello era llevar las cosas demasiado lejos. Había sufrido demasiado para que le cargaran con aquel mote cursi e infantil, con aquel diminutivo afectado que se inspiraba en un libro ilustrado para niños, y aunque todavía le quedara tanto tiempo de vida como el que había vivido hasta entonces, sabía que un perro de su melancólico carácter nunca se acostumbraría, que durante el resto de sus días se encogería de vergüenza cada vez que lo oyera.

Pero antes de que le diera una verdadera pataleta, se organizó un barullo en otra parte del jardín. Durante los últimos diez minutos, mientras Alice y su madre le quitaban los bichos que tenía incrustados en la piel, Míster Bones había estado observando a Tigre, que se entretenía dando patadas a una pelota de playa por el jardín. Cada vez que se le

escapaba, salía corriendo tras ella a toda velocidad, como un enloquecido jugador de fútbol que persiguiera un balón del doble de su tamaño. El niño era infatigable, pero eso no significaba que no pudiera resbalar y torcerse el dedo gordo del pie, y cuando por fin ocurrió el inevitable accidente, soltó un chillido de dolor lo bastante fuerte para hacer que el sol escapara del firmamento y las nubes se estrellaran contra el suelo. La mujer abandonó sus delicadas atenciones para ocuparse del niño, y cuando lo cogió en brazos y lo llevó dentro de la casa, Alice se volvió a Míster Bones y dijo:

—Así es Tigre. El noventa por ciento de las veces está riéndose o llorando, y cuando no hace ninguna de las dos cosas es que algo raro está a punto de ocurrir. Ya te irás acostumbrando, Sparky. Sólo tiene dos años y medio, y de los niños pequeños no se puede esperar nada bueno. Su verdadero nombre es Terry, pero le llamamos Tigre porque arma mucho jaleo. Yo me llamo Alice. Alice Elizabeth Jones. Tengo ocho años y nueve meses y acabo de empezar cuarto. Nací con unos agujeritos en el corazón y cuando era pequeña, mucho más pequeña de lo que Tigre es ahora, estuve un par de veces a punto de morirme. Yo no me acuerdo de nada, pero mamá dice que seguí viviendo porque dentro tenía un ángel que respiraba por mí, y que ese ángel me va a proteger siempre. Mamá se llama Polly Jones. Su nombre de antes era Polly Danforth, pero luego se casó con papá y se cambió el apellido. Mi papá es Richard Jones. Todo el mundo le llama Dick, y casi todos dicen que me parezco más a él que a mamá. Es piloto de líneas aéreas. Vuela a California, a Tejas y a Nueva York, a toda clase de sitios. Una vez, antes de que Tigre naciera, mamá y yo nos fuimos con él a Chicago. Ahora vivimos en esta casa tan grande. Nos hemos mudado hace unos meses, así que es una suerte que hayas venido ahora, Sparky. Tenemos mucho espacio y ya está todo arreglado, y si papá dice que nos podemos quedar contigo, entonces todo será perfecto.

Alice trataba de hacer que se sintiera a gusto, pero el resultado final de la desordenada presentación de su familia fue que a Míster Bones le entrara el pánico y se le revolviera el estómago. Su futuro estaba en manos de alguien que no conocía, y tras escuchar los diversos comentarios que se habían hecho de esa persona hasta el momento, parecía poco probable que la decisión se inclinara a favor del perro. Míster Bones sintió tal angustia que salió disparado de nuevo hacia los arbustos, y por segunda vez en una hora sus intestinos le traicionaron. Temblando de forma incontrolable mientras la mierda le salía a chorros, suplicó al dios de los perros que velase por su pobre organismo enfermo. Había entrado en la tierra prometida, había aterrizado en un mundo de verde césped, amables mujeres y comida abundante, pero si llegaban a expulsarlo de

aquel lugar, entonces sólo pedía que sus desgracias no se prolongaran más allá de lo que era capaz de soportar.

Cuando el Volvo de Dick se detuvo en el camino de entrada, Polly había dado de cenar a sus hijos —hamburguesas, patatas asadas y peras escarchadas, algo de lo cual llegó a las fauces de Míster Bones— y ya estaban los cuatro de nuevo en el jardín, regando las plantas a la hora en que la tarde daba paso a los primeros tintes del crepúsculo y el cielo empezaba a vetearse de penumbra. Míster Bones había oído a Polly decir a Alice que el vuelo de Nueva Orleans llegaba al aeropuerto de Dulles a las cuatro cuarenta y cinco, y que si el avión no venía con retraso y el tráfico no era muy denso, su padre estaría en casa sobre las siete. Minuto más, minuto menos, Dick Jones llegó puntualmente a esa hora. Había estado fuera tres días, y cuando los niños oyeron el coche que se acercaba, salieron corriendo del jardín y desaparecieron dando gritos por un costado de la casa. Polly no hizo movimiento alguno para ir tras ellos. Siguió regando tranquilamente sus plantas y flores y Míster Bones se quedó a su lado, decidido a no perderla de vista. Sabía que ya no había ninguna esperanza, pero si alguien podía salvarlo de lo que estaba a punto de suceder, ese alguien era ella.

Unos minutos después, el hombre de la casa apareció en el jardín con Tigre en un brazo *y* Alice tirándole del otro, y como llevaba el uniforme de piloto (pantalones azul oscuro; camisa azul claro adornada con trabillas e insignias), Míster Bones lo tomó por un poli. Fue una asociación automática, y con el terror intrínseco que tal asociación le había provocado siempre, se sintió impulsado a retroceder mientras Dick se acercaba, aunque veía con sus propios ojos que el hombre reía y parecía verdaderamente feliz de estar otra vez con sus hijos. Antes de que Míster Bones pudiera aclararse entre aquel embrollo de dudas e impresiones contradictorias, se vio envuelto en la escena del momento y a partir de entonces todo pareció ocurrir al mismo tiempo. En cuanto su padre salió del coche, Alice había empezado a hablarle del perro, y seguía con el tema cuando él apareció en el jardín y saludó a su mujer (un beso superficial en la mejilla), y cuanto más lata le daba poniendo por las nubes al maravilloso animalito que habían encontrado, más excitado se ponía su hermano. Gritando «Sparky» a pleno pulmón, Tigre se liberó del abrazo de su padre, echó a correr hacia Míster Bones y le echó los brazos al cuello. Para no ser menos que el mequetrefe de su hermano, Alice se acercó y, metiendo cuchara en el asunto, hizo un gran e histriónico despliegue de cariño hacia el perro asaltándolo con repetidos abrazos y melodramáticos besos, y con los dos niños hostigándolo así y tapándole las orejas con las manos, el pecho y la cara, se le escaparon las tres cuartas partes de lo que

decían los adultos. Lo único que oyó con cierta claridad fue el primer comentario de Dick.

—Así que éste es el famoso perro, ¿eh? Pues a mí me parece un chucho que da pena verlo.

Después de eso, a saber lo que pasó. Vio que Polly giraba la boca de la manguera para cortar el agua y luego dijo algo a Dick. Fue imposible oír la mayor parte de su conversación, pero por las palabras y frases que llegó a percibir, Míster Bones comprendió que Polly defendía su causa: «ha aparecido esta tarde en el jardín», «inteligente», «los niños piensan que». Y luego, después de que Dick le preguntó algo: «No tengo la menor idea. A lo mejor se ha escapado del circo. » Parecía bastante alentador, pero justo cuando había logrado liberar la oreja izquierda de las garras de Tigre para captar un poco más, Polly dejó caer la manguera al suelo y se alejó con Dick en dirección a la casa. Se pararon a un metro de la puerta trasera y siguieron hablando allí. Míster Bones estaba convencido de que en aquel momento se decidían cosas de capital importancia, pero aunque movían los labios ya no alcanzaba a oír una palabra.

Veía, sin embargo, que Dick le observaba, haciendo de cuando en cuando gestos hacia él con un vago movimiento de la mano mientras proseguía su diálogo con Polly, y Míster Bones, que estaba empezando a hartarse de las estentóreas muestras de cariño de Tigre y Alice, se preguntó si no sería buena idea tomar la iniciativa y hacer algo en su favor. En vez de quedarse quieto mientras su futuro estaba pendiente de un hilo, ¿por qué no impresionar a Dick haciendo alguna gracia canina, ejecutando alguna proeza sensacional que inclinara la balanza a su favor? Cierto que estaba agotado, cierto que le seguía doliendo el estómago y que tenía las patas espantosamente flojas, pero no permitió que esas pequeñeces le impidieran dar un salto y salir disparado hacia el otro extremo del jardín. Gritando de sorpresa, Tigre y Alice corrieron tras él y, justo cuando estaban a punto de atraparlo, hizo un quiebro y los dejó plantados, volviendo bruscamente en la dirección por donde había venido. De nuevo lo persiguieron, y otra vez esperó a que casi le pusieran las manos encima para zafarse de un brinco y alejarse de ellos. Hacía siglos que no corría tan deprisa, y aunque sabía que se estaba esforzando demasiado y que acabaría pagando las consecuencias, siguió adelante, orgulloso de torturarse en pro de tan noble causa. Al cabo de tres o cuatro carreras por el césped, se detuvo en medio del jardín *y* jugó con ellos a agacharse y regatear —la versión perruna del corre que te pillo—, y aunque apenas podía respirar, se negó a abandonar antes de que los niños cayeran rendidos al suelo frente a él.

Entretanto, el sol empezaba a ponerse. Nubes rosadas vetearon el cielo y el aire refrescó. Ahora que las carreras habían terminado, parecía que Dick y Polly estaban dispuestos a pronunciar su veredicto. Mientras yacía jadeante en la hierba con los dos niños, Míster Bones vio que los adultos volvían la espalda a la casa y echaban a andar hacia ellos, y aunque no estaba seguro de si su frenético arranque de buen humor había influido de algún modo en el resultado, se animó al observar la sonrisita de satisfacción que fruncía los labios de Polly.

—Papá dice que Sparky puede quedarse —anunció, y cuando Alice se levantó de un brinco y abrazó a su padre y Polly se agachó a coger en brazos al adormilado Tigre, un nuevo capítulo se abrió en la vida de Míster Bones.

Antes de que echaran las campanas al vuelo, sin embargo, Dick les expuso algunos puntos que había que tener en cuenta; la letra pequeña, por decirlo así. No es que no quisiera que todos estuviesen contentos, afirmó, pero de momento debía quedar entendido que sólo recogían al perro «en régimen de prueba», y si no se cumplían determinadas condiciones —y entonces lanzó a Alice una larga y severa mirada—, no había trato. Primero: bajo ninguna circunstancia se permitiría la entrada del perro en la casa. Segundo: si se descubría que no gozaba de una salud medianamente buena, tendría que marcharse. Tercero: a la mayor brevedad, había que concertar una cita en una peluquería canina. Al perro le hacía falta un corte de pelo, un buen lavado y una manicura, así como un buen reconocimiento para detectar garrapatas, piojos y pulgas. Cuarto: le tenían que capar. Y quinto: Alice se encargaría de darle de comer y de cambiarle la escudilla de agua sin que se le incrementara la asignación por servicios prestados.

Míster Bones no tenía idea de lo que significaba la palabra *capar,* pero entendió todo lo demás, y en conjunto no sonaba nada mal, salvo quizá lo del punto primero de que se le prohibía la entrada en la casa, pues no llegaba a comprender cómo un perro podía formar parte de una familia si no tenía derecho a entrar en su hogar. Alice debía de estar pensando lo mismo, porque en cuanto su padre llegó al último punto de la lista, intervino con una pregunta.

—¿Qué pasará cuando llegue el invierno? No vamos a dejarlo fuera con el frío que hace, ¿eh, papá?

—Claro que no —contestó Dick—. Lo instalaremos en el garaje, y si hace mucho

frío le dejaremos estar en el sótano. Es que no quiero que vaya soltando pelo por los muebles, eso es todo. Pero no te preocupes, que va a estar muy bien aquí fuera. Le pondremos una caseta estupenda y le haré un corral tendiendo un alambre entre esos dos árboles. Tendrá sitio de sobra para retozar y cuando se acostumbre estará más contento que unas pascuas. No tengas lástima de él, Alice. No es una persona, es un perro, y los perros no hacen preguntas. Se conforman con lo que tienen.

Con esa tajante afirmación, Dick puso la mano en la cabeza de Míster Bones y le dio un firme y masculino apretón, como para demostrar que al fin y al cabo no era un individuo con malas pulgas.

—¿No es eso, amigo? —le dijo—. No te vas a quejar, ¿verdad? Sabes perfectamente la suerte que has tenido cayendo aquí, y lo que menos te conviene es remover el asunto.

Un tipo dinámico, ese Dick, y aunque al día siguiente era domingo —lo que significaba que tanto la peluquería como el veterinario estaban cerrados—, se levantó temprano, fue al almacén de maderas en la furgoneta de Polly y se pasó la mañana y la tarde entera ensamblando una caseta prefabricada (modelo de lujo, con instrucciones de montaje) e improvisando un corral en el jardín. Evidentemente era de esa clase de hombres que se encuentran más a gusto arrastrando escaleras de un lado para otro y clavando clavos en planchas de madera que charlando de cosas triviales con su mujer y sus hijos. Dick era un hombre de acción, un soldado de la guerra contra la ociosidad, y cuando Míster Bones le vio trabajar con sus pantalones cortos de color caqui y observó el sudor que le brillaba en la frente, no tuvo más remedio que interpretar aquella actividad como una buena señal. Significaba que el «régimen de prueba» que había mencionado la víspera no era sino un farol. Dick se había gastado más de doscientos dólares en la caseta y los materiales. Se había pasado la mayor parte del día trabajando con aquel calor, y ahora no iba a tirar por la ventana el dinero y los esfuerzos. Ya tenía el pie metido en el agua, así que en lo que se refería a Míster Bones, a partir de entonces se trataba de salir a flote o de hundirse.

A la mañana siguiente, todos se largaron en diferentes direcciones. Un autobús paró delante de la casa a las ocho menos cuarto para llevar a Alice al colegio. Cuarenta minutos después, Dick se marchó al aeropuerto

vestido con su uniforme de piloto, y luego, poco antes de las nueve, Polly aseguró a Tigre en su asiento infantil de la furgoneta y lo llevó a la guardería. Míster Bones no podía creer lo que estaba pasando. ¿Así era como iba a ser la vida en aquella casa?, se preguntó. ¿Es que iban a abandonarlo así como así por la mañana y a esperar que se las arreglara solo el resto del día? Parecía una broma pesada. Era un perro hecho para la compañía, para el toma y daca de la vida en común, y necesitaba que lo acariciasen, que hablasen con él, que lo integrasen en un mundo donde no estuviera solo. ¿Acaso había caminado hasta los confines de la tierra encontrando aquel bendito refugio sólo para que le menospreciara la gente que le había recogido? Lo habían convertido en un prisionero. Lo habían encadenado a aquel infernal alambre saltarín, a un instrumento metálico de tortura que emitía incesantes chirridos y vibrantes murmullos, ruidos que le acompañaban en todos sus movimientos como para recordarle que ya no era libre, que había vendido su primogenitura por un plato de lentejas y una casa fea, prefabricada.

Justo cuando estaba decidido a vengarse y cometer alguna insensatez —como arrancar las flores del jardín, por ejemplo, o roer la corteza del joven cerezo—, Polly volvió de improviso, deteniendo la furgoneta en el camino de entrada, y el mundo cambió de nuevo de color. No sólo salió al jardín para liberarlo de su esclavitud, y no sólo permitió que entrara tras ella en la casa y subiera a su dormitorio al piso de arriba, sino que mientras se cambiaba de ropa y se maquillaba le informó de que tendría que recordar dos tipos de normas: las de Dick y las de ella. Cuando Dick estuviese en casa, Míster Bones no saldría del jardín; pero cuando su marido se marchase, mandaría ella. Lo que significaba que el perro podía entrar en casa.

—No es que tenga mala intención —explicó Polly—, pero este hombre puede ser muy testarudo a veces, y cuando se le mete algo en la cabeza es una pérdida de tiempo tratar de convencerle de lo contrario. Así es la vida de los Jones, Sparky, y yo no puedo hacer ni puñetera cosa para remediarlo. Lo único que te pido es que no digas ni pío de este pequeño arreglo. Es nuestro secreto, y ni siquiera los niños deben saber lo que nos traemos entre manos. ¿Me oyes, perrito? Esto es exclusivamente entre tú y yo.

Pero eso no fue todo. Como si esa declaración de solidaridad y afecto no hubiese sido suficiente, aquella misma mañana Míster Bones montó en coche por primera vez en casi dos años. No encogido en la parte de atrás, donde solían ponerlo antes, sino delante, justo en el asiento del copiloto, como un guardián de diligencia, con la ventanilla abierta del todo y el aire

suave de Virginia dándole de lleno en la cara. Era un privilegio ir así por la carretera, con la espléndida Polly al volante del Plymouth Voyager, el movimiento de la furgoneta retumbando en sus músculos y el hocico agitándose frenéticamente a cada olor que venía a su encuentro. Cuando finalmente se dio cuenta de que aquello iba a ser parte integrante de su nuevo programa de actividades, se quedó sobrecogido por las perspectivas que se abrían ante él. Con Willy había vivido bien, pero ahora iba a ser todavía mejor. Porque la triste verdad era que los poetas no tenían coche, y cuando viajaban a pie no siempre sabían adonde se dirigían.

La visita a la peluquería fue una prueba dura, pero soportó las múltiples acometidas de jabones y tijeras lo mejor que pudo, sin querer quejarse después de todas las amabilidades que le habían prodigado. Cuando acabaron con él, hora y media más tarde, parecía otro perro. Habían desaparecido las enmarañadas greñas que le colgaban del corvejón, las desagradables protuberancias de la cruz, los pelos que se le metían en los ojos. Ya no era un vagabundo, había dejado de ser una vergüenza. Le habían puesto guapo, convirtiéndolo en un burgués, en un perro de mundo, y si la novedad de la transformación le infundió deseos de regodearse y ufanarse un poco, ¿quién podía reprocharle que se deleitara con su buena suerte?

—Vaya —dijo Polly cuando finalmente lo llevaron ante ella—. Menudo repaso te han dado, ¿eh? Quién lo iba a decir, Spark Plug, igual empiezas a ganar premios en concursos caninos.

Veinticuatro horas después fueron a ver al veterinario. Míster Bones estaba contento porque tendría ocasión de ir en coche otra vez, pero ya se había cruzado antes con aquellos hombres de bata blanca y conocía sus agujas, termómetros y guantes de goma lo suficiente como para temer lo que se avecinaba. Siempre había sido la señora Gurevitch quien le preparaba la cita, pero a su muerte Míster Bones se vio librado del martirio de tener tratos con la profesión médica. Willy solía estar sin un céntimo o era demasiado descuidado para molestarse, y como el perro seguía vivo después de cuatro años de no ir al médico, no lograba entender de qué le iba a servir ahora un reconocimiento completo. Si uno estaba tan grave como para morirse, los médicos serían incapaces de salvarlo. Y si no estaba enfermo, ¿por qué les permitían que lo torturaran con sus pinchazos y palpaciones para luego decirle que se encontraba en perfecto estado de salud?

Habría sido horroroso si Polly no se hubiese quedado con él durante el reconocimiento, abrazándolo y tranquilizándolo con su dulce y

encantadora voz. Aun así, se pasó toda la visita temblando y sacudiéndose, y tres veces saltó de la mesa y echó a correr hacia la puerta. El veterinario se llamaba Burnside, Walter A. Burnside, y daba lo mismo que aparentemente le cayera bien a aquel matasanos. Míster Bones le había visto mirar a Polly y había olido la excitación en la piel del joven doctor. Andaba tras ella, y el que su perro le hiciese gracia no era más que una treta, una manera de dirigirse a su punto flaco para impresionarla con su simpatía y sus conocimientos. El que le llamase buen perro, le diese palmaditas en la cabeza y se riese ante sus intentos de fuga, no significaba nada. Lo hacía para acercarse más a Polly, quizá para rozarse con ella, y Polly, que estaba tan ocupada en atender al perro, ni siquiera se daba cuenta de las intenciones de aquel granuja.

—No está mal —dictaminó al cabo el veterinario—. Teniendo en cuenta todo lo que ha pasado.

—Aguanta bien este veterano —comentó Polly, besando a Míster Bones entre los ojos—. Pero tiene el estómago deshecho. No quiero ni pensar en las cosas que se habrá tragado.

—Se pondrá bien cuando lleve una dieta ordenada. Y no se olvide de darle las pastillas antiparasitarias. Dentro de un par de semanas, seguramente empezará a notar una considerable mejoría.

Polly le dio las gracias y cuando tendió la mano a Burnside, Míster Bones no pudo dejar de observar que el señor Smooth la retuvo más tiempo del necesario.

—El placer ha sido mío —contestó a la cortés despedida de Polly.

Y entonces el perro sintió un repentino impulso de abalanzarse sobre el médico y morderle en la pierna. Polly se volvió para marcharse. Justo cuando abría la puerta, el veterinario añadió:

—Hable con June en el mostrador de recepción. Ella le dará cita para el otro asunto. —Yo no quería —repuso Polly—. Pero mi marido se ha empeñado.

—Tiene razón —observó Burnside—. Simplifica las cosas, y a la larga Sparky se encontrará mucho más a gusto.

Dick volvió a casa el jueves por la noche, lo que significó que la mañana del viernes fuese más aburrida que las anteriores. Nada de pasar furtivamente horas espléndidas en la casa. Nada de sentarse en el cuarto de baño contemplando a Polly en la bañera. Nada de huevos revueltos. Nada de leche con azúcar en los tazones de cereales de los niños. Normalmente, habría sentido mucho la pérdida de aquellos privilegios, pero aquel viernes por la mañana no le produjo más que una punzada de nostálgico pesar. Míster Bones estaba ahora lleno de esperanza, y era consciente de que en cuanto Dick se marchara el domingo por la tarde, volverían a franquearle la puerta. Era un consuelo pensarlo, y aunque aquel día lloviznaba y el aire había refrescado con los primeros indicios de otoño, se acomodó en su caseta con el hueso de goma que Polly le había comprado en la peluquería y se dedicó a mordisquearlo mientras la familia desayunaba en la casa. Oyó llegar y marcharse el autobús, oyó alejarse la furgoneta, y luego, en el intervalo que medió hasta la vuelta de Polly, Dick salió al jardín y lo saludó con aire despreocupado. Ni siquiera eso alteró su serenidad. El piloto parecía estar de buen humor aquella mañana, y cuando le felicitó por su elegante corte de pelo y le preguntó qué tal se las arreglaba, la generosidad del perro triunfó sobre el recelo y Míster Bones respondió dándole un caballeroso lengüetazo en la mano. No es que estuviera en contra de Dick, pensó. Sólo que le tenía lástima por no saber cómo disfrutar de la vida. El mundo estaba lleno de maravillas, y era lamentable que un hombre se pasara el tiempo preocupándose por cosas sin importancia.

Míster Bones presentía que el tiempo se le iba a hacer muy largo, y se había preparado para pasar el rato hasta la vuelta de los niños haciendo lo menos posible: dormitar, mascar el hueso, pasear por el jardín si dejaba de llover. La indolencia era la única ocupación prevista, pero Dick no dejaba de repetir que era un gran día, insistiendo en que «por fin ha llegado el momento de la verdad», *y* al cabo de un tiempo Míster Bones empezó a preguntarse si no se le habría escapado algo. No tenía ni idea de lo que Dick quería decir, pero después de sus enigmáticas declaraciones no le sorprendió que, cuando Polly volvió de dejar a Tigre, le dijeran que subiera a la furgoneta para dar un paseo. Ahora era distinto, claro, con Dick allí, pero ¿quién era él para protestar por una ligera alteración del protocolo? Dick iba en el asiento del conductor, Polly se sentó a su lado y a Míster Bones le tocó ir en la parte de atrás, tumbado sobre una toalla que Dick había colocado para proteger el coche de pelos errabundos. Atrás no se podía bajar la ventanilla, lo que redujo considerablemente el placer del viaje, pero aun así disfrutó del simple movimiento, y en conjunto prefería con mucho estar donde estaba ahora que donde estaba antes.

Sin embargo, notó que no todo era bonanza entre los Jones. A medida que proseguía el viaje, estaba claro que Polly iba más callada que de costumbre, mirando por la ventanilla, a su derecha, en vez de mirar a su marido, y al cabo del rato su silencio también pareció apagar el buen humor de Dick.

—Oye, Polly —dijo—, lo siento. Pero no es más que por su bien.

—No quiero hablar del tema —replicó ella—. Lo has decidido y se acabó. Ya sabes lo que pienso, así que no tiene sentido discutir.

—Pero no soy el primero al que se le ocurre eso —objetó Dick—. Es una práctica corriente.

—¿Ah?, ¿sí? ¿A que no te gustaría que te lo hicieran a ti?

Dick emitió un ruido a medio camino entre el gruñido y la carcajada.

—Vamos, cariño, déjalo ya. Es un perro. Ni siquiera va a enterarse de nada.

—Por favor, Dick. No quiero hablar de ello.

—¿Por qué no? Si te preocupa tanto...

—No. Delante de él, no. No es justo.

Dick volvió a reírse, pero esta vez fue como una especie de clamorosa estupefacción, una gran carcajada de incredulidad.

—¡No lo dirás en serio! —exclamó—. ¡Si no es más que un perro, Polly, por Dios! —Piensa lo que quieras. Pero en el coche no voy a decir una palabra más sobre eso.

Y no lo hizo. Aunque ya habían dicho bastante como para que Míster Bones empezara a inquietarse, y cuando el coche se detuvo finalmente y vio que habían parado delante del edificio en el que Polly y él habían estado el martes por la mañana, el mismo donde pasaba consulta un tal

Walter A. Burnside, médico veterinario, supo que algo horrible estaba a punto de sucederle.

Y así fue. Pero resultó que Dick tenía razón. Míster Bones no se enteró de nada. Lo anestesiaron con una inyección en la cadera, y cuando efectuaron la extirpación y lo llevaron de vuelta a la furgoneta, aún estaba demasiado temblequeante para saber dónde se encontraba, y mucho menos para estar seguro de quién era o de si seguía vivo. Sólo después, cuando se le pasó la anestesia, empezó a sentir el dolor que le habían infligido, pero incluso entonces siguió a oscuras sobre su causa. Conocía su procedencia, pero eso no era lo mismo que saber por qué lo tenía, y pese a su firme propósito de examinar el sitio en cuestión, lo dejó para más tarde, dándose cuenta de que le faltaban fuerzas para hacer contorsiones y ponerse en la postura necesaria. Entonces ya estaba en su caseta, estirado y medio dormido sobre el flanco izquierdo, y Polly, de rodillas delante de la puerta abierta, le acariciaba la cabeza y le daba de comer con la mano: un filete poco hecho y cortado en pedacitos. La carne tenía un sabor extraordinario, pero lo cierto era que no tenía mucho apetito en aquel momento, y si aceptó el ofrecimiento sólo fue por complacerla. Ya había dejado de llover. Dick se había ido con Tigre a algún sitio y Alice aún no había vuelto del colegio, pero estar con Polly era suficiente consuelo y, mientras ella seguía acariciándole la cabeza y asegurándole que todo iba a salir bien, se preguntó qué demonios le había pasado y por qué le dolía tanto.

A su debido tiempo, exploró los daños y descubrió lo que faltaba, pero como era perro y no biólogo ni profesor de anatomía, siguió sin tener ni idea de lo que le había sucedido. Sí, era cierto que la bolsa estaba vacía ahora y que sus viejos conocidos habían desaparecido, pero ¿qué significaba eso exactamente? Siempre le había gustado lamerse esa parte del cuerpo, en realidad había tenido la costumbre de hacerlo desde tiempo inmemorial, pero aparte de los delicados globos todo lo de alrededor parecía intacto. ¿Cómo iba a saber que aquellas partes que le faltaban le habían hecho padre muchas veces? Salvo por sus diez días de relaciones con Greta, la malamute de Iowa City, sus aventuras siempre habían sido breves —apareamientos impetuosos, cópulas espontáneas, revolcones frenéticos— y jamás había visto a ninguno de los cachorros que había engendrado. Y aunque los hubiera visto, ¿cómo habría sido capaz de establecer la relación? Dick Jones le había convertido en un eunuco, pero a sus propios ojos continuaba siendo el príncipe del amor, el señor de los donjuanes caninos, y seguiría cortejando a las damas hasta su último aliento. Por una vez, se le escapó la dimensión trágica de su vida. Lo único que importaba era el dolor físico, y en cuanto se le pasó, no volvió a pensar más en la operación.

Pasaron unos días. Se acomodó al ritmo de la casa, se acostumbró a las diversas idas y venidas que se producían a su alrededor, llegó a entender la diferencia entre los días de trabajo y los fines de semana, el ruido del autobús del colegio en contraposición con el de la furgoneta de correos, los olores de los animales que vivían en el bosque limítrofe, más allá del jardín: ardillas rojas, mapaches, ardillas listadas, conejos, todo tipo de aves. Ya sabía que no valía la pena molestarse con los pájaros, pero siempre que un bicho sin alas ponía los pies en el césped, se encargaba de echarlo de la propiedad, precipitándose hacia él en un frenético arranque de ladridos y gruñidos. Tarde o temprano se darían cuenta de que estaba enganchado a aquel puñetero alambre, pero de momento a la mayoría de ellos les intimidaba su presencia lo suficiente como para que la persecución resultara un éxito. Salvo por el gato, desde luego, pero con los gatos siempre era lo mismo, y aquel negro del vecino ya había calculado la longitud exacta de la correa que le sujetaba al alambre, lo que significaba que conocía los límites de la movilidad de Míster Bones en cada punto del jardín. El intruso felino siempre se apostaba en un sitio calculado para producir la mayor frustración posible: unos centímetros fuera del alcance del perro. Míster Bones era incapaz de remediarlo. Podía quedarse allí ladrando hasta desgañitarse mientras el gato le bufaba y le lanzaba las garras a la cara, o podía retirarse a su caseta y hacer como si el gato no estuviera, aunque el hijoputa saltaba entonces al tejado y empezaba a clavar las uñas en las espesas tejas de madera de cedro justo encima de su cabeza. Ésas eran las opciones que tenía: que le arañaran o que se burlaran de él, y con cualquiera de las dos salía perdiendo. Por otro lado, desde aquella misma caseta se contemplaban a veces pequeños milagros, sobre todo de noche. Un zorro plateado, por ejemplo, que atravesó corriendo el césped a las tres de la mañana y desapareció antes de que Míster Bones pudiera mover un músculo, dejando grabada en su mente una imagen tan nítida, de tan cristalina perfección, que siguió viéndola durante días: una aparición de ingravidez y velocidad, la gracia de lo puramente salvaje. Y luego, una noche a fines de septiembre, un ciervo que salió del bosque, anduvo con la punta de las patas por la hierba durante veinte o treinta segundos, y entonces, asustado por el rumor de un coche lejano, volvió de un salto a la oscuridad, dejando grandes calvas en el césped que aún seguían a la semana siguiente.

Míster Bones tomó mucho cariño al césped —su tacto como de fieltro, almohadillado, los saltamontes brincando de un lado a otro entre sus menudos tallos, el olor a tierra que siempre desprendía por donde uno pasara—, y con el tiempo comprendió que si Dick y él tenían algo en común era aquel amor intenso e irracional por el césped. Era su vínculo afectivo, pero también la fuente de sus mayores diferencias filosóficas. Para Míster Bones, la belleza del césped era un don de Dios, y consideraba

que se le debía tratar como lugar sagrado. Dick también creía en aquella belleza, pero sabía que era obra del esfuerzo humano, y para que perdurase había que ser diligente y dedicarle interminables cuidados. La expresión era *mantenimiento del césped, y* hasta mediados de noviembre no pasó una semana sin que Dick empleara al menos un día entero a segar y recortar su verde pradera de mil metros cuadrados. Tenía una máquina —un vehículo anaranjado y blanco que parecía una mezcla entre un cochecito de golf y un tractor enano—, y cada vez que arrancaba el motor Míster Bones creía que se iba a morir. Odiaba el ruido de aquel artefacto, le horrorizaba la estridente furia de sus acelerones y traqueteos, aborrecía el olor a gasolina que depositaba en cada rincón del aire. Siempre que Dick irrumpía en el jardín montado en aquella cosa, se refugiaba en la caseta, metiendo la cabeza bajo las mantas en un infructuoso intento de taparse los oídos. Pero no había solución ni escapatoria alguna, a menos que le dejaran salir del recinto. Sólo que Dick tenía sus normas, y como Míster Bones debía estar siempre en el jardín, el piloto aparentaba que no se daba cuenta del sufrimiento del perro. Pasaron las semanas, y como no cesaba aquella agresión a sus oídos, Míster Bones no pudo evitar cierto resentimiento contra Dick por no tenerle en cuenta.

No cabía duda de que todo iba mejor cuando Dick estaba fuera. Ésa era la triste realidad, y no tuvo más remedio que aceptarla del mismo modo que antiguamente se había resignado a las bruscas maneras con que le trataba la señora Gurevitch. Al principio la madre de Willy se mostró de lo más hostil hacia él, y su primer año en Brooklyn estuvo marcado por las malhumoradas broncas de la vieja amargada y el escozor de los cachetes que le propinaba en el hocico: una acumulación de mala sangre por ambas partes. Pero luego todo cambió, ¿no? Al final acabó conquistándola, ¿y quién sabía si no iba a ocurrir lo mismo con Dick? Entretanto, intentaba no pensar mucho en eso. Ahora tenía tres personas a quienes amar, y después de pasarse la vida siendo el perro de una sola, era más que suficiente. Incluso Tigre empezaba a dar señales prometedoras, y una vez que uno aprendía a no caer en la pinza de sus deditos podía resultar divertido estar con él..., a pequeñas dosis. Con Alice, en cambio, no había dosis suficientemente generosa. Míster Bones deseaba que pasara más tiempo con él, pero estaba todo el día fuera en aquel dichoso colegio, y con las clases a que asistía después, de ballet el martes y de piano el jueves, aparte de los deberes que tenía que hacer en casa todas las noches, sus visitas entre semana se reducían a una breve conversación antes de marcharse —mientras le estiraba las mantas y le llenaba las escudillas de comida y agua—, y luego, cuando volvía a casa, a un ratito antes de cenar durante el cual le contaba lo que había hecho desde por la mañana y le preguntaba qué tal había pasado el día. Ésa era una de las cosas que más le gustaban de ella: la forma en que le hablaba, pasando de

una cuestión a otra sin omitir nada, como si no hubiese duda de que era capaz de entender todo lo que le decía. Alice se pasaba la mayor parte del tiempo viviendo en un mundo de seres imaginarios, y Míster Bones se vio arrastrado a ese mundo convertido en su compañero, en coprotagonista, en principal personaje masculino. Los sábados y los domingos se dedicaban a aquellas disparatadas improvisaciones. Hubo el té al que asistieron en el castillo de la baronesa de Dunwitty, una conspiración magnífica, pero peligrosa y maquiavélica, para apoderarse del reino de Floriania. Hubo el terremoto de México. Hubo el huracán del Peñón de Gibraltar, y hubo el naufragio que los dejó perdidos en la isla de Nemo, donde la única comida eran bellotas y cogollos de plantas, pero si hallaban la lombriz mágica que vivía casi a flor de tierra y se la comían de un bocado, se les concedería el don de volar. (Míster Bones se tragó la lombriz que ella le dio, y luego, con

Alice agarrada a su lomo, salieron los dos volando y escaparon de la isla.)

Con Tigre todo eran carreras y saltos. Con Alice, palabras y encuentro de mentalidades. Ella era el alma madura en el cuerpo joven que había convencido a sus padres para que se quedaran con él, pero ahora que ya había pasado un tiempo con ellos, sabía que Polly era quien más le necesitaba. Tras docenas de mañanas de seguirla a todas partes, de escuchar lo que le decía y observar lo que hacía, Míster Bones comprendió que era una víctima de las circunstancias, exactamente igual que él. Cuando conoció a Dick sólo tenía dieciocho años. Fue nada más acabar el instituto, y para ganar algo de dinero antes de empezar la universidad de Charlotte en el otoño, aquel verano se puso a trabajar de camarera en una marisquería de Alexandria, en Virginia. La primera vez que Dick fue al restaurante, la invitó a salir. Tenía nueve años más que ella, y le pareció tan guapo y tan seguro de sí mismo que se dejó llevar más lejos de lo que hubiese querido. El idilio prosiguió durante tres o cuatro semanas y luego ella volvió a Carolina del Norte para empezar la universidad. Pensaba licenciarse en pedagogía y dedicarse al magisterio, pero al mes de iniciarse el primer trimestre descubrió que estaba embarazada. Cuando les dio la noticia, sus padres se escandalizaron. Le dijeron que era una fulana, que los había deshonrado con su promiscuidad, y se negaron a prestarle ayuda de ningún tipo, lo que produjo una grieta en la familia que nunca llegó a cerrarse del todo, ni siquiera después de nueve años de disculpas y arrepentimientos por ambas partes. No era que deseara casarse con Dick, pero una vez que su propio padre le volvió la espalda, ¿qué otro recurso le quedaba? Dick dijo que la quería. Le repetía que era la chica más guapa y extraordinaria que había sobre la faz de la tierra, y al cabo de unos meses de titubear entre una y otra solución, de considerar

las más desesperadas hipótesis (un aborto, dar al niño en adopción, quedarse con él y tratar de salir adelante por sí sola), cedió a la presión y dejó la universidad para casarse con Dick. Imaginaba que podría volver a la universidad cuando el niño fuese lo bastante mayor, pero Alice nació con toda clase de problemas de salud, y durante los cuatro años siguientes Polly se pasó la vida entre médicos, clínicas, cirugías experimentales y una serie interminable de consultas y tratamientos para que no se muriese su hijita. Ése era el logro del que estaba más orgullosa como ser humano, confesó a Míster Bones una mañana —la forma en que se había ocupado de Alice para sacarla adelante—, pero aunque por entonces sólo era una joven, se preguntaba si aquello no había consumido para siempre todas sus energías. Cuando Alice estuvo lo bastante bien para ir al colegio, Polly empezó a pensar en volver a la universidad, pero entonces se quedó embarazada de Tigre y tuvo que dejarlo otra vez. Ahora quizá fuese demasiado tarde. Dick ya ganaba un buen sueldo, y junto con alguna de las inversiones que había hecho, se encontraban en una posición bastante acomodada. Dick no quería que Polly trabajase, y cuando ella argumentaba que de todos modos no le disgustaría trabajar, él siempre le contestaba lo mismo. Ya tenía una profesión, aseguraba. Ser esposa y madre era un trabajo más que suficiente para cualquier mujer, y mientras él estuviese en condiciones de mantenerla, ¿por qué cambiar las cosas sólo porque sí? Y entonces, para demostrar lo mucho que la quería, le compró aquella enorme y preciosa casa.

Polly estaba encantada con la casa, pero no quería a Dick. Eso ya lo tenía claro Míster Bones, y aunque la propia Polly aún no lo sabía, no tardaría mucho en estrellarse contra la verdad. Por eso necesitaba a Míster Bones, y como él la quería más que a nadie en el mundo, se alegraba de servirle de confidente y caja de resonancia. Polly no tenía a nadie más que desempeñara ese papel, y aunque él no era sino un perro que no podía ni darle consejo ni contestar a sus preguntas, su sola presencia de aliado bastaba para infundirle el valor de dar determinados pasos que de otro modo quizá no hubiera dado. Imponer sus propias normas para dejar que entrara en casa no tenía gran importancia, pero a su modo no dejaba de ser un acto de desafío contra Dick, un minúsculo precedente de traición que, con el tiempo, podía conducir a deslealtades mayores y de más trascendencia. Tanto Míster Bones como Polly sabían que Dick no le quería dentro de casa, y esa orden constituía otro aliciente para sus visitas, otorgándoles un carácter peligroso y clandestino, como si Polly y él fuesen cómplices de una revuelta palaciega contra el rey. Míster Bones se había visto arrastrado a una guerra de nervios y antagonismos apasionados, y cuanto más tiempo pasaba entre ellos, más crucial se hacía su papel. En vez de hablar de sus asuntos personales, Dick y Polly discutían ahora sobre él, utilizando al perro como excusa para promover

sus respectivas causas, y aunque Míster Bones rara vez tenía conocimiento directo de esas conversaciones, oía muchas cosas cuando Polly hablaba por teléfono con su hermana y se enteraba de que se estaban librando fieras batallas por su culpa. La escaramuza del pelo en la alfombra sólo fue un ejemplo. Cuando Dick estaba a punto de volver, Polly procuraba eliminar los rastros de la presencia de Míster Bones en la casa pasando asiduamente la aspiradora por todos los sitios por donde había andado el perro, incluso poniéndose de rodillas en caso necesario y utilizando tiras de papel celo para quitar los pelos caídos que la máquina no había limpiado. Pero una vez que no se empleó tan a fondo, Dick descubrió algunas hebras de pelo de Míster Bones en la alfombra del cuarto de estar. Según informó Polly a su hermana Peg, que vivía en Durham, aquella pelusilla dio lugar a un duro y prolongado enfrentamiento. «Dick me pregunta qué hacen ahí esos pelos», le contó, sentada en un taburete de la cocina y fumando uno de sus infrecuentes cigarrillos matinales, «y le digo que no sé, a lo mejor se les han caído a los niños. Entonces sube al piso de arriba, va a la habitación y encuentra otro en el suelo, junto a la mesilla de noche. Baja enseñando el pelo entre los dedos y dice: supongo que tampoco sabes nada de éste, y yo le digo: no, ¿por qué tendría que saberlo? Quizá sea del cepillo de Sparky. ¿Del cepillo?, repite Dick, ¿y qué hacías con el cepillo del perro en la habitación? Limpiándolo, le digo con la mayor tranquilidad del mundo, ¿qué más da? Pero Dick no deja que la cosa acabe ahí. Quiere llegar al fondo del misterio, así que no deja de insistir. ¿Por qué no lo limpiaste en el jardín, me dice, que es donde tienes que hacerlo? Porque estaba lloviendo, le digo yo, metiéndole la duodécima bola de la conversación. Entonces, ¿por qué no lo hiciste en el garaje? Porque no he querido, le contesto. Está muy oscuro. Así que, me dice, empezando a cabrearse de verdad, cogiste el cepillo y lo limpiaste encima de la cama. Eso es, contesto, lo limpié encima de la cama porque me dio la gana limpiarlo allí, y él me dice: ¿y no te parece una asquerosidad, Polly? ¿Acaso no sabes que eso no me gusta nada? Como te lo cuento, Peg, así siguió durante otros diez minutos. Hay veces que esas despreciables chorradas me sacan de quicio. No soporto mentirle, pero ¿qué otra cosa puedo hacer cuando empezamos a discutir por estupideces? Es tan detallista, este hombre. No le falta corazón, pero a veces se olvida de dónde lo tiene. Joder. Si le dijera que dejo entrar al perro en casa, seguramente se divorciaría de mí. Ha hecho la maleta y acaba de marcharse. »

Así era el lío matrimonial en el que se había metido Míster Bones. Tarde o temprano algo tenía que estallar, pero mientras Polly no se despertara y pusiera a aquel mezquino de patitas en la calle, el ambiente seguiría cargado de intrigas y secreta animosidad: los enredos y maniobras del amor agonizante. Míster Bones hizo lo que pudo por acomodarse a todo

eso. Pero había tantas cosas nuevas para él, tanto que estudiar y entender, que los altibajos del matrimonio de Polly sólo absorbían una pequeña parte de su atención. Los Jones le habían introducido en un mundo diferente del que había conocido con Willy, y no pasaba un día sin que experimentase una súbita revelación o sintiese una punzada sobre lo que se había perdido en su vida anterior. No eran sólo los paseos diarios en la furgoneta, ni tampoco las comidas a su hora o la ausencia de pulgas y garrapatas en el lomo. Eran las barbacoas del patio, los huesos de las chuletas que le daban para roer, las excursiones de fin de semana a la laguna de Wanacheebee y los baños con Alice en el agua fresca, la general sensación de refinamiento y bienestar que le envolvía. Había aterrizado en la Norteamérica de los dos garajes, de los préstamos para la renovación de la casa y de las galerías comerciales neorrenacentistas, y el caso era que no tenía ninguna objeción que hacer. Willy siempre había clamado contra todo eso, atacándolo con aquel toque cómico y tendencioso tan suyo, pero Willy era un simple espectador, y se había negado absolutamente a probarlo. Ahora que Míster Bones lo conocía por dentro, se preguntaba si su antiguo amo no habría estado equivocado y por qué se había esforzado tanto en rechazar las comodidades de la buena vida. Quizá todo no fuera perfecto en aquel sitio, pero tenía mucho a su favor, y cuando uno se acostumbraba a los aspectos prácticos del sistema, ya no resultaba tan importante que lo tuvieran todo el día encadenado a un alambre. Después de pasar allí dos meses y medio, ya no le importaba que le llamasen Sparky.

Capítulo 5

El concepto de vacaciones familiares le resultaba enteramente desconocido. En Brooklyn, cuando era cachorro, a veces había oído que la señora Gurevitch utilizaba el término *vacaciones,* pero nunca de modo que se lo pudiera relacionar con la palabra familia. Interrumpiendo súbitamente las tareas domésticas, *Mamá—san* se dejaba caer en el sofá, ponía los pies sobre la mesita y dejaba escapar un largo y apasionado suspiro. «Ya está», decía. «Estoy de vacaciones. » De acuerdo con ese uso, la palabra parecía un sinónimo de *sofá,* o quizá se trataba sencillamente de una manera más elegante de describir la acción de sentarse. En cualquier caso, no tenía nada que ver con la familia, ni tampoco con la idea de salir de viaje. Viajar era lo que él hacía con Willy, y en todos los años que habían pasado vagando de una parte a otra, no podía recordar una sola ocasión en que la palabra *vacaciones* saliera de labios de su amo. Otra cosa habría sido si Willy hubiese tenido un empleo retribuido en algún sitio, pero salvo por algunos trabajos esporádicos que encontraba por el camino (fregar suelos en un bar de Chicago, aprendiz de recadero para una empresa de Filadelfia), siempre había sido su propio jefe. Para ellos el tiempo discurría sin interrupciones, y sin necesidad de dividir el calendario entre períodos de trabajo y de descanso, ni obligación de observar festividades nacionales, aniversarios o fiestas religiosas, vivían en un mundo aparte, sin ese estar pendientes del reloj ni de contar las horas que tanto tiempo quitaba al resto de la gente. El único día del año que destacaba entre todos los demás era Navidad, pero no era fiesta sino día laborable. Cuando llegaba el veinticinco de diciembre, por muy agotado o resacoso que Willy estuviese, siempre se ponía su traje de Santa Claus y se pasaba el día caminando por la calle, repartiendo esperanza y alegría. Era su forma de honrar a su padre espiritual, decía, de recordar los votos de pureza y sacrificio que había contraído. Míster Bones siempre había encontrado un poco ñoño el discurso de su amo sobre la paz y la fraternidad, pero por doloroso que a veces resultara ver cómo el dinero que tenían para comer acababa en manos de una persona con mejor posición económica que ellos, era consciente de que Willy no estaba tan loco como parecía. El bien engendra el bien; el mal engendra el mal; y aunque te paguen mal por bien, no tienes otro remedio que seguir dando más de lo que recibes. Si no —y ésas eran las palabras textuales de Willy —, ¿para qué molestarse en seguir viviendo?

Alice fue la primera que pronunció las palabras *vacaciones familiares.* Era el sábado después del día de Acción de Gracias y acababa de salir al jardín con una bolsa de plástico transparente llena de restos de pavo relleno: más milagros de la blanca cocina de Polly. Antes de que le echara la comida en la escudilla, Alice se puso en cuclillas a su lado y le anunció:

—Todo está preparado, Sparky. Tenemos vacaciones familiares. El mes que viene, cuando acabe el trimestre en el colegio, papá nos va a llevar a Disneylandia.

Estaba tan contenta y entusiasmada que Míster Bones supuso que eran buenas noticias, y como no se le ocurrió pensar que no estaba incluido en el *nos* de Alice, prestó más atención a la comida que iba a engullir que a las posibles consecuencias de aquella nueva expresión. Tardó treinta segundos en zamparse el pavo, y luego, tras beberse a lametazos media escudilla de agua, se estiró en la hierba a escuchar a Alice, que le estaba contando los detalles. A Tigre le encantaría ver al Ratón Mickey y al Pato Donald, le dijo, y aunque ella ya había dejado atrás esas niñerías, no dejaba de recordar lo mucho que le habían gustado de pequeña. Míster Bones conocía al personaje que llamaban Ratón Mickey, y a tenor de lo que le habían dicho no le causaba mucha impresión. ¿Habíase visto alguna vez un ratón que tuviese un perro? Era ridículo, de verdad, un insulto al buen gusto y al sentido común, una perversión del orden natural de las cosas. Cualquier imbécil sabía que tenía que ser al revés. Los animales grandes dominaban a los pequeños, y no cabía duda de que en este mundo los perros eran más grandes que los ratones. Qué confuso se sintió, entonces, tumbado en la hierba aquel sábado por la tarde de fines de noviembre, al ver el entusiasmo con que Alice le hablaba de su inminente viaje. Sencillamente no llegaba a entender por qué la gente quería viajar centenares de kilómetros sólo para ver a un ratón de mentira. Vivir con Willy quizá no hubiese tenido muchas ventajas, pero nadie podía acusar a Míster Bones de no haber viajado. Había estado en todas partes, y en su época lo había visto casi todo. Él no era nadie para decirlo, desde luego, pero si los Jones estaban buscando un sitio interesante para visitar, lo único que debían hacer era preguntar, y él los conduciría encantado a una buena docena de lugares bonitos.

Nada más se dijo sobre el asunto durante aquel fin de semana. El lunes por la mañana, en cambio, cuando el perro escuchó a Polly hablar por teléfono con su hermana, empezó a ver lo mal que había interpretado lo que le había dicho Alice. No se trataba sólo de coger el coche, ver al ratón y volverse para casa, sino de dos semanas de agitación y desconcierto. De aviones y hoteles, coches de alquiler y equipo de buceo, reservas en

restaurantes y tarifas especiales para familias. No sólo era Florida, sino también Carolina del Norte, y mientras escuchaba a Polly discutir los planes para pasar las navidades con Peg en Durham, finalmente cayó en la cuenta de que adondequiera que fuesen en aquellas vacaciones familiares, no iban a llevarlo con ellos. «Nos hace falta un respiro», estaba diciendo Polly, «y puede que esto nos venga bien. Quién demonios sabe, Peg, pero estoy dispuesta a intentarlo. Llevo diez días de retraso con el período, y si eso significa lo que yo creo, tendré que pensármelo bien. » Luego, tras un breve silencio: «No. Todavía no se lo he dicho. Pero el viaje es idea suya, y me parece buena señal. » Siguió otra pausa y entonces, por fin, oyó las palabras que le mostraron el verdadero sentido de *vacaciones familiares:* «Lo dejaremos en una residencia para perros. Me han dicho que hay una bastante buena a quince kilómetros de aquí. Gracias por recordármelo, Peg. Será mejor que empiece a ocuparme de eso ahora mismo. En navidades esos sitios suelen llenarse hasta los topes. »

Se quedó allí esperando a que acabara, observándola con esa mirada estoica y sombría que los perros llevan dirigiendo a las personas desde hace cuarenta mil años.

—No te preocupes, Spark Plug —le dijo, colgando el teléfono—. Sólo son dos semanas. Cuando empieces a echarnos de menos, ya estaremos de vuelta. —Y, agachándose para darle un abrazo, añadió—: De todas formas yo te voy a echar en falta mucho más que tú a mí. Te quiero mucho, perrito mío, y no puedo vivir sin ti.

De acuerdo, iban a volver. Estaba plenamente convencido, pero eso no quería decir que no hubiese preferido ir con ellos. No es que tuviera grandes deseos de que lo dejaran encerrado en la habitación de un hotel de Florida ni de que lo metieran en el compartimiento de equipajes de algún avión, pero lo que más le molestaba era el principio mismo de la cuestión. Willy nunca le había abandonado. Ni una sola vez, bajo ninguna circunstancia, y no estaba acostumbrado a que lo trataran así. A lo mejor lo habían mimado mucho pero, a su modo de ver, la felicidad canina era más que sentirse querido. También consistía en sentirse necesario.

Era un golpe, pero al mismo tiempo sabía que no iba a acabarse el mundo. Eso ya lo había aprendido, y si no hubiesen intervenido otros factores, seguramente se habría recobrado de su desengaño y cumplido su pena de prisión dócilmente y de buena gana. Al fin y al cabo, peores reveses había sufrido, pero tres días después de recibir las malas noticias empezó a sentir los primeros retortijones fuertes de tripa, y en las dos semanas y media siguientes el dolor se le extendió a las caderas, las patas

e incluso la garganta. Malos espíritus acechaban en su interior, y estaba seguro de que Burnside era el culpable de que se hubieran metido allí. El matasanos había estado muy ocupado mirándole las piernas a Polly para reconocerle como era debido, y se le debió de escapar algo, se le debió de olvidar hacerle algún análisis o examinarle la sangre con el microscopio adecuado. Los síntomas eran aún muy vagos para producir alguna manifestación externa (ni vómitos, ni diarrea, ni ataques todavía), pero a medida que pasaban los días Míster Bones se encontraba cada vez peor, y en vez de tomarse con calma el asunto de las vacaciones familiares empezó a enfurruñarse y amargarse, a darle vueltas y más vueltas en mil aspectos diferentes, y lo que al principio no había parecido más que un pequeño topetazo en el camino se convirtió en una absoluta catástrofe.

No era que la residencia canina fuese tan mal sitio. Hasta él podía reconocerlo, y cuando Alice y su padre lo dejaron allí el diecisiete de diciembre por la tarde, Míster Bones tuvo que admitir que Polly se había informado bien. El Refugio Canino no era Sing Sing ni la Isla del Diablo ni un campo de internamiento para perros maltratados o abandonados. Situado en una finca de unas nueve hectáreas que antiguamente formaba parte de una plantación de tabaco, era un albergue campestre de cuatro estrellas, un hotel para perros concebido para satisfacer las necesidades y caprichos de los animales domésticos más mimados y exigentes. Las jaulas de dormir corrían a lo largo de las paredes oriental y occidental de un cobertizo rojo grande y sombrío. Había sesenta, con amplio espacio disponible para cada uno de los huéspedes (más amplio, en realidad, que la propia caseta de Míster Bones), y no sólo las limpiaban diariamente, sino que en todas había una manta recién lavada y un juguete de cuero crudo para roer, en forma de hueso, gato o ratón, según las preferencias del dueño. Más allá de la puerta trasera del cobertizo, había un cercado de una hectárea que servía de campo de ejercicios. Se podían pedir regímenes alimenticios especiales y daban baños semanales sin coste adicional.

Pero nada de eso tenía importancia, al menos para Míster Bones. Aquel nuevo entorno no le impresionaba, no le suscitó ni la menor muestra de interés, e incluso después de haberle presentado al dueño, a su mujer y a los diversos miembros del personal (todos ellos simpáticos y firmes partidarios de la causa perruna), seguía sin tener el menor deseo de quedarse. Lo cual no impidió que Alice y Dick se marcharan, naturalmente, y aunque Míster Bones se quedó con ganas de lanzar aullidos de protesta por la faena que le habían hecho, desde luego no pudo quejarse de la tierna y llorosa despedida de Alice. Pese a su seca manera de ser, a Dick pareció darle un poco de lástima tener que decirle adiós. Luego subieron a la furgoneta y se marcharon, y mientras Míster Bones

los veía bajar traqueteando por el camino de tierra y desaparecer tras el edificio principal, tuvo el primer presentimiento de la clase de problemas que le esperaban. No se trataba sólo de la depre, pensó, ni tampoco de que estuviera asustado. Algo grave le pasaba, y fuera lo que fuese, el trastorno que se presagiaba en su interior estaba a punto de declararse. Le dolía la cabeza y le ardía el vientre, y con la súbita debilidad que se había apoderado de sus rodillas se le hacía difícil permanecer en pie. Le pusieron comida, pero le daban náuseas sólo de pensar en comer. Le ofrecieron un hueso para que lo royera, pero volvió la cabeza para otro lado. Sólo podía tolerar el agua, pero cuando se la pusieron delante, dejó de beber después de dar dos tragos.

Lo colocaron en una jaula entre un jadeante bulldog de diez años y una atractiva labrador de color dorado. Normalmente, una hembra de ese calibre le habría producido súbitos espasmos de lujuriosos olfateos, pero aquella noche apenas tuvo fuerzas para reparar en su presencia antes de derrumbarse en su manta y perder el conocimiento. Al cabo de unos momentos, empezó a soñar con Willy otra vez, pero aquel sueño no se parecía en nada a los que había tenido antes, y, en vez de amables palabras de aliento y discursos tranquilizadores, recibió todo el peso de la ira de su amo. Quizá fuese la fiebre que consumía su organismo, o algo que le hubiera ocurrido a Willy en Tombuctú, pero el hombre que se le apareció aquella noche no era el Willy que Míster Bones había conocido en vida y muerte durante los últimos siete años y nueve meses. Era un Willy vengativo y sarcástico, un Willy diabólico, un Willy desprovisto de toda compasión y piedad, y aquella persona aterrorizó tanto al pobre Míster Bones que se hizo pis encima por primera vez desde que era cachorro.

Para confundir aún más las cosas, el falso Willy tenía un aspecto idéntico al del verdadero Willy, y cuando irrumpió aquella noche en el sueño llevaba el mismo andrajoso uniforme de Santa Claus que el perro le había visto durante las siete navidades últimas. Peor aún, el sueño no se desarrollaba en algún lugar conocido del pasado —como el del vagón de metro, por ejemplo—, sino en el presente, en la misma jaula donde Míster Jones estaba pasando la noche. Cerró los ojos y cuando volvió a abrirlos en el sueño, allí estaba Willy, sentado en el rincón a medio metro de él, con la cabeza apoyada contra los barrotes.

«Sólo voy a decirlo una vez», empezó a decir, «así que escúchame bien y no abras el pico. Te has convertido en un espantajo, en un ridículo y vergonzoso mamarracho, y te prohibo que vuelvas a pensar jamás en mí. Que no se te olvide, chucho. Grábalo en las puertas de tu palacio y nunca vuelvas a pronunciar mi nombre, ni en vano, ni con cariño ni de ninguna

manera. Estoy muerto y quiero que me dejen en paz. Todas esas quejas, todo ese refunfuñar sobre lo que te ha pasado..., ¿acaso crees que no lo oigo? Estoy harto de escucharte, perro, y ésta es la última vez que me verás en sueños. ¿Has comprendido? Olvídame, cabeza de chorlito. Déjame respirar. Ahora tengo amigos y ya no te necesito. ¿Te enteras? Olvídame y no te metas en mis asuntos. He terminado contigo.»

Por la mañana, la fiebre le había subido tanto que veía doble. El estómago se le había convertido en un campo de batalla donde guerreaban los microbios, y cada vez que se movía, que se desplazaba siquiera cinco centímetros de donde estaba tumbado, le daba otro ataque. Era como si le estallaran cargas de profundidad en las tripas, como si gases envenenados le corroyeran por dentro. Por la noche se había despertado varias veces, vomitando de forma incontrolada hasta que se le pasaba el dolor, pero esos períodos de calma no duraban mucho, y cuando por fin amaneció y la luz entró a raudales entre las vigas del cobertizo, vio que estaba rodeado de media docena de charcos de vómito: cuajarones de babas secas, fragmentos de carne a medio digerir, pequeños coágulos de sangre, espumarajos amarillentos que no tenían nombre.

Para entonces ya se había organizado un buen jaleo en torno a él, pero Míster Bones estaba demasiado enfermo para darse cuenta. Los demás perros ya se habían despertado y ladraban dispuestos a empezar el día, pero él siguió aletargado, sin poder moverse, viendo cómo lo había puesto todo. Sabía que estaba enfermo, pero no tenía una idea clara de hasta qué punto ni de adonde le llevaba exactamente la enfermedad. Un perro se podía morir de algo así, pensó, pero también podía recuperarse y estar como nuevo en un par de días. Puesto a elegir, habría preferido no morirse. Pese a lo que había sucedido por la noche en el sueño, seguía queriendo vivir. La inaudita crueldad de Willy le había dejado pasmado, haciendo que se sintiera desgraciado e insoportablemente solo, pero eso no significaba que Míster Bones no estuviese dispuesto a perdonar a su amo por lo que le había hecho. No se le volvía la espalda a alguien sólo porque le hubiera decepcionado una vez; no, no se hacía eso después de toda una vida de amistad, sobre todo si existían circunstancias atenuantes. Willy estaba muerto, ¿y quién sabía si los muertos no se volvían resentidos y crueles al cabo de un tiempo de haber fallecido? Tal vez, por otro lado, no había sido Willy. El hombre del sueño podía haber sido un impostor, un demonio disfrazado de Willy y enviado desde Tombuctú para engañar a Míster Bones y volverle contra su amo. Pero aunque se hubiera tratado de Willy, y aunque sus observaciones se hubiesen formulado de una manera en exceso hiriente y con mala fe, Míster Bones era lo bastante honrado para reconocer que contenían un elemento de verdad. Últimamente había pasado demasiado tiempo compadeciéndose de sí mismo, malgastando

horas preciosas en lamentarse de injusticias y desaires sin importancia, y esa clase de comportamiento era impropio de un perro de su talla. Había muchas cosas por las que estar agradecido, y mucha vida que vivir aún. Se encontraba en ese estado de agitación, casi delirante, que produce la fiebre alta, y era tan incapaz de controlar los pensamientos que le pasaban fugazmente por la cabeza como de ponerse en pie y abrir la puerta de su jaula. Y si de pronto se había puesto a pensar en Willy, no podía hacer nada para evitarlo. Su amo tendría que taparse los oídos y esperar a que se le quitara su imagen de la cabeza. Pero Míster Bones ya había dejado de quejarse. Por lo menos intentaba ser obediente.

Un momento después de pensar en la puerta de la jaula, llegó una mujer joven y quitó el pestillo. Se llamaba Beth, y llevaba un abultado anorak azul. Muslos rollizos, cara desmesuradamente redonda, pelo de Pequeña Lulú. Míster Bones la recordaba del día anterior. Era la que había tratado de darle de comer y hacerle beber agua, la que le había dado palmaditas en la cabeza diciéndole que por la mañana se sentiría mejor. Buena chica, pero mala especialista en diagnósticos. Pareció alarmarse a la vista del vómito, y se agachó para entrar en la jaula y verlo mejor.

—No has pasado muy buena noche, ¿verdad, Sparky? —le dijo—. Creo que debemos ir a que te vea papá.

Papá era el hombre de la víspera, recordó, el que les había enseñado las instalaciones. Un tipo corpulento de espesas cejas negras y ni un solo pelo en la cabeza. Se llamaba Pat, Pat Spaulding o Pat Sprowleen, no se acordaba bien. Y también andaba por allí su mujer, que los había acompañado en la primera parte del paseo. Sí, ya se acordaba, pasaba algo raro con ella. También se llamaba Pat, y Míster Bones recordó que a Alice le había hecho gracia, incluso se había reído un poco cuando oyó los dos nombres juntos, y Dick se la había llevado aparte para decirle que cuidara los modales. Patrick y Patricia. Pat y Pat, para abreviar. Todo era tan confuso, tan tremendamente absurdo y complicado.

Finalmente, Beth le convenció para que se levantara y fuese con ella a la casa. Vomitó una vez por el camino, pero el aire fresco le sentó bien en el cuerpo afiebrado, y en cuanto hubo expulsado toda la porquería del estómago, pareció que se le aliviaban considerablemente los dolores. Animado, la siguió al interior de la casa y aceptó agradecido el ofrecimiento de tumbarse en la alfombra del cuarto de estar. Beth salió a buscar a su padre, y Míster Bones, hecho un ovillo frente a la chimenea, centró la atención en los sonidos que emitía el reloj de pared del vestíbulo. Oyó diez, veinte tictacs, y luego cerró los ojos. Justo antes de quedarse

dormido, hubo un pequeño alboroto de pasos que se acercaban y luego una voz de hombre dijo:

—Déjalo tranquilo ahora. Ya veremos cómo está cuando se despierte.

Durmió toda la mañana y hasta bien entrada la tarde, y al despertarse notó que ya había pasado lo peor. No es que se encontrara en plena forma, pero al menos seguía vivo, y como la fiebre le había bajado unos grados podía mover los músculos sin tener la impresión de que su cuerpo estaba hecho de ladrillos. En cualquier caso, se sentía lo suficientemente bien como para tolerar un poco de agua, y cuando Beth llamó a su padre para que juzgara por sí mismo el estado del perro, la sed le dominó y siguió bebiendo hasta no dejar una gota. Aquello fue un grave error de cálculo. No se encontraba en condiciones de asimilar tan prodigiosa cantidad, y en cuanto Pat Uno entró en la habitación, Míster Bones devolvió todo el contenido de su estómago en la alfombra del cuarto de estar.

—Cómo me gustaría que la gente no nos largara a sus perros enfermos, coño —dijo el hombre—. Sólo nos faltaba que la diñara éste. Y entonces nos meterían un buen pleito, ¿verdad?

—¿Quieres que llame al doctor Burnside? —preguntó Beth.

—Sí. Dile que voy para allá. —Cuando se marchaba, se detuvo a medio camino de la puerta y añadió—: Pensándolo bien, será mejor que se encargue tu madre. Hoy hay mucho que hacer por aquí.

Eso fue una suerte para Míster Bones. En lo que tardaron en localizar a Pat Dos y en organizar el viaje, tuvo tiempo para elaborar un plan. Y, sin plan, nunca hubiera podido hacer lo que hizo. Le daba lo mismo estar enfermo o sano, sobrevivir o morirse. Aquello era el colmo, y si querían llevarlo a aquel imbécil de veterinario tendrían que pasar por encima de su cadáver. Por eso necesitaba un plan. Pero sólo dispondría de unos segundos para ponerlo en práctica, y debía tenerlo todo muy claro en la cabeza antes de pasar a la acción, para saber exactamente qué hacer y cuál sería el momento justo de hacerlo.

Pat Dos era una versión entrada en años de Beth. Un poco más culona, quizá, con anorak rojo en vez de azul, pero daba la misma impresión de capacidad masculina e imperturbable buen humor. A Míster Bones le caían más simpáticas que Pat Uno, y le dio cierta lástima abusar de su

confianza, sobre todo después de la amabilidad con que le habían tratado, pero el plan no admitía medias tintas y no había tiempo que perder en sentimentalismos. La mujer lo condujo al coche cogido de la correa, y tal como él había anticipado, le abrió la puerta del pasajero para que entrara primero, sin soltar la correa hasta el último momento. En cuanto la puerta se cerró de golpe, Míster Bones pasó apresuradamente al otro lado del coche y se puso en el asiento del conductor. Ésa era la esencia de la estrategia, y la jugada consistía en asegurarse de que la correa no se enganchara en la palanca de cambios ni en el volante ni en ninguna otra protuberancia (no se enganchó) y estar firmemente asentado en su posición cuando ella diera la vuelta frente al morro del coche y abriera la puerta del otro lado (sí lo estaba). Así es como lo había visto en su imaginación y así era como pasaba en la realidad. Pat Dos abrió la puerta del conductor, y Míster Bones bajó de un salto. Al tocar el suelo ya iba corriendo, y antes de que ella pudiera cogerle del rabo o pisarle la correa, había desaparecido.

Se dirigió al bosque por la parte norte del edificio principal, intentando alejarse lo más posible del camino. Oyó que Pat Dos le llamaba para que volviera, y un momento después a su voz se unieron las de Beth y Pat Uno. Poco después, oyó el ruido del motor del coche y el de las ruedas que patinaban en la tierra, pero para entonces ya se había adentrado en el bosque y estaba seguro de que no lo encontrarían. Se hacía pronto de noche en aquella época del año, y al cabo de una hora no se vería nada.

Siguió en dirección norte, trotando entre la maleza helada mientras la débil luz del invierno se desvanecía a su alrededor. Los pájaros se dispersaban a su paso, elevándose a las ramas altas de los pinos, y las ardillas escapaban corriendo en todas direcciones cuando le oían acercarse. Míster Bones sabía adonde se dirigía, y aunque no tenía una idea precisa de cómo llegar, contaba con que el hocico le indicara la dirección correcta. El jardín de los Jones sólo estaba a unos quince kilómetros, y calculaba que llegaría al día siguiente o, como muy tarde, al otro. No importaba que los Jones no estuvieran y no volvieran hasta dos semanas después. No importaba que su comida estuviese en el garaje cerrado y que fuera imposible conseguirla. Sólo era un perro, incapaz de hacer planes tan a largo plazo. De momento, lo único que importaba era llegar a su destino. Una vez allí, lo demás se arreglaría por sí solo.

O eso pensaba él. Pero la triste verdad era que Míster Bones había calculado mal. Si hubiese estado en plena posesión de sus fuerzas, no cabe duda de que habría llegado a su destino, pero su cuerpo no estaba a la altura del esfuerzo exigido, y los efectos de tanta carrera y tantos saltos

pronto se hicieron sentir. Quince kilómetros no significaban un viaje largo, sobre todo si se comparaba con las descomunales marchas que había emprendido sólo tres meses y medio atrás, pero ahora caminaba sin nada en el estómago y un perro no puede ir muy lejos sólo a fuerza de voluntad. Sorprendentemente, logró recorrer casi tres kilómetros y medio en aquel estado de debilidad. Llegó hasta donde sus patas fueron capaces de llevarlo, y entonces, entre uno y otro paso, sin el menor signo premonitorio de lo que iba a suceder, se derrumbó en el suelo y se quedó dormido.

Por segunda vez en dos noches, soñó con Willy, y el sueño fue otra vez diferente de todos los que había tenido antes. En esta ocasión estaban sentados en la playa de La Jolla, en California, un sitio que habían visitado en su primer viaje juntos, antes de que él hubiera crecido del todo. Lo que le remontaba a años y años atrás, a la época en que todo le resultaba nuevo y desconocido, cuando todo lo que ocurría le pasaba por primera vez. El sueño empezaba a media tarde. El sol brillaba intensamente, había una ligera brisa y Míster Bones estaba tumbado con la cabeza apoyada en las piernas de Willy, recreándose en la sensación que le producía su amo al pasarle los dedos por el cráneo. ¿Había ocurrido realmente algo de eso? Ya no lo recordaba, pero la impresión era lo bastante vivida para ser real, y eso era lo único que le importaba ahora. Chicas guapas en traje de baño, envoltorios de helado y tubos de loción bronceadora, Frisbees de color rojo surcando vacilantes el aire. Eso es lo que vio al abrir los ojos en el sueño, y podía oler el extraño aspecto y la belleza de todo, como si en parte ya supiera que había traspasado la frontera de la realidad. Todo parecía ocurrir en silencio, silencio en el sentido de que no había palabras, con el ruido de las olas batiendo en la orilla y el viento agitando las banderas y las sombrillas. Entonces empezó a sonar una canción pop en alguna radio, y una voz de mujer cantaba: *Be my baby, be my baby, be my baby now.* Era una canción bonita, encantadora y estúpida, y Míster Bones estaba tan absorto en ella que no se dio cuenta de que Willy le estaba hablando. Cuando prestó atención a su amo, ya se había perdido varias frases, quizá párrafos enteros de información crucial, y tardó unos momentos en reconstruir lo que estaba diciendo Willy.

«Aclarar las cosas» fue lo primero que oyó, seguido de «lo siento, amigo» y «prueba». Cuando después de esas palabras vinieron «feo asunto» y «payasada», Míster Bones empezó a enterarse. El demonio Willy había sido un truco, un subterfugio para inducirle a que renegase del recuerdo de su amo. Por desgarradora que hubiese sido la experiencia, no había habido otro modo de probar la constancia de sus sentimientos. El payaso había tratado de acobardarle, y aunque Míster Bones estaba medio muerto de miedo, no había dudado en perdonar a Willy al despertarse por

la mañana, haciendo caso omiso de sus calumnias y olvidándolo todo. De ese modo, sin saber siquiera que lo estaban poniendo a prueba, había superado el examen. La recompensa era aquella imagen onírica, aquella visita a un mundo de lánguido e inacabable verano, y por agradable y hermoso que fuese el sueño, la oportunidad de disfrutar del cálido sol en una fría noche de invierno no era más que el preludio de otra cosa mucho más importante.

—¿Qué cosa? —se oyó decir Míster Bones, consciente de nuevo de su capacidad de hablar, de formar palabras con la misma claridad y soltura que cualquier bípedo que charlara en su lengua materna.

—Eso, para empezar —dijo Willy.

—*¿Eso?* —preguntó Míster Bones, que no entendía nada—. ¿Qué es eso?

—Lo que estás haciendo ahora.

—No estoy haciendo nada. Sólo estoy tumbado aquí contigo, en la arena.

—Estás hablando conmigo, ¿no?

—Da la impresión de que hablo. Parece que hablo. Pero eso no quiere decir que hable de verdad.

—¿Y si yo te dijera que sí?

—No sé. Creo que me levantaría y me pondría a bailar.

—Pues empieza a bailar, Míster Bones. Cuando llegue el momento, no tendrás que preocuparte.

—¿Qué momento, Willy? ¿De qué estas hablando?

—Cuando te llegue el momento de ir a Tombuctú.

—¿Quieres decir que admiten perros?

—No todos. Sólo algunos. Cada caso se trata por separado.

—¿Y a mí sí?

—A ti sí.

—No me tomes el pelo, amo. Si estás de broma, no sé si podría soportarlo.

—Créeme, chucho, te van a admitir. Ya se ha decidido.

—¿Y cuándo tendré que ir?

—Cuando llegue el momento. Debes tener paciencia.

—Primero tengo que estirar la pata, ¿no?

—Así es. Entretanto, quiero que te portes bien. Vuelve al Refugio Canino y deja que se ocupen de ti. Cuando los Jones vayan a recogerte, recuerda la suerte que has tenido. Con Polly y Alice, no se puede pedir más. Son de lo mejorcito que hay, te lo aseguro. Y otra cosa: no te preocupes por ese nombre que te han puesto. Para mí siempre serás Míster Bones. Pero si alguna vez te da vergüenza, no tienes más que ponerlo en su forma latina y se te pasará. Sparkatus. Suena bien, ¿verdad? El Perro Sparkatus. Ahí va el Perro Sparkatus, el que con más nobleza menea el rabo en toda Roma.

Sí, sonaba bien, muy bien, y cuando Míster Bones se despertó nada más amanecer, aún tenía su retintín en la cabeza. Tantas cosas habían cambiado mientras dormía, tantas cosas habían pasado entre aquel cerrar y abrir de ojos que al principio no notó la nieve que había caído durante la noche, ni comprendió que el campanilleo producido por la palabra *Sparkatus* se debía en realidad al crujido de las ramas cargadas de nieve, que el viento agitaba despacio sobre su cabeza. Reacio a dejar el mundo de los sueños, Míster Bones tardó un poco en darse cuenta del intenso frío reinante, y en el momento en que empezó a percibirlo sintió un calor igualmente intenso. Algo ardía en su interior. El frío estaba fuera, y el calor, dentro; tenía el cuerpo cubierto de nieve, y la fiebre le había invadido de nuevo, tan virulenta y paralizante como el día anterior. Trató de hacer un esfuerzo para ponerse en pie y sacudirse la nieve del pelaje, pero sus patas parecían de goma y tuvo que abandonar el intento. Tal vez

después, se dijo, quizá más tarde, cuando salga el sol y el ambiente se caldee un poco. Mientras, se quedó tendido en el suelo, observando la nieve. No había caído más de tres centímetros, pero eso bastaba para que el mundo resultase diferente. La blancura de la nieve tenía algo de enigmático, pensó, algo misterioso y bello a la vez, y mientras miraba a dos parejas de gorriones y carboneros que picoteaban la tierra en busca de algo que comer, sintió que un ligero espasmo de simpatía se agitaba en su interior. Sí, incluso por aquellas inútiles cabezas huecas. No podía evitarlo. Parecía que la nieve los había unido a todos, y por una vez se sintió capaz de considerarlos no como un incordio sino como semejantes suyos, miembros de una hermandad secreta. Viendo a los pájaros recordó lo que Willy le había dicho de volver al Refugio Canino. Era un buen consejo, y si su cuerpo hubiese estado a la altura de la tarea, lo habría seguido. Pero no lo estaba. Se encontraba demasiado débil para ir tan lejos, y si no podía confiar en que sus patas lo llevaran hasta allí, tendría que quedarse donde estaba. A falta de algo mejor que hacer, comió un poco de nieve e intentó recordar el sueño.

Poco a poco, empezó a oír un rumor de coches y camiones, el murmullo del tráfico de primera hora de la mañana. El sol ya empezaba a subir, y mientras la nieve se desprendía de los árboles cayendo al suelo ante él, Míster Bones se preguntó si la autopista estaría tan cerca como parecía. A veces los ruidos resultaban engañosos, y en más de una ocasión el aire le había hecho creer que tenía cerca una cosa que en realidad se encontraba bastante lejos. No quería desperdiciar energías en esfuerzos inútiles, pero si la carretera estaba donde él suponía, entonces quizá podría conseguirlo. El tráfico se iba haciendo más denso, y podía distinguir los tipos de vehículos que circulaban a toda prisa por la húmeda autopista, un cortejo ininterrumpido de coches grandes y pequeños, camiones y furgonetas, autocares de largo recorrido. Al volante de cada uno de ellos iba una persona, y con que sólo uno de aquellos conductores estuviese dispuesto a parar y ayudarle, quizá pudiera salvarse. Eso significaba subir hasta la cima de la colina que tenía delante, claro, y luego bajar como pudiera por el otro lado, pero por mucho que hubiera de costarle todo aquello, no tenía más remedio que hacerlo. La carretera estaba en algún sitio y tenía que dar con ella. El único inconveniente era que debía encontrarla al primer intento. Si se equivocaba de camino, no le quedarían fuerzas para volver a la colina y empezar otra vez.

Pero la carretera estaba allí, y cuando Míster Bones la vio por fin después de cuarenta minutos de arrastrarse penosamente entre zarzas, matorrales y raíces salientes que le impedían el paso, después de perder el equilibrio y resbalar por un talud embarrado, después de empaparse la piel en los fangosos restos de nieve, el perro enfermo y febril comprendió

que la salvación estaba a su alcance. La carretera era una extensión inmensa, deslumbrante: una autopista de seis carriles con coches y camiones que pasaban a toda velocidad en ambas direcciones. Con la humedad de la nieve fundida aún pegada a la negra superficie de la calzada, a las barreras metálicas y a las ramas de los árboles que bordeaban los arcenes a izquierda y derecha, y con el sol invernal brillando en el cielo y centelleando sobre los millones de gotas de agua, la autopista se presentó a Míster Bones como un espectáculo de pura luminosidad, un territorio de apabullante resplandor. Aquello respondía exactamente a sus esperanzas, y entonces comprendió que la idea que se le había ocurrido durante los cuarenta minutos de agotador esfuerzo para subir y bajar la colina era el único procedimiento para resolver el problema. Los camiones y los coches podían llevarlo lejos de allí, pero también podrían machacarle los huesos y cortarle para siempre la respiración. Todo estaba muy claro cuando se miraba desde una perspectiva más amplia. No debía esperar a que llegara el momento; ya lo tenía encima. Con sólo pisar la carretera, se encontraría en Tombuctú. Se iría al reino de las palabras y las tostadoras transparentes, al país de ruedas de bicicleta y desiertos ardientes donde los perros hablaban con los hombres en pie de igualdad. Willy lo desaprobaría al principio, aunque sólo si pensaba que para llegar allí se había quitado la vida. Pero Míster Bones no se proponía nada tan vulgar como suicidarse. Simplemente iba a poner en práctica un juego, la clase de partida que cualquier perro viejo, enfermo y enloquecido jugaría. ¿Y acaso no lo era él ahora? Un perro viejo, enfermo y enloquecido.

Se llamaba esquivacoches, y era un deporte venerable y de larga tradición con el que cualquier veterano podía reconquistar la gloria de su juventud. Resultaba divertido, era tonificante y constituía un desafío para las capacidades atléticas. El perro sólo debía cruzar corriendo la carretera y procurar que no lo atropellaran. Cuantas más veces lo lograra, mayor campeón sería. Tarde o temprano, desde luego, las posibilidades acabarían agotándose, y pocos perros habían jugado al esquivacoches sin perder en la última vuelta. Pero en eso consistía la belleza de aquel juego tan especial. En el momento en que uno perdía, ganaba.

Y así fue como Míster Bones, alias Sparkatus, compañero del difunto poeta Willy G. Christmas, se lanzó en aquella resplandeciente mañana invernal de Virginia a demostrar que era el campeón de los perros. Saliendo de la hierba al arcén derecho de la autopista, esperó a que se abriera un claro en el tráfico, y entonces echó a correr. Pese a lo débil que estaba, aún le quedaba energía en las patas, y en cuanto cogió el ritmo, se sintió más fuerte y feliz de lo que se había sentido en meses. Corrió hacia

el ruido, hacia la luz, hacia el resplandor y el rugido que se precipitaba hacia él en todas direcciones.

Con un poco de suerte, estaría con Willy antes de que acabara el día.

FIN